

MANUEL FRONTAURA ARGANDOÑA

EL PRECURSOR

O SEA
EL ROMANCE DE
DON JOSEPH ALONSO DE IBAÑEZ,
VILLA IMPERIAL DE POTOSI,
AÑO DEL SEÑOR DE MDCXII

Volumen Nº 6

1975

© Rolando Díez de Medina, 2012
La Paz - Bolivia

INDICE

Introducción

Valoración de "El Precursor"

Opinión del crítico peruano Luís Alberto Sánchez.

Opinión del escritor Fernando Díez de Medina

Opinión del escritor Augusto Guzmán.

El Precursor o una Biografía novelada de Don Joseph

Alonso de Ibañez, por Carlos Gregorio Taborga

Prólogo de la primera edición, por el escritor peruano Armando Bazán

¡Padre Nuestro, que estás en los Cielos!

"Ágora no los hay, no"

¡Qué hermoso es!

Ojos verdes, carne morena

Era el drama de una raza

El agua del Tormes

SEGUNDA PARTE

Villa Imperial.

Noche en el yermo

"Yo le guardo"

¡Yo también os amo!

Detrás de la reja

Viento de mayo

TERCERA PARTE

Invitación del Comité del Sesquicentenario al autor.

Índice general.

INTRODUCCION

A primera edición de "EL PRECURSOR", novela del polígrafo boliviano don Manuel Frontaura Argandoña, salió a luz en Santiago de Chile en 1941, publicada por la Editorial "Zig Zag", entonces una de las más prestigiosas y difundidas del continente. La obra fue elogiosamente comentada por la crítica de Chile, Colombia, Argentina, Ecuador, Perú y Estados Unidos y posteriormente en Bolivia. Según los críticos extranjeros, "El Precursor" es una novela biográfica e histórica. Es, en su género, lo que "Juan de la Rosa", o sea una obra en la que se combinan armoniosamente los elementos históricos y novelescos, respetando, sin embargo, el espíritu de una tradición transmitida a través de las generaciones y recopilada, antes de 1938 -en que fue escrita la novela- por historiadores de la talla de José David Berríos y Luís Subieta Sagárnaga, y, antes, por el tradicionalista don Ricardo Palma.

El subtítulo de la primera edición de la obra: "El Romance de Don Joseph Alonso de Ybáñez", indica el encuadre del género literario que se propuso darle el autor, quien tuvo en cuenta lo que la voz popular, mas dominante que el rigor histórico, dejara como un tesoro del ancestro potosino, y que Frontaura Argandoña, siguiendo en lo histórico todo lo que en esa materia se había avanzado hasta 1938, recogiera con piadosa pluma, tan patriótica como bien inspirada. Posteriores investigaciones, especialmente por el prestigioso historiógrafo don Alberto Crespo, arrojan más luz sobre la gesta potosina, sin que por ello haya tenido que modificarse la forma original cómo fue escrito "El Precursor", que, como dicen los críticos extranjeros, ya pertenece al capital literario de América, de lo que dan testimonio las valoraciones nacionales y foráneas que se publican a continuación.

Lo más interesante de "El Precursor" es el espíritu de justicia y libertad que vibra en todas sus páginas y el reconocimiento del empuje de los hijos de la vieja Charcas para iniciar las luchas por la emancipación. Herencia de la gesta de los Vicuñas fueron las insurrecciones potosinas, desde los levantamientos indigenales de fines del siglo XVIII hasta el martirologio de los protomártires de la revolución de 1810. El espíritu libertario latió en forma permanente en Potosí, donde, como por una predestinación histórica, se libraron la primera y, la última de las batallas por la independencia o sean las de Suipacha y Tumusla.

El carácter de los pueblos se forma no sólo por la frialdad de los datos históricos, sino por la emoción que despiertan los personajes legendarios que, conservados en la memoria de los pueblos, han hecho algo por sus semejantes. Es alrededor de la memoria y de la tradición del Cid Campeador y de Don Pelayo de Covadonga que se ha forjado el temple español; de Juana de Arco el francés, de un Robin Hood el inglés, todos ellos personajes tan novelescos como históricos, acaso más novelescos que históricos. Los descubrimientos documentales hechos posteriormente a sus hazañas, dignifican la ciencia histórica, pero no alteran en nada el tesoro dirías e romántico y popular de lo que ha dejado la tradición como un testamento épico y ejemplar para las futuras generaciones. Dentro de este punto de vista, "El Precursor", que es obra de pluma calificada dentro y fuera de la república, constituye un aporte para la formación del espíritu nacional dentro de las normas de valor, honor, desprendimiento, generosidad, altruismo y entereza que deben ser los factores éticos de la personalidad humana. Es a ese título que el Comité Nacional del Sesquicentenario publica la presente edición avalada, por otra parte, por los juicios consagratorios de eminentes críticos.

VALORACION DE "EL PRECURSOR"

Opinión de: "REVISTA DE LAS INDIAS".- Época 2a., No. 41.- Bogotá (Colombia) Mayo 1942.- Publicada bajo los auspicios del Ministerio de Educación de Colombia.- Director: GERMAN ARCINIEGAS.- Redactores: Baldomero Sanin Cano - Luís de Zulueta - Luís de Zulueta -Tomás Rueda Vargas -Gonzalo Zaldúmbide:

"El escritor boliviano Manuel Frontaura Argandoña se ha vinculado decisivamente a las letras con su libro que sobre la vida de José Alonso de Ibáñez -el Precursor de la Independencia del Alto Perú ha publicado últimamente. Enfocando con donosura y talento la gallarda vida de uno de los más seductores personajes de la historia boliviana, el autor nos entrega en esta obra la bella realidad de una hermosísima novela. De una novela en que los elementos históricos, biográficos y los propiamente novelescos están de tal manera dispuestos y entremezclados que a lo largo de ella no estamos muy seguros de poder acertar en su encasillamiento dentro de un determinado género literario. Con una precisión absoluta de la época y un escenario perfectamente delimitado de los hechos, une a tan exactas circunstancias históricas tal conjunto imaginativo, tan sugerentes matices de ficción y fantasía, que nos vemos de improviso abocados -para su enjuiciamiento- ante las más sutiles cuestiones que acerca de lo biográfico y lo novelesco han sido expuestos por los entendidos en el oficio.

Vertiginosa, tremenda, con la más exacta conciencia del propio sino, la figura de Alonso de Ibáñez se nos aparece a través de las páginas del libro en toda su fiera acometividad de luchador, aunada en extraño consorcio con la tierna amabilidad del amante. Hombre que hizo de su amor un incentivo para la lucha y de ésta la más bella motivación de su existencia, tuvo ese raro concepto prometeico de la vida que se perfila en todos aquellos que han hecho de la rebelión su más caro ideal ético. Manuel Frontaura Argandoña ha sabido así con insuperable tino poner ante nosotros con virtudes actualizantes esta preciosa estampa del viejo luchador potosino. Nos lo muestra redivivo, con sus valientes arrostos de terrible vengador de la sufrida masa de los mitayos explotados por ambiciones peninsulares. En su justiciera y quijotesca empresa por el reino de la equidad entre los hombres, por la libertad de un pueblo que tenía derecho a ser libre y a disponer de sus propios destinos.

"Contempla también en su preciso escorzo histórico toda una época del coloniaje español, dándonos una clara idea de sus características esenciales. Estudiando las condiciones de vida de la Imperial Villa de Potosí en los albores del Siglo XVII, nos suministra un panorama exacto de lo que era la América española por aquellos años. Tiempos en que, traspuesto ya el ciclo heroico de las grandes gestas conquistadoras, la colonia entró en un período de marasmo y delicuescencia, indicador fiel de su final acabamiento. Verdadero estado de descomposición colonial, que degeneró en la explotación abusiva del aborigen y del criollo y en el simple y sistemático aprovechamiento de las riquezas americanas. De lo que daría origen a la serie de grandes movimientos de insurrección popular que por toda América estallaron, animados de ímpetus libertadores, y que Germán Arciniegas nos historió con ameno y caluroso estilo en su magnífico libro "Los Comuneros".

"Pero sin duda alguna donde mejor se logra el autor es en el estilo que despliega a través de la obra. Un estilo bien llevado, ligeramente arcaizante -a tono con la índole del relato- nos mantiene en un clima de pureza idiomática que seduce. Nada de parlanchinería huera o de divagaciones inútiles. Allí no sobra nada. Todo el diálogo, las descripciones, están debidamente estructurados ensamblando a manera de un rico patio de azulejos con el número de palabras precisos a la expresión concepto. Esto, y una esmerada maestría en el léxico, en el uso de los vocablos, además de las admirables cualidades de narrador de que hace gala el autor, hacen de esta obra una pequeña joya literaria de la novelística americana. Al lado de la "Gloria de Don Ramiro" de Larreta y de "la Monja Alférez" de Vicente Fidel López, podría figurar sin desmedro de la compañía.

OPINION DEL CRITICO PERUANO LUIS ALBERTO SANCHEZ

"Manuel Frontaura Argandoña, periodista de fuste, ha publicado un libro acerca de un personaje de su patria. Bolivia: Alonso de Ibáñez, el gallardo, uno de los adelantados de la rebelión criolla. "El Precursor" es un libro lleno de interés y de belleza. Estos dos conceptos carecen de sentido ritual. Revelan lisa y llanamente un hecho. Frontaura Argandoña ha cumplido una hermosa tarea.

"Las escenas de la aparición del mitayo, el torneo y la prisión, antes del cadalso tal vez son lo mejor del apasionante libro.

Aunque Frontaura Argandoña tiene ya una larga carrera de escritor, nos atreveríamos a calificar esta obra suya de revelación, por el aspecto estilístico con que lo presenta. Se trasluce el cuidado no ya por lo que se relata, sino por la manera de relatarlo. Además presenta a los ojos de un público más amplio que aquél a quien, generalmente, van consagradas las ediciones bolivianas, un aspecto pintoresco, emotivo y hermoso, realmente literario y sin duda, histórico. Nos brinda, además, con una figura hasta aquí desconocida para el gran público indoamericano. Por todo ello, gracias le sean dadas."

Luís Alberto SANCHEZ

"HOY" -Santiago, 1941.

OPINION DEL ESCRITOR FERNANDO DIEZ DE MEDINA

"Manuel Frontaura Argandoña, comenzó con la prosa filosófica, algo nietzscheana: "Ciudad de Piedra" y las "Nueve Voces de Caronte" para alzarse rápidamente a lo histórico y biográfico. En "El Precursor" noveliza la figura señera de Alonso de Ibáñez. Es un libro escrito con amor, con dolor, con esmero de artífice, excelente reconstrucción histórica de la época; es una de las mejores novelas históricas nacionales. Potosí renace en sus páginas rico de animación en su pasado esplendoroso. Diálogo y personajes se mueven con soltura. Pero en "Linares" o "El Presidente Civil", Frontaura supera su producción anterior. Esta obra, gemela de Baptista, de Guzmán, por el excelente enfoque del medio y del protagonista, acredita al investigador erudito, al crítico sagaz. Saturada de las modernas corrientes de la biografía, participa de la discriminación metódica de los hechos, de la síntesis reconstructiva, de la movilidad en los contrastes psicológicos. Hay también análisis social, intención política, llevadas con altura.

"El dictador está captado con ojo penetrante, y su dramática figura pasa ante el lector en un juego de luces y sombras que descubre los recursos de su biógrafo. Por la netedad de sus juicios y lo atrayente del estilo, este escritor potosino marcha a la vanguardia del movimiento vernacular. Prepara "El Redentor", ensayo histórico sobre el malogrado Presidente Villarroel, con el cual piensa completar su trilogía de biografías bolivianas.

Fernando DIEZ DE MEDINA

"Thunupa" y "Literatura Boliviana".

OPINION DEL ESCRITOR AUGUSTO GUZMAN

"Periodista, orador, escritor, abogado y diplomático, Manuel Frontaura Argandoña pertenece a la vanguardia de los prosadores más selectos de la literatura boliviana. Senador joven, se destacó como orador parlamentario en la legislatura del año 45, especialmente en sus exposiciones de política internacional.

"El Precursor" (Santiago de Chile 1941), novela biográfica de José Alonso de Ibañez, héroe potosino del siglo XVII, es una obra de ejecución fascinadora. Romance de fondo histórico, consume en iluminada versión novelesca, la hazaña literaria de encarnar con presencia humana a un héroe cuasi legendario conocido en los anales de la Colonia nada más que por la exigua noticia de su sacrificio libertario, varonil mente vengado por doña Leonor, su esposa, sobreviviente. La pausada reconstrucción argumental encuadra la imagen y la aventura del protagonista en la vida de Potosí, en su variado escenario de naciente urbe, mostrándonos a todas horas su encarrujado semblante bajo el estupendo cono de plata, ya que la Villa Imperial es también otro personaje múltiple de andanza aventurera por las páginas reminiscentes de este libro armonioso que platica en parla antigua de genuino sabor colonial. Sobrias pinceladas, en veces solamente toques sutiles de color aguado, completan la noción del tiempo atmosférico y del territorio circundante. Algunos pasajes de la vida social de Potosí como el crudelísimo de los mitayos y de los amores del inquieto Joseph Alonso, son puntos de fuego en la memoria que el lector no olvidará jamás junto con el libro que por su poemática prestancia e intensidad evocativa se coloca entre los mejores de esta época. Una crítica responsable y exigente, de fuera, no ha vacilado en comparar esta novela con "La Gloria de Don Ramiro" de Larreta y "La Monja Alférez" de Vicente Fidel López.

Augusto Guzmán

"La Novela en Bolivia" -Proceso 1847-1954.-
Librería Editorial Juventud.- La Paz, 1955.

EL PRECURSOR O UNA BIOGRAFIA NOVELADA DE DON JOSEPH ALONSO DE IBAÑEZ

Por Carlos Gregorio Taborga

Catedrático de la Universidad Mayor de "San Andrés"
Actual Jefe del Departamento de Historia

"Ciudad de las leyendas" denominó el notable poeta chuquisaqueño don Claudio Peñaranda a la Villa Imperial de Potosí, amada de Carlos I de España y V de Alemania y favorita de Felipe II. Y es que leyenda fabulosa fue la inconmensurable riqueza argentífera que regaló al mundo el cerro de San Agustín como su extraordinario historial de pendencia y fastuosa vida cosmopolita. Desde el descubrimiento del primer filón de plata atribuido al Indio Gualca, -1545- y explotado por los capitanes españoles Juan de Villarroel y Diego de Centeno, hasta nuestros días, el destino de esta Villa ha sido el propio que viviera el país de los Andes: señuelo de ambición y exterminio. Si el mundo todo alimentó el sueño de la conquista del portentoso El dorado potosino, Bolivia, la destrozada, seguirá siendo la bella y codiciada tierra de promisión de propios y extraños. ¡Sino geográfico hecho de maravillosa naturaleza, de miseria y de sangre! Este sino, al cabo de los siglos, también será como otra leyenda, la leyenda de los lobos humanos que se disputaron el festín de sus riquezas.

"Como copioso río de plata brotó de las 5.000 bocaminas del Cerro Rico caudal de sangre andaluza, vascongada, lusitana, criolla e indígena. Ciudad de leyendas y desgracias, su vida alternó entre la opulencia ciudadana, la agresividad de los vientos del Tomaabí, las Inundaciones de la Laguna de Caricari o la lucha inacabable de sus sentimentales e hidalgos mozos. De la

historia de pretéritas edades potosinas son la extraordinaria vida del turco Emir Sigala, que en la floreciente Villa se llamó Capitán Zapata, trabajó 17 años en las minas, descubrió la veta que llevó su nombre, sacó 2 millones de pesos de a 8 reales y, al restituirse al Asia, fue nombrado Rey de Argel; o las memorables fiestas de cañas, sortija, máscaras, etc. del año de 1608, celebrando la festividad del Santísimo Sacramento, en cuya ocasión se eligió Mantenedor de los Juegos a don Francisco Nicolás de Arsans, Dafiter y Toledo, de la Orden de Calatrava y descendiente del Gran Duque de Alba, hombre muy poderoso y rico, con 3 millones de saneada fortuna, en justas deportivas que cotejaron a 80 mancebos del más recio abolengo, para mayor, lucimiento de su esplendor y grandeza; o la conmovedora y católica relación de doña Leonor de Guzmán que, al ver que sus seis primeros hijos habidos en alumbramiento de extremado frío se murieron, encomendó el séptimo a la intercesión de San Nicolás Tolentino, llegando a pervivir el párvulo bautizado con el nombre de Nicolás Flores, hasta llegar a ser Doctor de la Universidad de Lima y Regidor de su Cabildo, por lo que, en aquellos años, casi todos los niños se llamaron Nicolases; o la magnífica hazaña de don Nicolás Saúlo Ponce de León que, en compañía de don Bernabé Cortez, montados en diestros corceles quitaron a lanzada limpia de manos de don Sancho de Mondragón a la bella Margarita Astete de Ulloa, cercada entre cien caballeros vascongados, y, puesta en las ancas del caballo de Ponce de León, escaparon a Chuquisaca, tuvieron muchas pependencias; sobre los vascongados y después de largo peregrinaje remataron en ciudad de Lima para solicitar perdón al Virrey de Montesclaros; o la audaz y temeraria figura de doña Clara Pasquiar, hermosa doncella que en compañía de su hermano y con hábitos masculinos anduvo entre criollos aguerridos, dio muerte a muchos vascongados y, cayendo presa en una de sus tantas batallas, su hermano tuvo que denunciarla al padre para que fuese librada del degüello, y así, como en cuento de mil y una noches", se podría ir refiriendo las "mil y una aventuras" de los poderosos potosinos que yacen en el polvo de lo pasado.

"De en medio de aquellas olvidadas páginas de nuestra turbulenta historia patria, ha extraído don Manuel Frontaura Argandoña un nombre y una vida dignos de alternar entre los mejores de los más recios varones. Ese nombre, proyector de la quijotesca idealidad de una época, ha llegado hasta nosotros por el mérito vivificador de la obra, como precioso filón de ejemplaridad en la lucha por la emancipación económica y humana.

"A 324 años de la portentosa vida de don Joseph Alonso de Ibáñez, en cuyo término se ha modificado tres veces el escenario político de nuestro país, las luchas de prepotencia económica que originaron los Vicuñas y Vascongados sólo han cambiado de nombre, de tiempo y circunstancias. En el fondo, la lucha del hombre con el hombre, por la posesión de la tierra, es la misma. La Noble Villa Imperial, la pródiga tierra potosina que con sus seiscientos millones de pesos armó la Escuadra Invencible y fundó el Imperio donde no se ponía el sol, fue objeto de un despiadado plan de expoliación al punto que el término crueldad no halla lindes para circunscribirlo. De ese plan de absorción nacieron las alcabalas, el almojarifazgos, señoreaje, braceaje, encomiendas y mita impuesta a los peninsulares, determinando la justa reacción de la gente nativa tenida a menos, que se debatía entre la miseria, el dolor y la desesperanza. Dos hechos notorios señalaron la apasionada explotación de la montaña de plata y su masa indígena: el incentivo de un enriquecimiento rápido en colonizadores que habían llegado pobres, y el celo funcionario de Virreyes y Corregidores, prontos a colmar las arcas de la Corona de Madrid con frecuentísimas remisiones de quintos reales.

"El predominio de la casta vascongada en los negocios potosinos fue tan desproporcionado, que allá, por el año de 1609 de 100 azogueros que tenía la Villa, 80 eran vizcaínos; existía 160 mercaderes de a millón, todos vascos; de doce Veinticuatro que regían el Ayuntamiento, seis eran vascongados; todos los Alcaldes veedores del cerro eran vizcaínos; de 38 oficiales de la Casa de la Moneda 22 de ellos pertenecían a la Vasconía; de 10 oficiales de las Reales Cajas, 6 eran de Alava o Guipúzcoa; y así en todo y en lo principal de los cargos de privilegio.

"Contra ese andamiaje de extorsión de fuerzas vivas, contra la vil e inhumana repartija de braceros indígenas cogidos en Quito, Tucumán o el Perú y ordenada por los virreyes don Francisco de Toledo, Marín Henríquez, Luís de Velasco, Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete y

don Juan de Mendoza y Lima, Marqués de Monteclaros, con el oprobioso nombre de Mita, se levantó la voz y la actitud de don Joseph .Alonso de Ibáñez y sus prosélitos. Después de aquilatar la hondura del vejamen inferido a la raza criolla, Ibáñez, en gesto de altiva decisión emancipadora y en conciliábulo con sus secuaces, alzó su voz para decir:

"Bien haya tal destino, si ha de ser fecundo, Maduro está mi pensamiento; a sazón mis intenciones. No me liga a la vida otro empeño que el luchar por la causa de los desheredados, que es demanda digna de caballeros. Yo plantaré pendón de libertad".

"La bizarría del nuevo caudillo popular se hizo patente y fama justa y legítima le dieron sus batallas libradas contra los vascongados en Munaipata, Cebadillas y Huarina; no obstante, hecho prisionero y sometido a juzgamiento, su condena fue la del degüello. La conjura de Ibáñez y sus levantiscos compañeros concluyó en el patíbulo. Allí el Escribano de su Real Majestad, don Jorge Argüello, leyóles la sentencia de muerte por rebelión armada contra el Rey y sus autoridades, seccionando el verdugo las cabezas de don Joseph Alonso de Ibáñez, don Antonio Zapata, don Jorge Moreno y don Gonzalo de Mena, precursores de una emancipación política advenida muchos años más tarde.

"El libro de Frontaura Argandoña circunscribe su tema a la romántica vida de Ibáñez entregada por entero a la abolición de la Mita, alternada entre su irreductible odio a la casta vascongada y la pasión fervorosa que le despertaron los ojos verdes de la hermosa morena doña Leonor de Vasconcellos, prometida en nupcias al Corregidor don Raphael Ortiz de Sotomayor. El léxico que ha empleado el autor de arcaizante. El verbo de los diálogos lleva el aderezo de una modalidad lingüística propia de la época, aunque no toda la relación mantiene igual factura. Y así se observa en la descripción unos motivos, como en la narración de otros, el manejo y concepción de giros literarios más propios de nuestros tiempos que de aquellos otros. Fervoroso admirador del espíritu rebelde criollo, lo es también del noble castellano, ensoberbecido de su hidalguía, El mejor trozo es, a nuestro juicio, el relativo a la prisión y muerte del caudillo de los Vicuñas.

"Como el autor ha perseguido la rehabilitación de un nombre y una vida ejemplares, olvidados en nuestra rutina patrioter, ha debido dejar de lado otros aspectos históricos conexos a la lucha de los Vicuñas. Sin embargo, tanto valen ellos en los anales de un pueblo como esta vida aislada y hermosa de don Joseph Alonso de Ibáñez. Entre los sucesos más notables, atingentes al proceso de coordinación de la lucha vascongadas y vicuñas, se señalan, por ejemplo: el notable alzamiento de don Francisco Hernández Girón, don Sebastián Castilla y Egas de Guzmán, por el año de 1553, que reduciendo a las autoridades potosinas se atrevieron a organizar un ejército que pretendió llegar hasta el Cuzco, o bien la reacción producida por los desmanes del Gobernador de la Villa, Licenciado don Andrés de Paz, tres años antes de la rebelión de Ibáñez, y quien, capitaneando a los vascongados, arremetió contra los criollos en los campos de San Clemente, muriendo en plena lucha a manos del Capitán don Eugenio Narváez jefe de criollos, portugueses y andaluces; así como la gran influencia que ejerció don Antonio Xeldres o Xedels, enemigo encarnizado de todo lo que fuese gente vizcaína y quién, al dejar tierra potosina, transfirió la jefatura de las huestes vicuñas a don Luís Antonio Valdivieso. A la desaparición de Ibáñez y sus secuaces siguieron la lucha otros rebeldes, algunos de los cuales pagaron cara su osadía. Ahí están los bellos ejemplares de otros vicuñas como Andrés Sarco, alias el Pastor Bernardo de la Peña, Gabriel Hurtado y otros, que al igual que Ibáñez, sufrieron la pena de degüello después de heroica actitud combativa. Y, por último, queda la gran figura prócer de don Francisco Castillo, jefe indiscutido de las masas vicuñas, a quien se debió la extirpación relativa de la hegemonía vascongada. Pero todos estos sucesos, si bien comportan unidad para un tema histórico, escapan al objetivo de una vida exclusiva y novelada como la que compuso Frontaura Argandoña que, por ser novelista y poeta, hizo crecer la soberbia figura de Ibáñez.

"Este libro significa el mejor aporte que puede hacer un fervoroso patriota a la causa de todas las independencias. Por ello muchos parabienes al escritor y periodista potosino, don Manuel Frontaura Argandoña."

"La Razón", La Paz, 1943.

**PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION POR EL ESCRITOR
PERUANO ARMANDO BAZAN**

JOSEPH ALONSO DE IBAÑEZ

*J*OSEPH Alonso de Ibañez, el protagonista de esta novela, es un personaje de relieve en la historia de las luchas por la independencia boliviana. Pertenece a ese núcleo de brillantes americanos de sangre española que supieron poner su talento y su vida al servicio de su suelo natal; es de la misma estirpe de los San Martín, de los Bolívar, de los O'Higgins; es de esa casta" que honró no sólo las páginas de la historia patria, sino de la historia humana.

Sin embargo, la vida de Joseph Alonso de Ibañez, en idéntica forma que la vida de numerosos precursores de nuestra independencia, no es del todo conocida por el gran público americano, ni del boliviano, siquiera. Nuestros historiadores no se han preocupado, como debieran haberlo hecho, de divulgar la vida y el pensamiento de estos creadores de nuestra personalidad. Menos mal que las nuevas generaciones hayan tomado a su cargo llenar este vacío, enmendar este defecto.

Manuel Frontaura Argandoña tiene, en este aspecto, el brillantísimo mérito de haber puesto su esfuerzo y su pluma al servicio del esclarecimiento y precisión de una personalidad que siendo boliviana, es también americana de sangre y espíritu. Y su esfuerzo que ya dio el fruto de este libro, tendrá también la virtud de llamar al ejemplo a otros escritores de Bolivia, del Perú, de la Argentina, de la América entera, para que su obra de arte sea al mismo tiempo una aportación al conocimiento de nuestra historia.

Muchas calidades hay en este libro; pero la principal me parece el fervor humano que lo anima. La pluma de Frontaura llega a alcanzar su máxima intensidad emotiva cuando trata de pintarnos la vida escalofriante de ese gusano del subsuelo que se llama minero, cuando trata de animar la vida de ese Potosí -reproducido a millares y millares en la superficie de la Tierra-, de esa ciudad poseída por el vicio satánico del metal precioso.

El lector sabrán identificarse con la infinidad de pasajes que desfilan ante su vista y con la vibración de un espíritu nobilísimo.

Además, allí está vivo y palpitante el personaje desde que nace hasta que muere. Le vemos crecer y desarrollarse en estricta condición del ambiente en que vive, de las circunstancias que rodean su niñez primero y su juventud después. Le vemos ir a España y volver después, amoroso, apasionado, pero, sobre todo, hombre generoso, luchador impertérrito, gran soldado de la libertad.

Obras como ésta vienen a ser aportes constructivos a nuestra cultura, bases sólidas del edificio que podrán levantar mañana las generaciones por venir.

ARMANDO BAZAN

Santiago, 1941.

EL viento ensayó esa tarde un llanto más cruel que de ordinario. Viajero embarazado de polvo, llenó su morral en las lejanías nubladas de las montañas negras, para trenzarse después en el diapasón de los pajonales. Era como una orquesta de plañideros que acordase su torvo concierto con el de esa soledad. El Río de la Alegría besaba el rumor intermitente de sus aguas cristalinas con la luz opaca de la tarde. Las colinas próximas, cuyas yerbas tiritaban, vestidas de opacidad y de cenizas, eran algo así como una aproximación de la noche.

A lo lejos, el Cerro de San Agustín de Potosí, cubierto de trombas de polvo que intentaban cubrir la desnudez impúdica de sus colores, se erguía, triangular y desafiante. A sus faldas, la ciudad amancebada, a quien abatió el cataclismo de la víspera, reunía sus restos diformes, como tratando de embellecer su agonía para hacerse digna del celo de varón insolente. Y los villanos, pávidos e infelices, discurrían entre la ciudad y el cerro.

Aquel era el lunes diecisiete de marzo del año del Señor de 1626. El cielo se vistió de negro desde la víspera a mediodía y la venganza de la tierra indomable abrió un hueco en la Laguna de San Ildefonso, llamada también del Rey, para vaciar sobre la Villa todo el caudal destructor de su agua lustral.

Trabajo había costado reunir las gotas frente al dique poderoso. Lloraron las montañas durante innumerables estaciones hasta colmar de olas modestas el lago artificial. La corriente de la Rivera movía las ruedas de los ingenios, molía la piedra mineral. Frente a las montañas negras logró alzarse como un desafío a la tierra una capilla abovedada, entre cuyas paredes jugaba el eco de las plegarias de gente vascongada; y fue entonces cuando en momentos en que las cortesanas de la Villa Imperial de Potosí se entregaban a la siesta, barrió el torrente de agua desbocada de la Laguna de San Ildefonso nada menos que ciento veinticinco ingenios, cuarenta y seis barrios, trescientas setenta casas, ochocientos ranchos. Estaba destruida la segunda ciudad del mundo católico.

Cuatro mil muertos se endurecían en las calles. El frío fue piadoso con ellos, pues retobó la piel junto a la carne, y así parecían momias que llevaran todavía en su helado rostro la última huella de su dolor o su pecado.

La ciudad arrepentida se cubrió de barro el rostro a la manera de esas cortesanas de quienes habla el Santoral. Se cortó la galanura de sus cabellos y los dio al viento en holocausto a la tierra omnipotente y vengativa. Se arañó la cara y mostró sus dedos teñidos por la púrpura de la expiación. Entretanto, el cerro ostentaba su desenfado, enseñando la joven prepotencia de su cono disfrazado de carnaval.

Llegaba desde el vientre de la Villa la plegaria imploratoria de las campanas, cuya voz arrojaba el viento en la distancia hasta sumirle en la inanidad del silencio. Las plegarias de los sobrevivientes eran como el rumor de élitros lejanos, como el batirse de alas de murciélago que huyera de la sombra convertida en relámpago.

Así se avecinó la noche.

Por una ladera que conduce en línea recta hasta el desagüe de las lagunas asomó la figura tambaleante de un anciano. Subió trabajosamente por la colina que se levanta frente al Río de la Alegría y encontrando una piedra basta y plana, sentóse en ella con aire de gran satisfacción.

Como si estuviese poseído de un afán maniático, enderezó su cayado hacia la ciudad, señalando cruces y arcos entre los tres puntos del horizonte. Al conjuro de incoherente monólogo, se movía su barba cenicienta, que ya cerca de las comisuras de la boca sumida, uníase con luengo y verdoso bigote, estropeado por los años y la saliva.

No obstante la congoja que de la villa emanaba hecha gritos y tañidos, ese anciano parecía investir más bien la apostura de un hado vengador que se solazara ante la obra de su nefasto ingenio. Dibujada su cabeza en el fondo opaco de la tarde, su cuerpo perdido y diminuto aparecía como el saldo corpóreo de una esfinge de quien no se pudiese observar sino el movimiento ininteligible de sus labios para entreoír de ellos los designios de la fatalidad.

Parida por la niebla asomó de entre un promontorio de piedras una figura humana que a medida que avanzaba fue dibujándose en el fondo plomizo.

Detúvose un momento para ver la otra sombra y como ésta le inspirase confianza o ya no tuviera nada que temer de los hombres, se aproximó al anciano, apoyando penosamente su cuerpo sobre una gruesa vara de roble.

-Dejadme reposar a vuestro lado, anciano -le dijo-, pues me agobia la fatiga y tengo sed de platicar.

-Acójase vuesa merced al duro camastro que brinda esta piedra, que es hechura de Dios e no de humana hacienda. Déjeme, sí, en caso de tenerlo a bien, tanto tiempo en silencio cuanto a mí me plazca.

-Dura fue la Providencia con todos nosotros: blanda me será la piedra; leve el silencio de vuestros venerables labios. Vengo de haber dado sepultura a una mujer cuya vida hizo la historia desta Villa. La muerte selló una boca, de la cual esperaba más de una verdad. Mal me estaría exigir de vos lo que en vano clamé de quien no podía responderme.

-Comprendo vuestra tribulación aunque no la comparto. Los años pusieron sebo en mis oídos y plantaron tabiques a mi entendimiento. Rato ha que los meandros de mi espíritu se cerraron para el dolor ajeno, pues que hacen infranqueable ataúd para los míos... Empero, no sabría decir si el castigo que sufre la Villa abre por contraste un ventanal a la piedad que me asistió en otro tiempo, que siento por vos solidaria congoja. Nada más que mi consejo puedo daros: decid si os lo puedo brindar.

-Todo se ha consumado, como veis. Parece que una maldición divina hubiese castigado a la Villa por no haber sido virtuosa. La inundación arrasó con todo, dejando, como muestra de que la Justicia de Dios interviene en este trance, nada más que algunos templos en pie, como islas que estuvieran rodeadas de un mar de fango. Hacía largo tiempo que esperaba con serenidad la muerte, pues que desapareció todo cuanto me ligaba a esta vida asenderada; cuando ayer tropecé repentinamente con la vida y con la muerte. Pudiera decir que resucito entre mis brazos una mujer a quien daba por muerta, para volver en seguida a sumirse nuevamente entre las sombras. Amé a esa mujer con paternal cariño, dila por muerta y después de haber sido testigo de la más cruenta tragedia de que tienen noticia los tiempos, aquí me tenéis dispuesto a seguirla, a poco de haberle dado reposo en el seno de la tierra, que no cristiana sepultura como hubiese anhelado.

-¿A mucho tiempo se remonta el trance que decís?

-Al año del Señor de mil seiscientos diecisiete.

-Nada ocurrió entonces, si me atengo a la memoria, que la decapitación de un grupo de comuneros, dichos los "Vicuñas".

-A ese episodio se remonta mi recuerdo, amén del epílogo que acabo de darle.

-¿Ha tenido acaso algo que ver vuesa merced con ellos?

-Seguiles en el decurso de sus azarosa aventura. Asistí al remate de sus vidas. Concurrí a la venganza cobrada por quién, desaparecida, después de haberla cumplido, acaba de ser llevada por mis manos a la huesa.

La noche, que velaba con tules negros la superficie de la tierra, impidió ver el gesto de asombro del anciano de la blanca barba. A lo lejos, la ciudad estaba perdida en un abismo de sombra. El viento mezclaba su plañido con el rumor del Río de la Alegría. El anciano levantó los ojos legañosos hasta un invisible cielo y se persignó lentamente. Su voz parecía salir del fondo de una caverna:

-Acude a mi memoria lo que acaeció entonces. Proseguid, si no os causa pesar.

-Digo que el destino me ha tomado como instrumento y la casualidad como agente de su acaecer imprevisto...

-Comenzad, anciano, a referir lo que acaso se hilvane a mis recuerdos.

-Quién sabe si pudiéramos asociarnos en la misma evocación, en gracia de un consuelo que tanto necesito. Es el caso que a poco más del alba deste día que fenece, pasaba yo por las proximidades del Beaterio de Copacabana, arrasado por el torrente que ayer dio fin a la grandeza fatídica desta Villa, cuando una voz quejumbrosa que salía de una celda abandonada detúvome de golpe. Impiadoso hubiera sido desoírla. Acudí al recinto, donde puede ver -¡yo el infelice!- el medio cuerpo de una mujer casi aplastada por un muro, metida dentro del agua en la que flotaban sus cabellos blancos como capullos de marchitas rosas. Entre quejido y otro hube de escuchar esta devota súplica:

¡"Dios mío, confesión"!

-Fuíme hasta ese cuerpo moribundo, sin trepidar. E díjele:

-"Profano soy, señora, aunque cristiano viejo. No puedo absolveros; pero sí recibir el descargo de vuestra conciencia. Decidme cuanto en ella os pese, que Dios sabrá escuchar con igual benevolencia - ¡tal es su infinita bondad!- que si os arrodillaréis ante un mitrado".

-"Gracias os doy, hermano. Sabed que en Lima di muerte de mis manos a un hombre. ¡Perdóneme Dios, que mi conciencia ya me absolvió en el momento mismo de haber hecho justicia en su Santo Nombre!"

-Un grito salió de mis labios. Tomé esa cabeza lívida, ya en la vecindad de la muerte.

-"Luego -le clamé al oído-, ¿vos sois Leonor?"

-"Sí, don Francisco" -repúsome ella a tiempo que fallecía. Yo vi desaparecer la luz de sus ojos verdes, que se le cerraron con místico arrobo. Angelical belleza afiló ese rostro. Dile paternal beso en la frente tibia y de rodillas entoné el "De Profundis". Desde esta mañana hasta hace no más de mediodía, reuní fuerzas de mi ancianidad para libentar ese cuerpo del peso que le oprimía, pues, que el alma ¡yo lo sé! ya gozaba de celestial albergue. E habiéndole rescatado, arrastré a mi manera hasta una altura próxima, libre del agua, donde el cuerpo infelice recibió hospitalidad en el seno de la tierra.

Era atento el silencio del otro anciano.

-Di después un rodeo a la Villa... Vila hundida en su propia miseria: Desde todas las alturas placióme contemplarla sufriendo el agobio condigno a su infernal soberbia. ¡Cuántos cuadros hube de ver en el decurso de mi triste peregrinación! Muertos, muertos en todas partes. Amontonados, informes, roídos ya de podre. Centenares, miles de pecadores a quienes detuvo la sanción del Todopoderoso en su carrera hacia el pecado, enviándoles el ángel piadoso de la muerte. Alaridos por doquier; aqúeste varón buscando a su manceba; esta Magdalena abriendo en cruz los brazos y clamando perdón... Y heme aquí. ..

-Temo, hermano -dejad que os llame así- que esté próximo el segundo en que hayamos de comparecer a nuestra vez ante Quien nos pedirá cuenta de nuestros actos. Seamos solo uno en este postrer instante. Os conjuro a decimos la verdad de nuestras vidas. En lo alto desta colina, se abre la boca de una mina abandonada donde habito. Os doy albergue en ella. Sed partícipe de mi camastro, así como yo seré a mi vez de vuestra confidencia. El frío castiga mis pobres huesos. El destino acaba de hacernos encontradizos: seamos consuelo de uno para el otro.

Ambos requirieron sus cayados. Tomados del brazo, eran como dos seres creados por el genio que imaginó la pesadilla. Acezaban, y entonces, como impulsados por igual mecanismo, volvíanse para mirar la Villa. No parecía sino que alguien les esclavizara a ella.

La ciudad moribunda parpadeaba en la luz de las antorchas huidizas, de las fogatas encendidas para protegerse del delito. En ciertos barrios subían las hogueras hasta el cielo, como poseídas del anhelo de domar su terca negrura.

-La Imperial Villa es en este momento la sede de toda liviandad. Nació para consumir el pecado; peca agora mesmo. Pecadora será hasta la consumación de los siglos. Yo entreveo en sus calles el desatarse de sus pasiones. Quienes sobreviven, recelosos de la muerte, plácidos de la vida, entréganse a la cópula casual, encontradiza, o al hurto del ajeno bien. Las ruinas sirven de lecho que acolchona el fango. El cerro preside ese trance; el cerro, principio y fin de su pecado original, mito dorado ante quien todos por su propia voluntad se sacrifican.

A medida que avanzaban para ganar la colina, se perdía el rumor del Río de la Alegría y ganaba en intensidad el viento, al besarse con las rocas y cortarse en el agudo filo de las pajas.

Los dos ancianos iban tropezando en el curso de su trabajoso ascenso. Pero sus brazos débiles les servían de mutuo apoyo.

Levantó el huésped una cortina de bayeta que tapaba la boca de la gruta:

-Hacedme el bien de tener paciencia.

Hundióse en la obscuridad. A poco golpeaba su cuchillo contra un pedernal. La chispa se alimentó en la yesca de hilachas. Sopló hasta hacer llama y aproximando una mecha impregnada de sebo, hizo luz.

-Sabed -agregó después-, que me llaman en estas vecindades Don Cero, en mérito acaso a mi silencio. Heme recogido a este recinto, roído por la vida y los remordimientos. Os sea leve mi pobre hospitalidad.

-Siendo de gente bien nacida -repuso su interlocutor-, todo cuanto se recibe es digno de gratitud. Yo soy don Francisco de Castillo, español desta Villa, opulento hasta ayer, menesterozo agora. Si todo cuanto tuve se llevó el torrente que a Dios fue servido enviarnos, todo cuanto soy sumióse hoy en la tumba que abrí por mis propias manos, para dejar en ella el resto de vida que todavía me quedaba.

El mechero alumbraba en parte la escena. Pocos detalles en el antro rocalloso. Unas piltrafas parecían servir de lecho.

Don Cero tomó unas escudillas de barro. Puso en ellas algunos guisantes secos, queso de cabra y unos pedazos de pan.

-Hora es de dar alientos a nuestra débil palabra. Haga vuesa merced algo por el cuerpo.

Comieron poco y en silencio. Movíanse sus barbas al ritmo de sus bocas desdentadas. Ambos dejaron el pobre manjar. El aire, emanando de la profundidad insondable de la mina donde estaban, batía la flama del mechero.

-Hora es, anciano, de abrir nuestras viejas almas.

Tal vez desgracias mayores hayan de cernirse sobre la Villa, que nosotros no podamos resistir. Soy todo oídos para escuchar -sin que esto que digo tenga asomo de impertinencia-, todo cuanto queráis decirme al aproximarnos a mi soledad.

-Cómprame la vuestra delicadeza. Decís bien que para nosotros la muerte se aproxima; sin embargo, puede que hayáis de sobrevivirme. Sed el depositario de las memorias que trabajan mi espíritu para que las digáis a quien haya de narrarlas a la posteridad.

-Nuestra es la noche para catar su sabor.

-Humanitario será nuestro desvelo. Sabed que no es en verdad la historia de mi vida la que quiero narrar. Seguí de cerca, paso a paso, otra vida que viene a mi recuerdo como si yo mismo la hubiese vivido.

Abajo, la ciudad estaba sumida en una orgía de humo.

-Pues bien...

*-“Pues bien: aqúeste mancebo
de que os diré, hizo de su vida
incesante coloquio con la mina,
la Villa e la su amada”...*

¡PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN LOS CIELOS!

Los manantiales que brotan de los peñones que a lo lejos rodean la Villa Imperial de Potosí, forman un arroyo que se desliza por la arena de plata, pasa por Cantumarca y sigue su curso por un desfiladero, hasta desembocar en la vera de Tarapaya. En el fondo de la garganta de los Andes acrecienta su caudal, para ser después el dorado Pilcomayo, cuyas aguas siguen el camino de los Conquistadores. En Tarapaya nació don Joseph Alonso de Ybáñez.

En una de las vías tortuosas de la Villa, descansaban los sillares macizos de la casa en que transcurrió su infancia. Poniéndose a espaldas del Cerro Rico y a mano derecha de la Plaza del Regocijo, podíase ver una calleja que iba derecha hasta rematar en el rollo de piedra que forma el predio de la ciudad.

Allí fue a vivir don Francisco de Ybáñez, padre de Alonso, a poco de abandonar las rentas de un mezquino almojarifazgo en Tarapaya. Largo zaguán, que denunciaba gruesos murallones, abríase para dar paso al patio empedrado de berenguela. Alonso solía asomarse al pretil del aljibe, para contemplar la inmensidad añil de un firmamento sin nubes. Hacía como que tocaba el cielo dibujado en el fondo del pozo, tomando un carrizo con que agitaba el agua, como si un Dios desatase una tempestad en el Océano.

Con estrépito de bridas y espuelas llegaba su padre al mediodía, haciendo sonar su voz estentórea al requerir la presencia de los esclavos. Alonso, que le esperaba en el patio, sentías e de pronto suspendido a la altura de la faz del hidalgo, que lo besaba haciéndole cosquillas con los bigotes y le soltaba después dándole un coscorrón. Subía por la escalera de basalto protegida por

una baranda de cedro. Desde el patio le veía Alonso, admirando su gran estatura, su recio cuerpo embutido en ropilla de descolorido terciopelo.

Nunca vio que entre sus padres hubiera intimidad. Se hablaban cuando era indispensable, y entonces podía advertirse en el rostro entre altivo y fanfarrón del hidalgo un asomo de dulzura. No parecía sino que quisiera precipitarse para acariciar a su mujer y que un orgullo superlativo le contuviese, mientras doña Ana de Mendoza permanecía impasible.

Acariciado por el rumor de sus pasos que resonaban en los largos corredores, le gustaba detenerse en las tardes junto a un balcón de cedro y ver el dorso grisáceo de la Villa: Posaba sus miradas en las torres de las Iglesias, que en los crepúsculos sanguinolentos dibujaban sus siluetas en un fondo orgiástico de colores. Asediábanle en pos de su amistad hijodalgos que llevaban ya la mano a la fina empuñadura del espadín de Eibar. Eran los vástagos de Arsans, Dafifer y Toledo, descendientes de los Duques de Alba; los Ponce de León, de la casa del Duque de Arcos; los de Luna; los hijos de Severino Colón biznieto del Descubridor. Pero Alonso encontraba más amable la soledad conventual de la casona.

En las tardes salía a la vía y pasando por las tortuosas calles de la Villa, con la cabeza inclinada sobre el pecho, llegaba hasta los ingenios pintados de ocre y ascendía por las faldas del cerro. Amistuébase con los capataces de espalda desnuda y látigo en la mano. A poco, llevando un candil de sebo, penetraba por la boca de la mina. Tanteando la peña con la mano, llegaba hasta el fondo de esas entrañas que cada fin de semana vomitaban su cargamento de plata teñida en sangre. Y sentado en el crucero de la hosca galería -amplia caverna cuyas paredes no alcanzaba a divisar-, sin temor al silencio ni a la obscuridad, veía a poco pasar las siluetas de los mitayos a la hora del relevo. La lumbre de los mecheros, al depositarse en los cuerpos encorvados, agigantaba la silueta de los hombres que desfilaban taciturnos. Entonces escuchaba el ritual saludo:

-¡Ave María Purísima! –

-¡Sin pecado concebida!

Ahí adentro, en largas horas de meditación, cuando su alma preñada de ternura conversaba consigo misma, buscando el secreto destino de aquellos galeotes, sentía un remoto pesar, un golpe rítmico que no habría sabido decir si era el choque de la herramienta contra la piedra o un taladro que estuviese abriendo en su conciencia insondables ojos, para ver mejor aquel sufrimiento.

Arrodillábase con los mitayos frente a la imagen de un Cristo lívido que en el balbuciente palor brillaba como una momia a la imperceptible luz de los mecheros y concurría con su voz a la plegaria que entonaban los mitayos, antes de perderse, tan silenciosos como llegaran, en el fondo de las entrañas de la tierra. Repercutían en sus oídos las palabras musitadas y cuyo eco parecía vibrar todavía en las oquedades de la bóveda labrada. Cien voces varoniles que repetían el tremendo coro:

-¡Padre nuestro, que estás en los cielos! ¡Padre nuestro, que estás en los cielos!

Sólo se levantaba cuando los desnudos jornaleros del relevo habían salido ya y se perdían en el callejón, con el rostro reluciente y deformado por la coca.

Desde la canchamina iniciaba su regreso al anochecer. Al fondo, la ciudad comenzaba ya su estremecimiento nocturno, abriendo tabernas y mancebías. Las aventureras llegadas desde el otro lado del mar Océano, despertaban en el lecho de brocado de Holanda para entregarse a las expertas celestinas que daban artificial belleza al rostro inexpresivo y relajado. Les agrandaban los ojos con antimonio y les perfumaban el cuerpo con raras esencias traídas por los portugueses que habían estado en Arabia. A poco iban llegando los segundones en caballos chilenos que tenían de

la brida escuderos de tez morena. Era la hora rumorosa en que parecía despertar la ciudad cortesana y los mineros requerían su espada y llenaban su bolsa. Y cuando el sol se despedía entre una vorágine de colores violentos que teñían de escarlata los techos pajizos, llegaba Alonso al caserón.

A poco, el viento esparcía las canciones báquicas de los nochernegos y el mancebo se acomodaba en su duro lecho para pasar una noche preñada de pesadillas.

Solía encrespársele su orgullo, en raptos rebeldes. Obligado a someterse a la férula de un dómine apergaminado, una mañana estaba recibiendo lección de Doctrina. El sol invitaba a discurrir por el patio. Alonso tenía los ojos perdidos en la soledad de los corredores. Una moza trajinaba a momentos, aproximándose al pozo y colgando un balde en la crujiente roldana de madera, sacaba el agua cristalina que derramábase en alegre irisación. El seno poderoso de la mujer amenazaba la ruptura del corpiño.

-¡Don Alonso! -prorrumpió el maestro-, si vuestra atención fuese siempre tan solícita para esa faena como es la mía para rasgar el velo de vuestra ignorancia, no os ganaríais mañana el yantar diario con el decoro que cumple a vuestra estirpe.

-No veo a la moza, señor.

-Pero no escucháis tampoco mis pláticas.

-Me habéis fatigado duramente. Estoy aterido de frío; tengo hambre.

-Mancebo; si pecado es no atender al maestro, peor es replicarle. Ya que os quejáis de frío y hambre, estaréis encerrado hasta el toque de ánimas. Veréis con el castigo cuán fácil es holgarse sin reservas cuando se es bueno y honesto. Veréis cuánto cuesta desbocar tempranamente los caballos de la soberbia.

Alonso no respondió. Con los labios contraídos se levantó de inmediato para marchar al sitio del castigo. Fue con rapidez y esperó en la puerta. El dómine requirió las llaves, absorto ante la actitud del niño, y trémulo de ira, no hizo sino escoger una de ellas que introdujo en la cerradura, dando algunas vueltas. La puerta crujió sobre sus goznes de hierro. Alonso penetró sin esperar invitación. Cuando la llave hubo girado para encerrarle, se vio en un recinto de gruesas murallas. Un tragaluz dejaba introducirse, a través de los barrotes de hierro enorincedo, una manga de sol en la cual circulaba el polvo, como si se tratase de un sistema planetario. Así debe ser el misterio, la grandeza y pequeñez de los mundos.

Mordido aún por el coraje, sentóse en un macizo poyo de barro. Pasaron las horas de la tarde. Cuando comenzaron a echarse al vuelo las campanas de San Francisco, plañó la puerta sobre sus enmohecidas bisagras. Era un paje que llevaba la merienda.

-Me ordena vuestro padre deciros que no saldréis de aquí a menos de pedir perdón al maestro.

-Decid al dómine que le espero para repetirle que ofendíome sin yo merecerlo. E no saldré de aquí mientras él no haya venido.

Tendido en el camastro sin cobijas, pasó la noche esperando que acudiera el implacable profesor. Por el abierto ventanuco penetraba el duro frío potosino, ciliciando las carnes desprovistas de abrigo. Con las manos refugiadas en el pecho, como si quisiese buscar calor o fortaleza, lo encontraron la aurora y su padre, que sobrecogido ante tal soberbia, abrió la puerta por cuyo umbral salió Alonso tan silenciosamente como había penetrado.

Cuando estuvo en su alcoba de paredes blanqueadas de yeso, se agobió sin desnudarse sobre su lecho y momentos después dormía, mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas pálidas.

Era su mejor amigo don Francisco de Castillo, un rico minero criollo que le doblaba en edad. Con él pasaba Alonso sus horas más delectables, cuando no hurgaba en la mezquina biblioteca de su padre.

-Eres un místico -le decía su amigo, en soriente tono-. Algo saldrá de ti, poeta o redentor; pero en ningún caso serás minero.

Se holgaba del linaje opulento de su oficio:

-Nosotros engrandecemos el Imperio, damos gemas -a la Corona, armas al Rey, naos a sus soldados.

Alonso quería saber de labios de su amigo la verdad recóndita de la mina, los innumerables misterios que apenas columbraba. Aquel varón curtido por el aire mineral, cuyas manos callosas le infundían confianza al estrechar las suyas, era para él una especie de demiurgo de la mina, el libro de sus honduras. Admiraba en don Francisco su rectitud, su tranquilo valor en los torneos, juegos de caña y suertes de toreo, el discreto ejercicio de su opulencia, la leal mirada de sus ojos azules.

-Hacedme sabidor -le dijo más de una vez-, de esas consejas que suelen narrar sobre la mina.

-Tenga paciencia, su merced, señor taciturno, que todo a su tiempo madura. Alguna vez nos iremos en trance de confidencia; cuando podáis digerir sin temor de cólico lo que vuestra curiosidad se afana en saber.

Una tarde encontró don Francisco al mancebo en la plaza del Regocijo.

-Vengo -le dijo- de donde el físico, que acaba de hacerme unas sangrías. No me siento bien, a fe. Quiero domeñar estas calenturas con un paseo al cerro, que para mí vale más que todos los galenos habidos y por haber. Ven conmigo, si te place.

Estaba nublado el cielo. Era al terminar el invierno, cuando la lluvia comienza a insinuarse en breves gotas. Caminando llegaron a la primera mina del cerro, cuando estaba a punto de cerrarse el día.

Caía la garúa sobre la amplia canchamina. Adormecidas, y diríase sin otra expresión de vida que el movimiento de sus brazos, algunas mujeres trituraban la piedra, y eran de tal modo sarmentosas y encallecidas sus manos, que bien pudieran confundirse con el metal que manejaban.

Por el declive del desmonte rodaban en persecución mutua los desechos arrojados por una teoría de niños entecos que, ateridos de frío, se sorbían las narices o se las limpiaban de prisa con el dorso de la mano.

Eran los hijos de la mina, cabezones y deformes como los gnomos del país de los Nibelungos. La casta de los mitayos proliferaba al azar de la embriaguez. Pasadas las fiestas idólatras, después de la procesión de una imagen de yeso llevada en hombros desde el antro de la mina hasta la capilla del cerro, entre nubes de incienso y policromía de ponchos, celebrábase en la canchamina la fiesta patronal.

Hacia el atardecer sonaban con violencia atabales y chirimías, zamponas y tamboriles. Era el momento que anunciaba la bacanal promiscua y triste de los mitayos y las palliras, una dispersión tambaleante y desordenada de parejas que encontraban su lecho entre las piedras, para dar paso, en la inconsciencia de su tristeza, al engendro que nueve meses después estaría tendido, cara al frío, junto a su embrutecida madre.

-Esta es una región aparte del resto del mundo -le dijo don Francisco-. Aquí se nace, se vive muriendo y se muere en el seno de las tinieblas, envenenado el cuerpo por el agua de copagira y las miasmas fétidas de las entrañas de la mina, mientras el alma, ausente del cuerpo desde el momento del parto, parece que maldijera a todos desde el seno de la noche.

Dejando la "Descubridora" a su derecha, continuaron ascendiendo para ganar el costado del Cerro que da hacia el camino de La Lava. En medio de esa soledad se oía a lo lejos un ulular de voces. Por una vuelta del sendero iba en trabajoso descenso una extraña procesión de mujeres vestidas de negro, y por delante, un grupo de mineros llevando encima de los hombros una escalera cubierta de paños sombríos.

-Lo llevan a enterrar. Sírvale de carroza fúnebre esa escalera. Ese mitayo trabajaba todavía ayer. Algún pedrón de la mina ha debido aplastar su cráneo contra la veta de plata. Tal vez conducen sólo pedazos de su cuerpo. Esas mujeres beberán alrededor de su tumba todo el alcohol que han podido conseguir, oblarán algunas gotas sobre el lomo de tierra rojiza para que le sea leve al cuerpo allí embutido y volverán a la mina, al claror de un mechero, como un grupo de esas ánimas en pena que en las noches recorren el callejón de Santa Teresa.

En la desolación del lugar, a esa hora desvaída en que la noche no es todavía noche, se perdió el cortejo, dejando como señal de su paso una estela de alaridos.

-No se atribule mi señor don Alonso -agregó el minero a sus reflexiones-. Ahora estamos en un dominio ajeno al resto de la humanidad. Aquí la vida no se asemeja a ninguna otra. Este es un mundo gris o negro, donde la muerte parece haber sentado sus reales, esparciendo su manto de ceniza sobre esta pirámide, colándose por las bocaminas, viajando en sus callejones junto al viento, para escoger deleitosamente sus víctimas. A veces se encuentran el demonio y la muerte. Cuando el demonio se posesiona de una mina, agótase la veta, desaparece de pronto el filón de plata y caen los mitayos consumidos por extraña postración que condúceles en breve hasta la huesa. Es el "tío", el temible genio de la mina, a quien en ciertas noches suele vérselo sonreír malignamente en el fondo de la gruta, dejando como huella de su paso una viscosa humedad en las paredes y un olor de huevos hediondos. ¡Yo le vide una vez! ¡Yo le vide una vez!... Entonces se exorciza la mina, vienen los curas en procesión combativa, derraman agua bendita, pero el tío, aplastado contra la roca, busca por dónde salir. Como no encuentra, empuja con todas sus fuerzas el peñón y produce un aiza.

A momentos iluminábase el cielo con una fulguración de relámpago y teñíase de un color de cobre viejo. Era alguna lejana tempestad.

-¡El aiza! -proseguía el minero-. De pronto desplómase el cerro y cierra la galería, dividiéndola en dos como si cortase una víbora. Ahí quedan emparedados para siempre los mitayos. Pasan los días; inútil es por cierto el trabajo que se hace para dar les libertad. Continúan desplomándose las fallas. ¿Qué pueden hacer cien, mil, hormigas para destapar un orificio cerrado por titanes? Muchas veces, un raro fenómeno del eco hace escuchar los plañidos de los prisioneros que imploran la muerte. Al otro lado de la pared infranqueable están comiéndose entre ellos, bebiendo la sangre del más débil, tratando de estrangularse. Muchas veces, después de algunos años, se llega a la galería obturada y se encuentran las momias, resacas, duras como la misma piedra, amarillas o negras como ella, adoptando posiciones que os erizarían los cabellos al sólo verlas!

-Es el tributo a la mina. Entonces la mina es más providente, más generosa. Del mismo sitio donde yacieran las momias, mana el metal sin cesar, llega la boyá; los mineros se enriquecen.

Paréceme que la mina pidiese sin cesar espíritus de home para darse como hembra conquistada con ricas prendas. ¡Pero es insaciable!

Descendían para ganar la carretera. El minero iba adelante, hablando trabajosamente y deteniéndose a momentos para tomar aliento. La voz casi apagada salía de su garganta como si atravesase un velo de trapo. El frío congelaba las palabras en su boca. Por encima de ellos huía la niebla nocturna como una procesión de cendales plumizos.

-¡Cuando se cruzan las labores de los mineros! Esto ocurrióme una vez: estábamos en boyas en nuestra mina a mano derecha de "La Zapatera". Aquello era más que una bendición; era un milagro. Un día díjome un mitayo:

- "¿Ha escuchado su merced ruido en la galería de entrada?"

-Acudí de inmediato. Aplicando el oído percibíase como un latido de la roca, un golpe que venía en derechura hacia nuestra galería. Asaltóme el terror, lo digo a fe. Ya sabía a qué atenerme respecto a esos azares de la mina. Con oído experto hube de advertir que el laboreo de nuestro enemigo ¡ya lo era! aproximábase cada vez más, hasta que un día derrumbóse sobre nuestra galería un gigantesco bloque de piedra. Hubo un gran silencio, durante el cual los del otro lado temieron, como nosotros, la catástrofe que se avecinaba.

Envueltos en las tinieblas caminaban don Francisco y Alonso hacia la ciudad. A lo lejos, percibíanse algunas lucecillas intermitentes y pálidas. Eran los primeros ranchos de la Villa. El minero, deteniéndose a veces para dar sosiego a su pecho:

-¡Ah! ¡No sabe su merced cómo es de tenaz, de invencible, de inaudito el coraje del minero! ¡Nada es la fortuna, nada la vida misma cuando es necesario humillar al vecino! Dentro de las cavernas comienzan a hervir las pasiones como en un caldero del infierno, y hasta los mitayos, apacibles y malencónicos, siéntense poseídos de un ardor de muerte, como si en ellos se avivase el instinto de sus pasados tiempos!... De ambos lados perseguíamos la misma veta, éramos rivales, enemigos mortales los que tropezamos por azar en ese sitio. Uno de nosotros debía quedar dueño dél. Esos litigios no se avienen con el fallo del Justicia Mayor, no. Nadie sabe dellos sino los que están ahí adentro, agazapados en la obscuridad, atentos al instante propicio para domeñar al rival. Así pasaron algunos días, preñados de silencio. Pese al aviso que me dieron, yo no tomé ninguna providencia. Pero los muy arteros ¡ay! no se descuidaron. Fue en la noche del décimo día. Yo había bajado a la Villa para entregar a las Cajas Reales unas piñas de plata, y entonces fue cuando cerraron con gruesos pedrones la entrada de la mina y llenaron la galería de gases fétidos y venenosos con prosupuesto de dar fin con todos los míos allí dentro... Al amanecer, después de abrir el mortal orificio, encontré a los míos, retorciéndose en los dolores de una cruel agonía: habían conseguido arrastrarse hasta cerca de la bocamina y ahí aplicaban sus bocas ennegrecidas por la muerte, buscando un poco de aire que les ayudase a sufrir ese tormento. Pero ley del minero es, mi señor don Alonso, la ley de la venganza. Tragué mi despecho durante algunos días, di cristiana sepultura a los que entregaron su ánima a Dios y después... pude seguir persiguiendo la veta a mi sabor: los de "La Zapatera" no podrían mortificarme más...

Alonso se estremeció al oír la macabra confidencia. Pero había en la voz del minero un tono de naturalidad.

-Dejad, señor, que os interrogue -dijo el mancebo a don Francisco de Castillo, a tiempo que llegaban a puertas del templo de San Cristóbal-. Intrígame saber si sólo de aquesta manera que con tan vivo color me habéis descrito y enseñado, si sólo de aquesta manera, digo, no de otra, ha de sustentarse la Villa, ser felices sus moradores y bien servido el Rey nuestro señor, de quien todos dicen ser tan prudente como sabio.

-Estás en lo cierto al discurrir como lo haces, mancebo -le respondió don Francisco, con desgano-; pero durillo me resulta dar cumplida respuesta a la cuestión que me insinúas. Quieres decir, si no estoy en error, que todo marcharía como fiesta de parroquia si no hubiesen mitayos que

sufrieran en el fondo de las minas. Véote atrido por los cuadros que al frecuentar el Cerro contemplas: tu espíritu inocente se subleva: clamas en tu interno fuero por que esto sea Arcadía que no el infierno que es... ¡Ah, precoz mancebo! Huyan de tu mente los tales pensamientos!

-No sólo pienso, señor -insistió Alonso- vivo en ellos; pero se me oscurece el entendimiento, se me nubla el raciocinio al preguntarme por qué sólo la Villa padece de tan cruenta lacería. Plácida es la vida en todos los Reynos, sosegada la de Chuquisaca, cortesana la de Lima, paternal gobierno por doquiera. Sólo en Potosí parecen haberse abierto las cavernas de ese infierno que decís; ó, ¿es que los mitayos son las almas de todos los pecadores destas Indias, condenadas a sufrir hasta la última consumación? Decidme: ¿Hacen al Rey sabidor de lo que aquí sucede?

Don Francisco de Castillo, se detuvo asombrado para contemplar a su interlocutor. Ahí lo tenía, frente a sí, con las manos cruzadas sobre el pecho, con una fulguración severa en los ojos prematuramente tristes. Sabiéndose acosado por esa grave curiosidad, no pudo hurtarse al diálogo y entró en él, diciendo a su vez, sin asomo de burla:

-Gobernar repúblicas no es cualquier menester. Católico es nuestro Señor, sabio por ende de cuanto en el mundo entero pasa; y es de tal manera amante de sus Reynos, pero en especial desta su Villa predilecta, que nada se oculta a su avizora mirada, ni hay bondad que escatime, merced que no prodigue. Leyes como las de Indias, no dictó jamás salomónica sabiduría; providencias como las que rigen el Imperio son dignas de Alfonso el Sabio o Justiniano. A su claro juicio nada se le escapa: así reparte encomiendas entre sus buenos servidores como determina piadoso tratamiento para el indio, manda que se le alimente como es debido a humano ser, que no se le agobie en el trabajo, que se le pague en blanca sus jornales. Nunca se vio mas paternal gobierno; pero así como Dios dispuso el mar Océano entre la Metrópoli y las Indias, la humana condición restó influjo a las soberanas pragmáticas, que, en saliendo del Escorial frescas de tinta, llegan a as Indias de tal modo percutidas, que nadie las entiende o las entiende al revés.

-No se me escapa -repuso Alonso-lo que vuestra prudencia disfraza y mi arrebató aclara. Decís que la las Leyes de Indias sirven como estraza de papel, que nadie se cura de dar cumplida ejecución a esas buenas leyes. ¡Ah, yo intuí todo esto; la verdad, empero, salida de vuestros labios, es todavía más verdad!

Calló por un momento, deteniéndose a su vez. Atravesaban por las calles angostas del barrio minero, en su descenso trabajoso hacia la Villa. De pronto, dijo Alonso:

-Oíd, don Francisco. Yo seguiré a capitán o bandido, castellano o andaluz, criollo o natural que levante el pendón de Su Majestad y luche por los fueros de esas Leyes de Indias que decís. Empeño mi fe de cristiano, mi verbo de caballero, la tersura de mi linaje y esto más: en prenda de lo que aquí digo no tomaré ningún bien terrenal que me fuese ofrecido, no daré sosiego a mi cuerpo ni descanso a mi ánima hasta no haber hecho brillar con toda su pristina claridad las pragmáticas que favorecen a quienes han nacido o hubieran de nacer en esta Villa.

-Tomad, señor -agregó-, tomad mi mano o no la recibáis más si no ejecuta lo que mis labios dicen.

Colmó el asombro la benigna complacencia de don Francisco. No sabiendo si echarse a reír a todo trapo ante la inesperada proclama de su joven amigo o tomarle en serio, consideró más prudente esto último y estrechó la nerviosa mano que se le ofrecía.

Pero había tal dignidad en la actitud de don Alonso, que el caballero lo atrajo hacia sí, brindándole sus brazos, y sólo la noche pudo ver que sus ojos estaban húmedos, tan húmedos, que una de sus lágrimas cayó sobre la frente ardorosa del mancebo.

-Yo no os digo nada -le dijo- sino que soy, seré siempre el más leal de vuestros amigos. Tan noble es vuestro corazón, hijo mío, como alucinadas vuestras intenciones. Algo saldrá de vos: no me equivoco. ¡Todo sea en gloria de vuestro limpio nombre!

"AGORA NO LAS HAY, NO"

EL comedor encalado, luengo como un refectorio, con el motivo blanco de las paredes, aparecía vacío cuando don Francisco de Ibañez no tenía invitados. Pero cuando acudía hasta media docena de hidalgos, cabildantes o azogueros, Alonso, en un extremo de la mesa de caoba de la Barranca, asistía a las tertulias salpicadas de refranes, que terminaban en consejas del solar español, mientras los peninsulares apuraban mistelas de los viñedos de Turuchipa.

Tema predilecto del padre de Alonso era narrar las viejas glorias de la familia. Los Ybáñez eran descendientes de los reyes godos. Jamás fue abatida su reciedumbre por las invasiones que soportó la Península. Godos de origen, seguían siendo godos en su entereza para combatir, en su exaltación para amar a Dios y a la Iglesia, en su coraje para castigar una ofensa o morir en la demanda. La familia de los Ybáñez acompañó a Don Pelayo en su épica empresa.

-¡Don Pelayo!

Al hablar de él se humedecían los ojos del padre de Alonso, mientras se elevaban al techo para detenerse allí largamente. Y entonces comenzaba a enumerar los vínculos entre el Rey de Asturias y don Gonzalo de Ybáñez, su antepasado. La estirpe de éste, no era menos preclara que la del legendario combatiente montañés. Reyes godos fueron sus manes, que bajaron desde sus remotas selvas para desmochar con sus enormes espadas y sus alaridos de guerra los últimos vestigios del lábaro romano en tierras de Hesperia. Uno de los Ybáñez alcanzó a ser Gran Maestre de la Orden de la Calatrava.

-¡Don Pelayo!

A través del relato de padres a hijos, había llegado hasta el hidalgo la épica historia. Aun guardaba en su polvorienta biblioteca un ejemplar del "Cronicón" de Sebastián de Salamanca, escrito allá por el año 880, donde se describía, en bárbaro idioma, los amores y dolores de Don Pelayo en sus montañas nativas y su juramento de arrojar a los árabes del suelo español.

Por entonces, los godos habían venido a menos. Don Rodrigo, el último rey, murió en la sombra, después de haber espectado la carcoma de su dinastía. Que otrora dejara la huella de su paso como una semilla viril en todo el septentrión de la Cristiandad. Don Pelayo, caballero a su manera, había hecho su cruzada a la Tierra Santa, acompañado de su fiel amigo Gonzalo de Ybáñez, para tomar inspiración en lugares tan pródigos en la palabra divina. E inspirado debió haber vuelto, porque a poco emprendió su nueva cruzada para vengar el agravio y para restaurar las viejas glorias de los reyes godos, y refugiado en las montañas Cantábricas, no hubo avanzada mozárabe que no destruyese.

El adalid aparecía de pronto como un fantasma en los campamentos moriscos y prendiales fuego al amparo de la noche, para retirarse después a prudente distancia y volver en seguida a rematar al enemigo. Guerra de sorpresa y agilidad, de inverosímil audacia, era la que hizo Don Pelayo.

Alonso escuchaba en silencio la narración de su padre. Afuera. el viento hacía crujir las celosías y golpeaba las puertas con estrépito. No parecía sino que el alma de Don Pelayo estuviese dando un ejemplo de la fuerza de su brazo.

Y como si se tratase de dar una explicación a los pensamientos que germinaban en la mente del mancebo, continuaba el hidalgo:

-Recio y brutal fue Don Pelayo. Pero así era la guerra por la libertad. Los árabes no dejaban a los celtiberos que disfrutasen de su propiedad, que usasen de su religión, de su palabra, de su fe, de sus mujeres. Ultrajábanlas a tal punto, que la misma hermana de Don Pelayo, la bella Ormisinda, fue víctima del peor de los ultrajes, que le infirió el rey Munuza. Los dueños de la tierra no eran tratados como hombres. Perros. Perros cristianos. E cuando algún árabe tenía su prole en Celtiberia, tratábale con menosprecio. No era digno de su estirpe.

Al decir esto, deteníase el padre de don Alonso, y como azorándose por sus palabras, echaba una mirada al mancebo, que apenas alcanzaba a comprender el repentino mutismo de su padre. Alonso era hijo de español, nacido en Potosí. ¿Acaso los españoles se avergonzaban también de su prole criolla?

-Id a vuestra alcoba, don Alonso.

-Dejadme escucharas un instante más, padre. Vuestra historia me arrebató.

Nada más necesitaba el hidalgo. Abstraído en sus evocaciones, continuaba, elevando hasta sus labios el meloso y estimulante licor:

-Mi antepasado, don Gonzalo, era el fiel lugarteniente de Don Pelayo. Después de haber arrojado de tierras de Asturias a los árabes, Don Pelayo gobernaba en el riñón de sus montañas, cuando aquéllos, rehechos de sus derrotas y enardecidos por sus triunfos en el Mare Nostrum, se lanzaron nuevamente contra él.

Ahí brilló el arte guerrero del capitán asturiano. Replegóse arteramente hasta el fondo de los desfiladeros de Covadonga, donde los extranjeros se introdujeron como en una trampa. Piedra, fuego, flecha, hierro, de todo hubo en manos de los guerrilleros.

-¡Aquellos tiempos!... Y al decir esto el hidalgo elevaba los ojos, como si así los evocara mejor.

-Agora no los hay; no. No hay hombres como esos. Habría que tener sangre de don Pelayo o de Ibáñez en las venas. Don Gonzalo de Ibáñez acompañó a don Pelayo hasta sus últimos días. Cuando murió en Cangas, fue el depositario de la cruz que llevó el héroe hasta Tierra Santa, para entregarla al heredero y sucesor, Favila. El mismo condujo los restos del héroe legendario hasta Santa Eulalia de Velamia. ..

Iba haciéndose tarde. Los cabildantes y veinticuatro bostezaban, y alguno de ellos abatía la cabeza, abriendo la boca en un gesto inconfundible de cansancio o de embriaguez. Al languidecer de los candiles, retirábanse juntos, mientras los escuderos encendían los hachones para guiarles en su caminata. El viento doblaba la capa sobre el rostro de los peninsulares. Alonso se iba solo y soñaba con el guerrillero: -"¡Y o soy Pelayo!"

Otras veces, el hidalgo hablaba del Beato Domingo Ybáñez de Erquicia, un pariente guypuzcoano, honra y prez de la Orden de los Dominicos. Noticias llegadas del patrio lar hicieronle saber que el Beato pereció en cruento martirio, allá por las remotas tierras del Lejano Oriente, en una isla situada más lejos de la región de hombres amarillos que visitara Marco Polo.

-¡El Beato!

A él no le había inducido a tomar el hábito ninguna decepción mundana ni el choque de espadas en una calle de Guypúzcoa; no. Nació doctor y apóstol de la Iglesia, y puso al servicio de ella su indomable voluntad. Era un Ibáñez, en toda la acepción de este patronímico, porque al par de ser varón para tomar la espada con puño de acero, lo era también para batir el alma en los yunques de la privación y la adversidad, sin queja ni llanto, con un resplandor de divinidad en el rostro, a la hora del martirio y de la muerte.

-La estirpe de los Ybáñez es de héroes, mártires y sabios.

Ya continuación solía musitar:

-¡Sólo yo! Al decir esto, quedaba silencioso, como si sólo él fuese indigno de tan preclara raza. En momentos de extrema confidencia y cuando las libaciones ponían fuego en los rostros y desataban la lengua, hablaba de su caso:

-Sólo yo he venido a oscurecer en tierras de Indias, sin brillo ni mérito: ¿qué dirán de mí los antepasados?

Su delito no consistía sólo en haberse movido del solar nativo, sin gloria para él y su nombre, sin haber cumplido una hazaña. Era algo peor: haber perpetuado su estirpe en tierras indignas de ella. Su hijo, Alonso, era i criollo...

-Don Alonso... El no podría ser héroe ni mártir, o lo que es lo mismo dos veces Ibáñez. Era cierto que llevaba en sus venas sangre azul como el cielo del Cantábrico, pero había nacido en Indias. ¿Se holgarían sus antepasados al verlo, si supiesen que vio la luz en un remoto vallecillo, perdido entre las serranías de una tierra extraña y bárbara, a las orillas de un río que nadie sabía siquiera dónde iba a parar?

Cuando el mancebo veía a su padre detenerse en los momentos escabrosos de sus delectaciones del pretérito, intuía algo no muy placentero para él.

Pero como para consolarse de tan crueles pensamientos, el hidalgo requería nuevamente sus memorias.

-Un Ibáñez fue el inspirador y guía de Santa Teresa de Jesús: el sabio don Pedro de Ibáñez. Merced a su influjo ante el Santo Padre, consiguió que éste dictase el Breve, autorizando a Teresa para fundar el primer convento de las Descalzas. Santa Teresa estuvo, en prenda de gratitud, junto al lecho de don Pedro, el momento en que éste abandonaba sus mortales vestiduras, y cuenta que vio el alma de Ibáñez irse en rauda trayectoria hacia la mansión divina.

Aquí se detenían las evocaciones del hidalgo, como si el tema no diese para más o como si quedara absorto ante tan definitiva consagración de su gloriosa estirpe. Pensar en don Alonso, su hijo indiano, menguada y débil rama de tal roble hispánico, habría sido para el hidalgo empañar grandezas familiares que se remontaban nada menos que hasta el cielo.

Entonces venía la contribución de los demás hidalgos a tamaño desapego y se platicaba sobre la Villa.

Potosí era una creación del demonio, indudablemente. El fue quien embutió de plata el Cerro para que los excelentes peninsulares perdiesen su tranquilidad y vinieran desde sus lejanos lugares a derramar el reposo de su espíritu y alborotarlo por contraste en afanes menguados. La misma villa era un asunto de tan patéticas aventuras. Negra y triste, con sus crepúsculos de fuego y sangre que eran la imagen palpitante del infierno, con sus colinas desnudas y hoscas. Potosí...

Al hablar de la Villa ponían un acento de menos- precio. Potosí... Villa opaca y sin grandeza, donde los hombres se metían como topos en las cavernas para salir de ellas con los

cabellos erizados y el rostro munido de una relajación satánica. Todo les era hostil en la Villa. Mal haya el momento en que dejaron sus casonas. ¡Mal haya!

Y como si la misma naturaleza quisiese ponerse a tono del inmenso descontento, en la calle angosta pasaba el huracán como un macabro viajero que fuera a perderse en las entrañas del Kari-Kari.

Alonso escuchaba el lúgubre canto que estremecía las calles. El amaba ese viento canoro y recio, amaba la límpida claridad de las estrellas que brillaban en la cúpula luminosa del cielo potosino, como queriendo infundir claror en las almas o darles fuerzas en sus momentos de desesperanza. El amaba las llanuras vecinas, que se cubrían en primavera de menudas florecillas; las lejanas y pétreas amontañas donde todo daba idea de inmensidad.

¿Por qué abominaban de Potosí aquellos hidalgos? ¿Acaso no les daba amaneceres placenteros, en los que, quiérase que no, elevábase el espíritu, como agradeciendo a la naturaleza de mostrarse tan luminosa y tierna? ¿No colmaba por ventura de sorprendentes riquezas a todos los que allí se posaban? Entre él y los hidalgos había un abismo. El se sentía ligado a su Villa, como el cóndor a la oquedad en que se abre el estuche de porcelana por donde asoma el cuello para ver por primera vez el mundo. Los otros, su padre mismo, vivían allí como de paso, como si Potosí fuese para ellos el imprescindible purgatorio para alcanzar la gloria o la fortuna.

Pero Potosí era para él carne y sangre, ensueño y entraña, madre y novia.

Al día siguiente de haber oído estas pláticas, caballero en una mula zaina se iba de paseo por las afueras de la ciudad querida. Sonaban los herrajes en el bruñido empedrado. Llegaba hasta el Arco, que erguía su esbeltez, frente a una amplia plazoleta donde los viajeros que iban a Chuquisaca ajustaban los arneses de sus cabalgaduras y se despedían de la ciudad. Allí se detenía un instante para escoger el camino. Por abajo, iba un sendero abrupto que conducía a Jesús Valle, pasando por la garganta de Chorrillos, donde el agua se convertía en mármol, al amparo sombrío del invierno. Chorrillos era el sitio de sus paseos predilectos con los mancebos de la vecindad. Deslizábanse por el hielo, y descansaban después, sudorosos, en los yerbajos de las orillas. A la derecha, se abría el anchuroso camino real rodeado de colinas suaves donde los labriegos tenían sus alquerías.

Alonso inducía al manso animal a dirigirse por ese lado y soltando las riendas, dejaba que le condujese pausadamente. Encontrábase con arrieros de Quivincha, que traían tabaco de Vallegrande, especias de Santa Cruz, trigo de Lagunillas y Quebrada Honda. Viendo al fondo unas colinas rojizas, arrugadas como si fuesen de crespón, anhelaba ir hasta ellas y vivir allí algunos días, entre las lagartijas de las quebras y contemplando, tendido con la cara al cielo, el raudo aletear de las golondrinas.

Pero no se atrevía aún. En el estado indefinible de su conciencia, alcanzaba apenas a divisar una remota aspiración, un hondo deseo insatisfecho. Así llegaba al Rollo, que señalaba la legua castellana en el camino de Bartolo. Placiale apartarse del camino y tenderse en una blanda duna, próxima al lugar. Se quedaba así sin meditar, tostándose al sol que llegaba al cenit, hasta que el esquilón de alguna recua viajera le sacaba de aquel , sopor, y regresaba entonces a paso rápido, desmontando , en el largo zaguán de la casona.

Poco después, un negro de rostro sonriente y cuerpo felino, bajaba a saltos desde el largo enfarolado y tocaba la campana que colgaba airosa a mano derecha del patio, entre pilares mudéjares. Era la hora del yantar del mediodía.

*

Doña Ana de Mendoza permitía a veces a don Alonso subir hasta su alcoba, donde la encontraba rodeada de beatas y comadres. Alguna de ellas lo hacía sentar a su diestra,

acariciándole la melena. Ahí se respiraba una atmósfera de superstición, y como en todas las tertulias, se hablaba del pasado de la Villa:

-¡Ah, de aquellos tiempos en que todo era devoción y arrobó! Nunca serán los de hoy mejores a esos en que don Martín de Loyola, sobrino carnal del soldado de Jesús, era Corregidor de la Villa de Santiago de Potosí.

Entonces toda la Villa era un caminar contrito hacia las excelsitudes de la piedad. Resuelta, inexorable, la Santa Inquisición aplicaba sus castigos con iluminada equidad a quienes no eran solícitos en sus deberes con la Iglesia, así como se mostraba benévola para los mineros que gastaran parte de su fortuna en dotar de bienes a los conventos, de galas a los templos, en hacer legados para sus servidores, o dar joyas que contribuyesen al brillo del culto.

Y no debía ser menos debida la gratitud de los fieles, pues que gracias a sendas rogativas y a continuo plañir en busca de la clemencia divina, consiguió la Iglesia desapostar para siempre al Malo, de los cubiles donde cierto tiempo, ¡ominoso tiempo! logró establecer sus reales.

-¿No fue acaso el demonio quien, entre gallos y medianoche tendió un puente en el río de Yocalla, e haciendo de alarife y arquitecto logró obra perfecta de ingeniería: pero dejó el sello de su derrota al abandonar incluso el trabajo, cuando el Ángel del Bien asomó con la aurora? El vacío que dejó el sillar que falta todavía en el Puente del Diablo, es prueba patente de sus hazañas.

-No fue corta ni menguada la lucha. Desalado, fué a dominios tenebrosos, propicios a su maligno desempeño, e hizo sede de la su torpe maestresalía a la garganta de San Clemente.

-¿Tenéis abono de cuanto decís, acaso? -preguntaba Alonso.

-En posesión estoy dellas, mancebo. Id a la quebrada de San Bartolomé y lo verédes. A siniestra mano existe una caverna insondable que es la puerta del infierno. E dicen que los últimos malvados, yendo de fuga hacia las provincias de abajo, sintieron de pronto que cerrábaseles la quebrada encima de sus cabezas, hundiéndoles en las entrañas desa tierra, o sean los sus dominios. ¡Oh, el ubicuo ángel del mal!

Y narraba acongojada cómo, desde aquel suceso, no pasaba por ahí viajero nocturno a quien no se le encabritase la cabalgadura hasta matarle a corcovos, o cristiano ser que en las mismas circunstancias no viese, empavorecido, llamear el azufre en la vertical figura de las montañas.

-E fue entonces que los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús entronizaron la efígie de San Bartolomé en esas cuevas...

¡Patente y eficaz sortilegio! El demonio, confinado a sus justos dominios, no volvió a aparecer por esos lares. Pero todo se debía, ¡sin duda alguna! a la oportuna irrupción de fervor católico que trajo consigo don Martín de Loyola, sobrino de San Ignacio.

Solía poner su acotación alguna dama peninsular:

-¡Pobre don Martín! ¿Quién le aconsejó que uniese su sangre con esa princesa india, heredera del Perú?

Ese era el único estigma del famoso varón, matriz y engendro de su caída, pese a su fe y su estirpe. Aquel don Martín de Loyola, que llegó a la Villa al consumirse el quinientos, con su faz apergaminada, sus ojos febricantes, sus piernas temblorosas, aquél que asiduamente se daba golpes en el pecho, midiendo las varas de los templos con sus rodillas, fue, sin embargo, capaz de yogar un día con una bárbara princesa y depositar en sus entrañas groseras nada menos que el germen de la casa de Loyola, divinizado por el Santo hasta la quinta generación.

-¡Oh, pecado redimido, que no por haber sido redimido dejó de ser pecado!

Alonso pedía permiso para salir, y al hacer la venia ritual de despedida, podía verse un fuego de protesta en sus ojos pardos.

Pero así solía entretenerse en las horas pesadas de la prima noche. Alonso escuchaba la parla de las quintañonas, participando de la emoción que a todas embargaba. Saturábase el aposento de un ambiente místico. Se hablaba otras veces de espíritus y la parla se hacía en voz baja, como si se temiese atraer la ira de aquellos a quienes se aludía en tono desusado. Se hablaba del alma de los mortales como si fuesen seres tangibles, familiares a todos, como si sus costumbres no fuesen desconocidas y hasta los entes monstruosos que asomaban por las calles extraviadas de la Villa en nocturnas circunstancias, pasaban ya a la calidad de habitantes necesarios y domésticos, cuya ausencia habría privado a la Villa de su sabor nocturno.

Traspuesto el atardecer, y después que las campanas hicieran escuchar su tañido melancólico, recogíanse los ánimos en la penumbra grata para las evocaciones.

Esa noche se hablaba de tal cerdo que saliendo de las montañas de Kari Kari recorría el barrio de San Martín en busca de algún ser inocente que por allí anduviese, para llevárselo al Limbo.

-Yo le vide -aseguró una vieja-. E magüer la bondad de mis entrañas, vínome un sponcio.

Y turbada por la evocación, dio paso anhelante al narrar de su episodio. Ella, apoyada en su cayado y llevando en la mano su farol, se encaminaba a dormir, cuando, al dar vuelta una esquina, vino desde lejos a herir sus oídos el hozar bestial del puerco gigantesco que, lanzando fuego de azufre por los ojos y atravesando con sus colmillos la tierna carne de un niño, huyó en la profundidad de la noche:

-¡Apenas se escuchaba el plañir del infelice!

Eran inútiles los exorcismos, vanos los anatemas. El cerdo que salía de las tinieblas repetía a poco sus excursiones con insaciable asiduidad, empeñoso en acabar con todos los inocentes del barrio de San Martín.

Todas las mujeres del ruedo quedaban un momento en silencio, considerando el destino lamentable de esos niños conducidos a la antecámara del infierno de tan cruel manera. Pero a poco asomaba otra acotación no menos espeluznante:

-¡La cabalgata de mulas de la noche de San Juan!...

Esa noche, después de encender fogatas propiciatorias, cuando el viento esparcía las cenizas y el cielo estaba cargado de humo, próximo al amanecer, ¡nadie habría podido asegurar la hora!, pasaba por las calles de la Villa, en rauda carrera, una cabalgata de mulas blancas que echaban fuego por los ojos y hacían temblar las calles con satánico brío. Era insensato asomar la cabeza por las ventanas o estar con las luces encendidas. Había que permitir que los nefastos animales sentasen sus reales en la Villa, que las inspeccionasen detenidamente en búsqueda de víctimas, hasta que, conjurados por el alba, se disiparan con el humo y desaparecieran con el viento por las faldas del Cerro, a preparar su anual regreso.

Alguien juró por la salvación de su alma que los híbridas se detenían a veces a piafar, golpeando desaladamente con sus cascos el lugar donde yacía un tesoro. Y más de un valiente quedó en el sitio, seco como un esparto, en su necia pretensión de seguir el torbellino del galope y salir de pobre entre gallos y medianoche.

-¡Los tesoros enterrados!

Era el tema inagotable, el punto donde incidían todas las pláticas. Los tesoros enterrados no eran estáticos. Trasladábanse por su propia voluntad de un lugar a otro, huyendo de quien no les era grato o tuviera en su vida un pecado incompatible con la merced de dar con ellos. Inútiles los derroteros más fieles, las más seguras indicaciones de amarillos documentos.

-He aquí, -dijo una dueña- lo que sucedió una vez a mi hermano don Mendo. El cura de La Merced favorecióle con un derrotero escrito nada menos que por don Juan de Villarroel, ¡Don Juan de Villarroel! Había que faldear la Rivera desde Cantumarca para arriba hasta dar con una garganta que a mano derecha se abre. En medio della encuéntrase un gran pedrón. Había que retiralle, a continuación cavar sendo, sendo, darse después con un manto de cal, uno de carbón molido, otro de cal. Todo estaba asígún el derrotero: más no el tesoro. Pero después lo encontró un segundón sin blanca, a pocas varas del lugar.

En ardoroso comentario, descubríase la verdad de la fuga del tesoro.

-¡El hermano de misea está amancebado con una mujer casada, cuyo marido fué en expedición a Gualamba, salado por ende, salado aína.

-Malhaya quién lo dice. Eso no fue, sino que, debiendo como debían hurgar de noche, hiciéronse sorprender una vez por el alba. E fué el tesoro, sin remisión.

Para buscar tesoros, como para descubrir vetas en las minas, era necesario estar en condiciones propicias de cuerpo y de espíritu. La fortuna suele entregarse sólo al que sabe encontrar los recónditos caminos que a ella conducen.

-E si no, díganlo quienes han querido quitar su secreto al monje de San Benito...!

Este monje, condenado a penar por los tiempos de los tiempos, oficiaba misa todas las noches de Viernes Santo. Entonces, descendiendo por la calle de Santa Teresa, llegando hasta los parapetos que bordean el camino que conduce a Mondragón, era posible ver cómo, cuando las estrellas señalaban las doce en punto, se iluminaban de pronto las naves del templo de San Benito; llamaban las campanas a misa; transcurría el Santo Sacrificio y después de breve agonía se apagaba otra vez la brillante iluminación. Entre las tinieblas de la noche era ése un espectáculo que erizaba los cabellos.

Era sabido en la Villa que quien acudiese sin compañía, con empeño de ayudar al monje en la misa, escucharla de boca de éste la revelación del remoto sitio donde estaba enterrado un tesoro. Conveniente era no mirarle la cara durante la ceremonia. Tentado por la curiosidad, uno lo hizo, pero sólo alcanzó a ver alejarse, entre gemidos, un esqueleto ataviado con hábitos conventuales, y enloqueció al punto.

-¡Virgen Santísima!

A las diez servían las jícaras de espeso chocolate cuyo olor mundano atenuaba un tanto el trance sobrenatural a que estaba llegando la tertulia, y se hablaba de cosas terrenales, de los últimos lances de amor, del caballero que una mañana apareció con el corazón atravesado por trapero puñal al pie de una reja.

Muchas veces laceraba el silencio de la noche el aullido de un perro, y se santiguaban las quintañonas. Era que por ahí pasaba un ánima. Y rezaban juntas, en ruedo, por su descanso eterno.

¡QUE HERMOSO ES!

MATIZABA el curso de su adolescencia el viaje que anualmente solía hacer con doña Ana de Mendoza a Chuquisaca, para visitar a un Oidor, su deudo, dueño de harta hacienda que la madre de Alonso esperaba heredar. Comenzaban los preparativos desde las visitas a los tambos, albergue de arrieros en su paso de Tacna a Chuquisaca. Doña Ana, acompañada de Alonso, penetraba al recinto hasta llegar a un gran patio empedrado, oliente a cebada y bosta y en el centro una fontana donde abrevaban las acémilas. Hasta allí se llegaba Alonso, mientras doña Ana celebraba el trato con los arrieros, para considerar, con ojo experto, la raza y alzada de los caballos. Una mula sillonera para doña Ana, un trotón para Alonso y un borrico para los bastimentos, tal era lo necesario. Alguna vez, cuando el arriero no ofrecía un caballejo, Alonso alzábale airado:

-No, madre. Busquemos en otra posada. Fletad para mí un caballo; no otra cabalgadura.

Cerrado el convenio, preparaban el avío. Manjares conventuales, embutidos y morcillas, panes especiales llenaban las alforjas. Desde la víspera se ataviaba Alonso con su traje de viajero: altas botas que hacía sonar con varonil prestancia, una coraza de cuero sólidamente asegurada a la espalda y un casco de aspecto militar. Sentíase marcial y bizarro, y al poner pie al estribo se munía de aire varonil y protector.

Antes del amanecer estaban ya en Azángaro y se detenían en Don Diego para yantar. Largo y cansado el viaje hasta Bartolo, pero desde ahí la naturaleza, menos agreste, se dulcificaba para llegar a su plenitud en la perfumada altura del Terrado, desde donde se divisaba imponente panorama. Abajo, la cinta del río Pilcomayo, en el fondo de un abismo, y a lo lejos, a diez leguas de distancia, las torres de la Ciudad Blanca. Pasaban por Quebrada Honda, dominios de unos amigos de su padre, herida abierta en la tierra como por un mandoble, donde una casa solariega, solitaria y a veces deshabitada, era el único signo de presencia humana entre esos montes de churquis que agitaban al viento sus plantas parásitas, como si fuesen luenga barba cenicienta de los fantasmas de la quebrada.

El vado del Pilcomayo era para Alonso la emoción ansiada. El río anchuroso, dividido en varios brazos. Para salir al camino de La Calera había que cruzar el último a nado de cabalgadura. El río, solemne, hacía escuchar su fragor en el eco de las montañas, mientras sus aguas bermejas discurrían por la playa en busca de lejanos mundos. En una de esas travesías, Alonso vio por primera vez emocionarse a su madre. Pasaba el último vado detrás de ella, cuando había calmado ya la lluvia copiosa. De pronto, en medio cauce aumenta el caudal, y Alonso, que pretende pasar de prisa, espolea los ijares de la bestia, que al sentir el acicate y con rudo movimiento rompe el freno, quedando sin gobierno. Doña Ana lanza al cielo encapotado alaridos de angustia desde la otra orilla. -¡Hijo mío!... ¡Ay, hijo mío!

Aumentaba la creciente en tanto, y el caballo, encabritado y sin control, se dejaba llevar. Alonso se despojó de las botas, y, arojando casco y gabán, se arrojó a nado, saliendo a la orilla cien varas más abajo, mientras el caballo, libre y entregado a su instinto, sacudía la crin en la orilla. Obscurecía. Fue entonces cuando Alonso sintió por primera vez que su madre le besaba con inenarrable ternura.

Al hacer esos viajes sentías e más fuerte. Era el escudero de doña Ana, a quien asistía con aire protector, poniéndole las manos para subirla a la montura, o recibéndola delicadamente en sus brazos cuando llegaban a una venta, al anochecer. Entonces, mientras descansaba la matrona en un poyo de barro, Alonso celaba por que se diese buen forraje a las cabalgaduras y ordenaba con indiscutible aire de mando, que sirviesen los mejores manjares de que se pudiera disponer

para los transeúntes. Es que doña Ana, recia e imperativa, era para Alonso una viviente lección de coraje. Una vez -era entonces muy niño- la madre de Alonso, llevada de compasivo impulso, aceptó llevar de Otuyo a Chuquisaca a un infante de pocos meses, cuya madre se encontraba rendida por unas tercianas. El joven caballero conducía al párvulo, y en amena y grave plática que doña Ana sostenía con su hijo, descendieron desde las alturas de la aldea hasta llegar, sin darse cuenta, a un tórrido valle que desembocaba en la salvaje playa de Mataka. Al saberse extraviado y sin tener seguridad del rumbo de regreso para encontrar el camino real, Alonso se sintió pálido por repentino terror y echó a llorar. Tenía al niño entre sus brazos, y ambos formaban un coro plañidero que doña Ana cortó en seco de una bofetada. Agobiados por el calor, sin fuente ni manantial donde apagar la sed, recorrieron todo ese día el valle desconocido, hasta que el lejano sonar de la esquila que guiaba una recua les devolvió la esperanza.

Alonso tenía fiebre, seca y dura la boca, y pedía a doña Ana descansar en alguna venta del camino. Pero ella, ceñuda, afirmó que no sosegarían hasta no haber llegado a la meta de ese día. En la soledad del camino, bajo la luz de una luna lechosa, Alonso, no obstante su agobio, llevó consigo al niño menesteroso, hasta que a medianoche llegaron todos a su destino. Nunca olvidaría que entonces, cuando en rústico camastro de la posada cerró sus ojos vencidos por la fiebre y el cansancio, asaz aliviado por una casera poción, unas indias de la posta acudieron hasta la puerta para verle, y una de ellas exclamó, en su idioma:

-¡Qué hermoso es!

Esas palabras le calmaron más que los cordiales y febrífugos, y al amanecer del día siguiente seguía con su madre por las laderas de Yotala, donde halagaba sus oídos el timbal de plata de las ramas mañaneras, que saludaban al nuevo día en los charcos, acariciados por las ramas olorosas de los molles.

Pegósele la afición a los viajes, y no perdía oportunidad de acompañar a sus padres, dondequiera que fuesen. Así supo a temprana edad de la sensación viril de recorrer caminos, de vencer el frío, la sed y el hambre, de soportar las fatigas con seguridad y alegría. Así conoció la Villa de Talavera y Caiza, Porco y Presto, y hasta logró una vez seguir a su padre a una malaventurada empresa de minas que intentó en San Cristóbal de Lípez. Fue a consecuencia de uno de esos viajes que experimentó el dolor más agudo de su prematura existencia. En el altiplano de Buey Tambo, asociósele un mastín pastor que, atraído por las caricias del mancebo, le siguió hasta Potosí. Se trabó amistad entre ellos, y Alonso le puso un nombre nuevo: "Almanzor", y lo llevó a Potosí. El perro fue repudiado en la casona, por curioso y retozón, y no tardó en ser víctima de un veneno administrado por la gente doméstica. "Almanzor", fatigado por la vecindad de la muerte, consiguió arrastrarse hasta los pies de su amigo y murió con la vista clavada en él, como pidiéndole que hiciese algo para salvarle.

Alonso estuvo varios días silencioso, y después de haber dado sepultura a ese ser que tanto había querido, no pudo advertir que la sonrisa juvenil que alguna vez alboreaba en su rostro huyó de él junto con la vida de su amigo. Y nuevamente se sintió solo.

Entretanto, la Villa continuaba viviendo su romance aderezado de historias de amor. Alguna vez tomaba el Cerro su desquite, reclamando su contribución de sangre. Nunca olvidaría Alonso aquella mañana en que recorría por las cercanías de la Capilla. Desde lo alto veía una larga caravana, conduciendo trabajosamente raros y pesados bultos. A poco se acercó la procesión, grávida de plañidos. En la mezquina plataforma de la Capilla depositaba uno, diez, cien, más de cien cadáveres de mitayos groseramente embutidos en trapos, por donde asomaban sus miembros sanguinolentos.

Venció en él la curiosidad al horror. Inquirió a la muchedumbre, y alguien le dijo:

-Grande hundimiento se produjo en la mina de Mendieta. Trescientos mitayos han perecido, y dos mineros españoles. A medida que los van extrayendo condúcenles aquí para prodigarles las exequias de nuestra Santa Religión.

-Desgracia es para la Villa, mancebo -le dijo un minero-, para quintos, alcabalas, cobos, almojarifazgos, amén de sufrir aquesta contingencia. Debía dársenos derecho a mita de tal modo providenciada, que de aplastar la mina a estos bellacos, haya otros que sin pérdida de tiempo ocupen su lugar. ¡Voto a bríos!

Sentía entonces deseos de tomar las armas, ir donde un caballero andaluz o castellano que tuviera pleito de amor pendiente con algún vascongado -de entre los que fuesen dueños del Cerro, no había que dudar- y jurarle su actitud solidaria.

Buscaba entre sus amigos a alguno que estuviese en secreto de conjuración. Tanteaba con insidiosa pregunta lanzada como al desgano, sobre los conflictos de actualidad. Le urgía unirse a cualquier grupo de criollos, andaluces o extremeños, que en tarde de torneo o noche de clandestino encuentro, dirimieran ésta o aquélla cuestión con vascongados o vizcaínos.

-Daréme a ellos por entero, no lo dudéis- le dijo a Gonzalo de Mena, criollo como él, una tarde en que después de prolongada sesión de esgrima discurrían en la pampa de San Clemente.

-Caté el asomo de vuestro empuje rato há -respondió con aire misterioso el de Mena-. Acaso se os procure la ocasión. Sabed, por adelantado, que hay caballero criollo como nos en trance de disputar la su amada a un rico vascongado que quiere hacerla suya, magüer la voluntad de la doncella. Soy de la partida para emprender la aventura. Sea vuestra merced, si le place, y si a tanto llega su ardimiento.

La víspera de la fiesta del Santísimo se reunió hasta una veintena de mancebos criollos en una hostería situada frente al arco de San Roque. Era el vago instante del crepúsculo.

-Sepa, vuesa merced, si no quiere cometer desatinos -le anuncio al conducirle el de Mena-, que el Factor Bartolomé Astete de Ulloa tiene prometida su hija al vascongado don Sancho de Mondragón. Pero doña Margarita de Ulloa ama a don Nicolás Saulo Ponce de León, caballero, criollo, y éste a aquélla. Mañana serán las malas nupcias en el fundo de Mondragón; digo mal: no serán, porque habremos de impedir las. ¿Estáis?

Alonso se sintió munido de excepcional predestinación al trasponer los dinteles de la hostería. El, seguramente, decidiría la suerte de la aventura, arremetiendo con toda su fuerza contra los adversarios.

Sencilla era la trama del lanco. Sabían los conjurados que después del juego de sortija a celebrarse en la mañana, don Sancho de Mondragón, asistido de cien caballeros vascongados, escoltaría a doña Margarita hasta sus posesiones. Al ponerse el sol se celebrarían las nupcias, hecho lo cual y después de una noche de holgorio, regresaría el cortejo a la Villa, ya de madrugada, para seguir interviniendo en las famosas justas que debían ser por esos días. El nudo de la hazaña consistía en raptar a la doncella en las puertas de la ciudad, a tiempo de que el cortejo se dirigiera a Mondragón y encaminarse con la soberbia presa hacia Chuquisaca.

-¡Sed conmigo! -profirió Ponce de León, al tomar juramento a los jóvenes criollos. ¡Mañana, a prima tarde, junto al templo de Jerusalén!

Alonso pasó una noche alucinada de ensueños. En medio de su desvelo se levantaba para revisar su espada, doblarla en la rodilla, asegurándose de su temple. Hacía jugar la daga en la

vaina, y desdeñoso de usar cota, se preocupó sólo de que su ropa íntima no fuera a desdecir con dudosa albura su hidalga condición, en caso de caer herido o muerto.

Promediaba el día. A caballo fueron llegando los mancebos, uno detrás de otro. Gonzalo de Mena señalaba a cada uno su lugar:

-Esperaréis en la cima de la lomada. Vuesa merced se apostará en el cruce del camino. Tú me seguirás. Vos, don Alonso, estad próximo a mí. Estad todos atentos a mi señal.

Por la puerta de Santa Teresa salió el cortejo nupcial, atolondrado y cortesano. Bajaba por los vericuetos del camino al Valle de Tarapaya, cuando de súbito Ponce de León y Gonzalo de Mena, seguidos de Alonso, salieron al medio del camino:

-No temáis, señoras -dijo Gonzalo-. Sólo deudas de amor se cobran. ¡Deje vuesa merced, señor de Mondragón -agregó después con voz terrible-, que la doncella que robáis venga a nosotros!

No hubo respuesta, pero comenzó la lucha. Picaron espuela los caballeros vascongados, mientras Ponce de León, rodeado de algunos criollos, avanzó hasta Margarita, a quien, en medio de la confusión, tomó por la cintura, emprendiendo después veloz carrera, mientras de las colinas próximas, como paridos por la tierra, salían los demás criollos, que trabaron lucha sin cartel, con ánimo de infundir pavor. Ya estaban lejos Ponce de León y doña Margarita. Amparados los demás, por la sorpresa, picaron a su vez sus caballos, tomando un sendero extraviado. A poco les ocultó una nube de polvo.

Sólo Alonso, persiguiendo a un caballero vascongado, se dejó conducir en su ardor hasta un recodo del camino, lejos del teatro de la lucha. Por una encrucijada salió un nuevo adversario, junto al cual se colocó el fugitivo. En la violencia de su carrera Alonso clavó certeramente su espada en la boca de aquél, y lo hizo desplomarse entre ruido de hierros. Quedaba el otro, pero la espada de Alonso, rota por la empuñadura, se balanceaba como un pendón en el cráneo del caído.

Hubo un instante de vacilación. Sonriendo lo esperaba su adversario, al verlo desarmado:

-Agora conmigo, mozuelo. ¡Pena me da ultimaros!

No tuvo tiempo para decir más. A un gran salto de caballo se puso Alonso a su lado, sin darle tiempo a usar la espada. Abrazósele, y desenvainando su daga, la clavó firme en el pecho de su enemigo. La limpió después en la sudorosa crin, la acomodó con calma en la cintura, y, haciendo descansar su mano en el puño damasquinado, emprendió regreso a la Villa.

Entonces se sintió extrañamente sereno. Detrás de él el viento se llevaba algunos quejidos, mientras la Villa, acunada como una doncella entre los brazos del cerro, parecía sonreír.

OJOS VERDES, CARNE MORENA

UNA mañana, salió poco después del toque de maitines en San Francisco. Atravesó la calle de la Ollería. De las tahonas salía el aroma del pan que los mozos cargaban en petacas de cuero para llevar a los hostales, que en esa hora se abrían para mostrar su amplio patio, donde los arrieros que llevaban cargas a Chuquisaca y Tacna aprestaban los aparejos y cargaban mulos, llamas y borricos.

Una sensación de alegre despertar palpitaba, en la urbe. La niebla mañanera cubría como un cendal de gasa las faldas del cerro, cuya punta comenzaba a teñirse con los rubores de la aurora. Alonso siguió por la plaza del Rayo, y yendo hacia los alrededores de la ciudad anduvo

hasta llegar a la mole imponente de San Benito, cuyas cinco cúpulas, doradas por el sol naciente, daban la impresión de amarillentas calaveras de un cementerio abandonado.

Bajó corriendo mientras que un fresco vientecillo la acariciaba las mejillas. Las piedras rodaban al impulso de su carrera, como si quisieran acompañarle. Llegó hasta la gran plazoleta, a cuya derecha se yergue el templo. A la izquierda, a la vera de un ingenio, las llamas de una manada carguera esperaban, indiferentes, rumiando la brava paja, que los mozos terminaran de cargarlas para el luengo viaje, del que tornarían al cabo de un año.

El cerro, semioculto por las colinas, asomaba su pico multicolor como si fuese una cimera. Al levantarse el sol, las paredes del ingenio formaban un violento contraste. Bien podía sentirse que en la sombra había obscuridad. La luz, cortada a tajo, se posaba en la plazuela, brillando como una cinta metálica al reflejarse en el agua clara, que salía de un caño de plomo para esparcir su rumor por un lado del camino. Alonso se detuvo allí. En ese momento repicaban las campanas de San Benito.

Abstraído en sus pensamientos, y con el propósito de llegar hasta la iglesia, avanzó hasta el camino, sin ver que un carruaje arrastrado por dos soberbios alazanes negros venía a toda velocidad por el lado opuesto. Apenas tuvo tiempo para ponerse a salvo, pero su ligereza no evitó que el auriga, advirtiendo el peligro que corría el mancebo, desviara con mano férrea el vehículo, hasta introducir en la acequia una de las ruedas. El carruaje se detuvo y escuchóse una imprecación:

-¡Dad de azotes al necio!

Alonso, que sin parar mientes en el suceso continuaba su marcha, se detuvo ante el agravio. Ardido de coraje, dirigióse hasta la ventanilla del coche, a través de cuyo cortinaje carmesí asomaba un varón de rostro enjuto, de largos y torcidos mostachos y barba puntiaguda, que le señalaba con el dedo, y le dijo:

-¿Os referís a mí, señor?

-Sí, mancebo. Sabed que de no haberos puesto a salvo la ligereza de vuestras piernas, hubiérame placido que las ruedas de mi carruaje pasaran encima de vos, para castigar de ese modo vuestra necedad.

Alonso se sublevó al instante. Viendo el ceño, entre agresivo y sardónico del caballero, lanzóse contra él con toda rapidez, clamando:

-¡Y yo castigaré la grosería en vuestro rostro!

Pero la mano del varón, más presta que el ímpetu del mancebo, contuvo el ataque sin gran violencia:

-No os pongáis en esos afanes frente a un hombre que tanto maneja la tizona como refrena la mano de un niño. Ponga coto vuesa merced a sus ímpetus, que yo por mi parte doy por no dichos los agravios, en gracia a vuestro ardor que, a fe mía, revela que en vuestras venas corre buena sangre castellana.

En este momento salió una voz del fondo del carruaje, entre implorante e imperativa:

-¡Padre!

Soltó al instante el caballero la mano de Alonso, mientras éste sufría la doble emoción del encanto de la voz y de su espoleado coraje. Sin saber él mismo lo que hacía, descorrió las cortinas al retirar la mano, y aparecieron entonces dos ojos, rasgados y sonrientes. Ojos de un verde de agua de estanque en la hora vacilante del atardecer. El rostro, de juvenil dulzura, tenía una rara

mezcla de energía y de candor. Cutis nacarado, piel de extraño brillo que se acentuaba al llegar a la línea suave de los pómulos, para humedecer los párpados y dar prestancia a las ojeras, desde el fondo de las cuales continuaba la mirada verde a medida que los párpados acentuaban, con el juego rápido de las pestañas, la sonrisa de los ojos y de los labios. La boca roja y húmeda, como si de ella pudiese extraerse jugo de jengibre, debió haber recibido la caricia de la lengua. La mirada de la niña, entre sorprendida y absorta, se detuvo en la de Alonso.

Fue cosa de un instante, porque el coche siguió su marcha. Pero Alonso no habría podido decir cuánto tiempo duró aquello. Apenas habría atinado a vislumbrar en el fondo de su conciencia atormentada, que después de haber contemplado a esa mujer, el destino acababa de dividir en dos partes el rumbo de su vida.

A partir de entonces, se sintió más desasogado, sufriendo en el fondo de su pecho una lacerante sensación, como si esos ojos verdes le desgarraran sin cesar.

Ya no discurría por las minas ni por la orilla de los arroyos bermejós.

Buscaba algo en la ciudad. Afirmábase su adolescencia, así como se enrojece un clavel de Mondragón. Y a medida que se estiraba su cuerpo y se afirmaban los rasgos de su rostro, vivió con él durante muchos meses la imagen de aquella doncella. A veces cerraba los ojos para evocarla y se iba espiritualizando la imagen hasta esfumarse, para ser por último nada más que un leve recuerdo que llevaba como un cordial en su alma. Trataba de darle forma en la memoria. Era apenas como un ensueño cuyo encanto no quisiéramos perder. Acaso ella misma no había existido nunca.

Entonces dirigió su atención a las mujeres. Buscaba entre ellas una que se asemejase a la que al desaparecer entre nubes de polvo, como una visión que se disipa, se llevó todo su sosiego.

Oculto entre las columnas del templo de San Francisco, donde iban las damas de la alcurnia a cumplir su rito mañanero, se trasfundía su espíritu en la solemnidad del órgano percibiendo en sus notas una rara coincidencia con su propia tribulación. El sonido, bronco a momentos o largo y melancólico, parecía que añorase también algo idealizado que se elevara a un remoto recinto donde estaba lo inmaterial e intangible, el anhelo del hombre por sentir la presencia de Dios, la nostalgia del amante por encontrar a una mujer tan próxima a la divinidad por su belleza y por su gracia, tal vez por su inexistencia.

Encontraba cierta voluptuosidad en el olor, entre capitoso y pagano, del incienso con que de pronto se impregnaba el templo. La misma penumbra acuciaba sus sentidos, como si los acariciase, en un extraño complejo de música, recuerdo y tenuidad de luz. Y entonces dirigía sus miradas a las mujeres, que, arrodilladas en bordadas alfombras, permanecían postradas, mientras el cura hacía en el altar incomprensibles genuflexiones. Y cuando las fieles salían del templo y él buscaba entre ellas a la que se llevara su alma, era como si bebiera su presencia; era como si en cada una de ellas hubiese algo de la niña a quien buscaba.

Fue al advertir ese desasosiego, que su padre dispuso el viaje de Alonso a Salamanca, donde además debía seguir un curso de leyes.

Al tibio amanecer de un día de enero, había ruido en la casa de Ibáñez. Desde la víspera doña Ana abandonó sus habitaciones repletas de hornacinas con santos, para vigilar, con enérgica mirada, los preparativos del viaje de su hijo. En Salamanca estaban avisados ya unos parientes para dar hospedaje al mancebo y hacerle estudiar en los claustros de la Universidad centenaria.

Con las alforjas prietas de embutidos y grandes panes amasados en una tahona del barrio de Tres Cruces, seguido de un arriero y llevando en robusta mula dos petacas de cuero hartadas de ropa y otros menesteres, salió del zaguán, después de haber besado a su madre. Solemne, con los ojos húmedos, le esperaba ahí don Francisco.

El hidalgo, al estrecharle entre sus brazos, le dijo sus últimas palabras.

-Amad, don Alonso, mi viejo Reyno, como si fuese vuestro, que bien merecíais haber nacido en él. Sed hombre de provecho, que yo diré de vos a mis amigos de modo que cuando regreséis os hagan por lo menos Alférez Real.

Y como si no pudiera olvidar su obsesión gloriosa, agregó: -Si pasáis por casualidad por el predio de Covadonga, recoged de él un puñado de tierra, que bien servirá como semilla de grandeza en este páramo en que yacemos. Vais a estudiar para hombre de leyes; pero si acaso el servicio del Rey precisara de vuestro brazo, ofrecedle sin contemplaciones. No trepidéis en hacerlo hasta perecer en la demanda.

Puso luego la mano en el hombro de su vástago a tiempo que le entregaba una bota de licor de uva, dándole así autorización para endulzar su boca con el fragante elixir. Y temeroso de ser traicionado por la emoción, cogió la brida, mientras Alonso requería el estribo de madera, se embozaba en su capa, y se ceñía la boca con una bufanda de vicuña.

En las calles empedradas sonaron después los herrajes de las tres cabalgaduras.

Bajaron por la inclinada cuesta que remata en el Arco de Cobija. Allí se detuvo Alonso. El rumor lejano de los ingenios, donde se trituraba sin cesar la piedra argentífera, llegaba hasta sus oídos como los latidos de un rudo corazón de hombre fuerte. El cielo, constelado de estrellas, tenía en ese instante precursor del amanecer, radiantes fulguraciones lilas. No parecía sino que la noche estuviese palideciendo para morir.

Desde allí no se veía ya la ciudad. Oculta entre los grandes murallones de la pétreo fábrica de los ingenios, reposaba en el suave declive que va desde las faldas del cerro hasta perderse en el septentrión. En las lejanas montañas aparecía a momentos el parpadeo de las hogueras indígenas, para apagarse después, como sufriendo la impotencia de no poder vencer la obscuridad de la noche.

No habría sabido decir Alonso si el dolor que le aquejaba era porque dejaba a sus padres, porque abandonaba su caserón o por todo, porque se iba de Potosí. Era lo cierto, que su amargura se debiese a ese anhelo acaso insatisfecho de no haber bañado una vez más su rostro en la mirada de esa mujer morena que sorbió sus pensamientos. Ella amaba. En sus duras meditaciones o en las confidencias que asomaran a sus labios en sus pláticas con Gonzalo de Mena, pudo llegar a la conclusión de que ese divino padecer que se sufre cuando la imagen de una mujer asoma al pensamiento, ese deseo de pensar en ella como si para tan dulce faena se hubiese de haber nacido, era el amor.

Como si intuyese que en cualquier parte del mundo, en la metrópoli misma, no habría de amar como amó entre los tétricos riscos de la Villa Imperial, sintió a su pesar que cada paso que daba para alejarse de esa mujer potosina, agigantaría su amor para convertirse en tormento. Y no sabiendo donde acudir ante tanta tribulación, elevó sus ojos al impasible cielo y requiriendo de su mano derecha el signo de la cruz, persignóse y reanudó la marcha.

No anduvieron una legua castellana, cuando taladró sus oídos el lejano tañir de las campanas. Despertaba la ciudad. Como una onda inasible llegó hasta él ese sonido, que podía ser signo de despedida o de perentorio regreso. Allí quedaba la ciudad mientras él se iba. Tenía envidia de las piedras que dejaba; porque quizás en alguna de ellas posaría sus ojos la

bienamada. Aquel cielo que le cubría en ese momento, dejando asomar en el naciente los celajes mañaneros, como una eclosión del triunfo del bien y de la luz, era más feliz que él. Esas campanas sonarían todos los días, sin que su vibración penetrante imaginase que disfrutaba de la ventura de llegar hasta ella. Pueriles pensamientos preñados de tristeza, acompasados por los latidos de su corazón y del pensamiento que roía su cerebro.

Hasta ese momento, Alonso no profirió una palabra. Iba a su lado el mozo, que se detenía a trechos para arreglar los aparejos de las acémilas y continuaba después su marcha, contemplando a veces al mancebo, como si intentara en vano entablar plática con él.

Tropas de llamas arreadas por indios de acerada pierna desnuda se cruzaban con los viajeros, llevando sal de Garci Mendoza, azogue para los ingenios de la Villa, losas de las canteras para terminar las Lagunas, yareta de los páramos para alimentar el fuego de los hornos. Todos se destocaban ante el mancebo musitando un breve saludo.

Atravesaron por el desfiladero de San Bartolomé, donde está la gruta donde moró el demonio. Por el fondo de una angosta quebrada se deslizaba un arroyo de color pajizo, saltando entre las piedras y venciendo en su discurso a los viajeros. Los enormes dólmenes rojos semejabán figuras de aquelarre. Alonso detenía en ellos su mirada, como si quisiera disipar sus obsesivos pensamientos. Habían ya dejado a su izquierda las casas grises de Cantamarca, límite donde se abandona el último astro del predio potosino.

A medida que el panorama ensanchaba y las rocas rojas se espaciaban más, a diestra y siniestra del camino, aparecían pequeñas parcelas de labrantío, protegidas por setos de donde asomaban las rosas criollas. El perfume de la tierra húmeda dignificaba ese paisaje de modesta belleza. Ya iban desperezándose los labradores, requiriendo sus arreos para salir a la diaria faena, y los pastores corrían presurosos para ir a las próximas colinas, donde apacentaban sus cabras. Una quena sonaba a lo lejos.

Así llegó Alonso a sus lares de Tarapaya, donde el río se ensancha, formando una vastísima playa y el rumor pausado que produce el agua al correr por el lecho, se escucha desde el pueblo, como el eco de un trueno que estuviera estremeciendo las montañas a muchas leguas a la redonda.

Después de un austero yantar continuaron su viaje en dirección a Yocalla. Todo el paisaje parecía acompañarle en su tribulación, y le ofrecía sus galas pintorescas. Protegidos del frío por la honda barranca, descubrían parajes más amenos. El verano de Potosí es un verano a su manera. La tierra se viste con ternura de un manto verde pálido, y por un momento rompe la monotonía del gris o del ocre para engalanarse devotamente como si al par de ser fecunda quisiera ser coqueta. Entonces la vista se deleita en todas partes, porque percibe algo así como una transfiguración.

El camino, una larga calle con casitas de barro sentadas a su vera, ofrecía a don Alonso visiones casi inéditas. Nada había ya de la pétrea perspectiva de la ciudad. Allí todo era una sinfonía desde los maizales pródigos y cargados, hasta las manzanales que brindaban la promesa de su fruto escanciado en agraz por ladronzuelos pajarillos.

Ya al atardecer, entre orquestas y trinos, rumor de cascada montañesa y plañir de alguna quena, pasando por el puente del Diablo, llegaron a Yocalla, donde la noche cerró los ojos del mancebo, para sumirle en la dulce inexistencia del reposo.

Dos días después salieron a la puna recia, donde el viento se enreda en la paja brava para retorcerse en ella, gimiendo antes de proseguir su marcha. En esa enorme soledad, sólo podía verse ranchos abandonados, con sus puertas abiertas en forma de boca, como si estuvieran preguntando a todos los viajeros por la suerte de sus moradores.

Ya se había roto el mutismo entre Pero Conil, el escudero y Alonso. Al salir de Yocalla, reconfortado éste por el descanso y la alegría del paisaje, toleró que el villano parlotease, hablándole de las aventuras de su vida.

Era un avisado gaditano que se vino para hacer fortuna entre gente virreinal. Anduvo de Lima a Cuzco y de Arequipa a La Paz. Fué a Chuquisaca, y habiendo sido contratado para hacer una entrada al país de los Diaguitas, se arrepintió a tiempo, poniéndose a buen recaudo al servicio del padre de Alonso.

Hablaba con fruición de su puerto:

-Ya conocerá el mar vuesa merced; pero nunca verá uno más azul ni plácido que el mío.

Había sido mozo de cuerda en San Lúcar. Allí se le despertó el afán de hacer la América. Los galeones que llegaban a Cádiz cargados de plata y especierías llenaban al retorno sus bodegas de excelente aceite de olivas y buenos tejidos baleares. Las mujeres de allí no tenían igual en parte alguna del mundo:

-Mi Margarita. Nunca vide moza mejor ni más buena. Juré llevarla de Indias un collar de oro y véome sin blanca para comprarle ni un eslabón. ¿Qué será della?

Esta pregunta circunstancial en los labios de Pero era un cilicio en el alma de Alonso; sin embargo, el mozo no daba importancia a la evocación. Deteniase más bien en describirla con detalles:

-Su albergue estaba perdido entre un bosque de olivos. Allí solía encontrarla al mediodía, cuando ella descansaba de la faena. Nunca la pude tocar:

-Seré de vos, -me decía-, pero después de la bendición del cura; no antes".

ERA EL DRAMA DE UNA RAZA

UNA tarde, divertidos en estos coloquios, llegaron a un abra. Abajo, entre sosiego de viento y arisca armonía de churquis, erguíase una venta rústica desde donde llegó hasta los viajeros rumor de voces. Frente a la casa había hasta un millar de indios de trajes exóticos. Distribuidos en grupos, con sus amarras a la espalda, parecían esperar su turno para penetrar al edificio.

-Aquí reposaremos, don Alonso, e verédes algo de que guardaréis memoria.

-¿qué son, y que hacen esos hombres?

-Son mitayos. Tráenlos desde el Perú y la laguna que llaman Titicaca. Irán a las minas de la Villa por orden del Rey Nuestro Señor, y de su Visorrey.

Cuando desmontó Alonso en el patio de la venta, sentóse fatigado en un poyo de barro. Desde ahí se puso a contemplar los duros rostros de los hombres extraños. Rostros tallados en basalto, cabezas firmes y magníficas, impasibles e imponentes a la vez. No había asomo de curiosidad en sus ojos oblicuos. Hablaban en un raro idioma explosivo y viril.

-Es el aymarée -le dijo Pero.

Su voz tenía tonalidades de eco lejano de guerra. Sus largas trenzas, arrolladas detrás de la nuca o pendientes encima de la recia espalda, los brazos cruzados y la cabeza erguida, les daban un aspecto de inconfundible señorío.

Se hundía el sol en su lejano lecho, cuando de una de las habitaciones salieron algunos arcabuceros.

-¡Vamos, id pronto a los establos!

Al restallar del látigo y al sordo murmurio de voces, los indios penetraron en el largo callejón que daba al corral amurallado, donde se dispersaron para acomodarse y pasar la noche. Sentados encima del estiércol se confundían con las piedras y los asnos. Bajo la mirada experta de un centinela, comenzó la distribución de la comida. Cuando la noche cerró con sus cortinas el turbio fondo del cielo, todavía el último de los mitayos esperaba en silencio que se le entregara su ración.

Poco después, igual que las bestias, dormían hacinados en montones informes. Así vio Alonso a los indios esa dramática noche.

Era el sargento un andaluz que, sin dejar de comer a dos carrillos, hablaba como diez.

-Ved, mancebo; no es fácil menester el que encomendáranme, pesia mí. Dificilillo es traer a éstos desde cien leguas bien contadas.

Y mientras el ventero, un hombre rechoncho, de rostro tan sonriente y expresivo, que parecía tener una permanente fruición al vivir en esas soledades, escanciaba los vasos, el sargento proseguía:

-Ecurridizos como alimañas son estos indios. Obligado es atraparlos en la cresta de las montañas que limitan el altoplano. Muchas veces para coger a uno, hay que caminar tres días a lomo de buen rucio andador.

Se preciaba de haber inventado un infalible sistema. Iba con su tropa de un rancho a otro y capturaba a cuanta mujer o niño estuviera por ahí. Les conducía a Puno, en rehenes y después, uno a uno llegaban los deudos, desalados, interrogando por los ausentes. Eran los padres o hijos. Caían en la trampa con cebo sin par, que daba siempre óptimos resultados. Dejaban irse a las mujeres ya los niños y se llevaban a los incautos que acudían a reclamarlos. Las plañideras gimoteaban junto a las murallas de la cárcel, sin moverse de ahí ni a látigo ni a fuego. Seguían a la caravana hasta el puerto y cuando se embarcaban en frágiles barquichuelos de totora, elevaban sus gritos en busca de una sorda divinidad. Ellas no se explicaban por qué ni para qué se llevaban a sus esposos, padres, hijos. Tampoco sabían dónde los llevaban. Era como si muriesen.

Penetraban hasta el lago, llorando. Algunas ancianas se quedaban definitivamente abatidas, y en la tarde, las olas arrojaban su cadáver, que se quedaba ahí toda la noche con las manos todavía extendidas, como llamando al hijo que un día amamantaron sus senos ahora yertos.

-Lo peor no es eso, sino la marcha -prosiguió el sargento-. Hay que anudarles a todos una sólida cuerda de Manila al cuello. Hay momentos en que el rosario se detiene y no hay látigo que le obligue a proseguir. Entonces escogemos al que parece más levantisco; alguno de nosotros recíbele la confesión. La caravana continúa su marcha tocando con sus pies desnudos el charco de sangre. Sólo así se les puede traer desde luenga distancia. Es oficio duro, señor.

Y a continuación proseguía:

-Algunos prefieren morir. Detiéndose: nadie les mueve de ahí. Eso sucede cuando comenzamos a dejar el altiplano para entrar en la cordillera. Parece que presintieran que se les lleva a la mina. Entonces hay que amarrar a los reacios a la cola del cortejo y los demás arrastran. Baila el cuerpo y el ánimo del indio despídese dél.

Sentados alrededor de una sucia mesa manchada de vino y grasa, el sargento ocupaba la cabecera. Con la mano en la tizona y el chambergo ladeado, estiraba sus piernas enfundadas en largas botas de cordobán.

-Eso y mucho más hacenme los bellacos. Lo peor es cuando se llega a una posta. ¡Vive Dios! Se avía maíz y trigo, pero eso no abastece para todos. A veces la ración no alcanza ni para los arcabuceros. Entonces hay que meterles al corral a viva fuerza é vigilarles, bala en boca, la noche entera. Algunos mueren de hambre pocos días después.

Alonso imaginaba la tremenda visión. El camino, hosco y agresivo amojonado de osamentas tostadas al sol. Así llegaba el grupo reducido a la mitad, a las minas de Potosí... Y allí, el muy ilustre gremio de Azogueros vascongados acudía a la repartija, bajo la benévola mirada del Corregidor. Después se iban a las minas para no salir más. Eran mitayos. Más fuertes más silenciosos, más humildes y sobrios que las llama. No clamaban nunca por su libertad ni por su vida. Algunos lloraban. Pero entonces los demás veíanles con un asomo de desprecio en su mirada ciega.

Por el ventanuco abierto en la pared de adobe asomó un rostro cetrino. Era uno de los mitayos. El candil de sebo que iluminaba la estancia desde una alacena abierta en el muro, dio de pleno en su rostro. El mitayo contempló curiosamente el cuadro: estaba frente a don Alonso y a espaldas del sargento. Se miraron largamente. Nunca olvidaría Alonso aquel rostro colocado en el marco. Era como una Medusa bárbara y terrible, como el drama de una raza en una efigie de pesadilla. En esos ojos no había imploración ni queja; tampoco se habría podido descubrir asomo de fiereza. Era una mirada atónita con leves fulgores que sólo un yatiri hubiera descifrado.

Dentro del corral, no quedaba entonces sino el áspero ulular de voces de los mitayos. Entretanto, gaditano y andaluz se relataban sus hazañas. La cabeza que asomó un instante, se abatió luego dejando en el mancebo la impresión de un mudo testamento.

No había amanecido aún cuando escuchó Alonso el trajín de los mitayos. Bajo el imperio de la bronca voz de los arcabuceros, comenzaron a ponerse en fila en medio del camino y emprendieron su marcha hacia Potosí. Sus pasos rítmicos, bajo el yugo de la cuerda que les uncía a todos por el cuello, tenían, al alejarse, el acento monótono y penetrante de una marcha fúnebre.

Esa misma mañana, Alonso continuó su viaje. Diez días después llegó a Cobija, donde un galeón de Vigo estaba para levar anclas. Atravesó el mar Océano y al cabo de dos meses desembarcaba en Vigo, puerto bullicioso, de calles empinadas y casas como jardines babilónicos. Caballero en excelente rucio, llegó poco después a Salamanca.

En la altiva ciudad, reclinada como una doncella en la suave colina, con los pies bañados por el rumoroso Tormes, encontró el viajero una leve reviviscencia de su amada Villa. En una casa de dos pisos, frente a la Torre del Clavero, le dio hospedaje don Alvaro de La Puente, tembloroso anciano que no pareció mostrarse muy complacido con la visita de ese criollo, hijo de un remoto pariente indiano al que casi había ya olvidado.

EL AGUA DEL TORMES

INGRESO a la Universidad, pasando por el trance del noviciado, siguiendo así las costumbres medioevales del claustro salmantino. Recibía lecciones de Humanidades, dictadas por doctos catedráticos que hablaban en latín con invariable monotonía. Mozos de todas las villas de España estudiaban allí, y aun de Flandes y Portugal. El edificio de la Universidad, tenebroso y solemne, con sus centenares de estatuas y hornacinas, escudos y retablos, con sus aulas conventuales, se quedaba vacío al atardecer, y los estudiantes llenaban entonces de rumores y carcajadas las calles de la ciudad e iban en la noche a las tabernas para gastar allí los jugos vitales de sus veinte años.

Todos los días, muy de mañana, iba a la academia de esgrima, dirigida por un mañudo francés de la calle del Prior.

Le era placentero ir al puente del Tormes, por donde llegaban las garridas aldeanas arreando a sus borricos cargados de ángaras con quesos y legumbres. En las tardes, al reflejarse el sol moribundo en el agua mansa de la corriente, semajaba la dorada escama de un pez. A la hora de la oración, las calles se ponían silenciosas; Alonso las recorría entonces admirando las rejas de hierro. Hierro en las ventanas, rejas, balcones y portales, hierro fraguado y retorcido, atormentado por una perseverante forja, hierro de Salamanca. Maravillas de filigrana, rosetones, escudos, varillas, arabescos que parecían flores negras brotadas allí por un milagro de la creación.

Las casas, de piedras luminosas, parecían guardar la luz decreciente para conservarla en su dura entraña hasta cerca de la noche. Mansiones historiadas, mudas y tristes como recintos conventuales, ostentaban su emblema de nobleza. Medallones de piedra ornamentaban las parroquias y conventos, palacios ojivales y balcones platerescos.

Solía detenerse extático ante la mole imponente de la bizantina catedral. Un bachiller amigo le relataba que esa obra era fruto de la devota iniciativa de don Ramón de Borgoña y de su esposa doña Urraca. Penetraban al templo, un laberinto de retablos, figuras y sepulcros, túmulos y estatuas de piedra y alabastro amarillo por el paso de los siglos. Los cuerpos yacentes de los epónimos salmantinos tenían algo de intensamente evocador, durmiendo su sueño inmovible entre el sopor de las sombras vacilantes de aquel templo. Resonaban sus pasos en las altas bóvedas, mientras el bachiller explicaba en voz queda, a la medida de su saber, la historia de los ilustres yacentes, la data de las capillas y la firma de los cuadros.

Era un anochecer en que don Alvaro de La Puente fue en pos de unos amigos en el cercano pueblecillo de Villamayor. cuando Alonso tocó por primera vez los femeninos labios. Cabe el umbral de la casona, platicaba con doña Ximena, la nota de don Alvaro, destinada por póstuma disposición materna a profesar en la orden carmelitana. Era doña Ximena una doncella esbelta, de talle delgado y frágil como una palmera indiana. Su cabello, dividido al medio, a la usanza salmantina, tenía reflejos de acero en la luz fugitiva del véspero. Platicaban ambos en la puerta de la casona. Los ojos de la doncella, negros y profundos, claváronse de pronto en los de Alonso.

Un día hubo fiesta en la casa de La Puente. El rumor de los jarros de vino, al chocar en pródigas libaciones, llegaba desde la planta baja, junto con el eco estrepitoso de la parla sobre asuntos de Indias o las guerras contra el moro.

Alonso y doña Ximena, tomados de la mano, saboreaban su deliquio, reclinados contra el largo muro de amarillento estuco. A poco les llamó la dueña, para enseñarles un tejido de aljófara que a la sazón estaba terminando. Penetraron al vestíbulo de la alcoba de doña Ximena, donde un telar enseñaba su trama multicolor. Cuando se sentaron en un amplio escaño de roble, la dueña los dejó solos.

-Estad, estad, hijos míos. E si don Francisco ha menester de vosotros os daré presto aviso, que yo no discurriré lejos de aquí.

Los árboles de la huerta vecina, sacudidos por el viento otoñal que traía enervantes olores, desparramaban sus hojas por el patio. Era una brisa tibia que dilatava el espíritu. La naturaleza se rendía con ritual sometimiento a la entrega de sus dones. A través de la tapia, se mostraban los naranjos preñados de esferas de oro.

Don Alvaro dormía la siesta sentado en un sillón de baqueta, con los pies cubiertos de manta jerezana, dejando caer el infolio abierto. Sólo despertaba cuando la atmósfera se ponía fresca y la brisa hacía sonar las hojas secas, como un tiento de pasos menudos de invisibles geniecillos.

Alonso, remontaba sus pensamientos más allá del mar Océano. Y se detenía, casi a su pesar, evocando el rumoroso Huayna Mayu, hogar de sus delectaciones, amigo de sus largas horas potosinas. Ella se le entregaba taciturna, sin preguntar nada. Aquello era para la doncella algo así como la última merced que disfruta el sentenciado a muerte.

Hastiado de sus largas horas salmantinas se le asomó la nostalgia de Potosí, como un huésped grato que curioseaba por los ventanales del hogar amigo. Sumiase con cariño en la evocación de los bermejos solares, en el trémulo tañir de las campanas, en la esbelta policromía del Cerro, en el cielo bruñido a veces como una cúpula de cristal azul, con un sol que en la tardes se diluía .en sangre para teñir el firmamento.

Buscando alguna reviviscencia de su amada Villa en los callejones de Salamanca, solía detenerse frente al Convento de San Esteban, al que hallaba semejanza con San Lorenzo, o frente a la Iglesia de La Dueña, evocadora de San Agustín de la Villa.

Y por contraste, no podía olvidar la dramática caravana de mitayos que viera al salir de Potosí. El conocía a los indios. Seres dulces y apacibles, que sólo atinaban a mirar absortos a los hombres blancos, cuya crueldad con ellos encontraba redoblada mansedumbre y nunca el furor que incubaba la represalia. Y por primera vez, al evocar las admoniciones de los titanes hispánicos que consiguieron su propia libertad, supo el sentido de esa palabra insospechada en tierras de Indias. Recordó las hazañas de Don Pelayo, subrayó el apostolado de los católicos, y encariñóse entonces al suelo donde había nacido, como si buscara un lenitivo a sus nuevos pensamientos.

A menudo se daba lectura en la Universidad a la Exposición del Libro de Job, de Fray Luís de León, cuyo espíritu continuaba iluminando el aula donde fuera maestro. Alonso, embargado entonces por las frases sentenciosas que caían como una lluvia de polvo de oro en cristalino vaso, encontraba fuerzas para sobreponerse a los golpes que sufriera. Evocaba las reservas paternas al hablar de su estirpe, como avergonzándose de que un Ibáñez hubiese nacido en tierras remotas y bárbaras, lejos del caserón asturiano. Sentía aletear, como un flagelo que le amenazara, el insuperable orgullo de los peninsulares de Potosí y de Salamanca, su menosprecio por los criollos.

Cuando puso en conocimiento de doña Ximena su resolución de regresar a Indias, la inmolada amante clavó en él una mirada atónita. Tal debe ser la última visión que lanza al mundo una tórtola perseguida. Palidieron sus labios y más blanco que ellos no debió estar su cuello adolorido, donde se estranguló un grito que no pudo salir de la fría boca, porque doña Ximena yacía en el suelo, en insensato abatimiento. La dueña la encontró con la cabeza reclinada en los vitrales de la ventana, por donde se colaba el viento. Mustia, como una flor sin savia, tenía en el rostro amarillo, en las pestañas que tantas veces se habían cerrado en el inefable instante, el polvo de la calle que descansaba en su rostro como un heraldo de la muerte.

Alonso salió de la estancia para refugiarse en la Catedral. En ese momento, el órgano requería notas marciales, que penetraron hasta la más recóndita fibra de su ser. Alzó los ojos hasta una divinidad imperceptible y poniendo después la mano sobre su ardorosa frente, hizo un repaso de su existencia. Cegada la llama que iluminó su infancia, sangraba su alma ante su amor huérfano y el dolor de la mujer que dejaba sin haber amado. Y en ese transporte, consultando el caos que le rebullía en el espíritu como un torbellino desgarrador, postrado ante la abstracta imagen de la eternidad, contemplando un Cristo sanguinolento que pendía de una cruz de plata, oró las preces de su infancia. Dos lágrimas rodaban por su rostro fuerte, mientras su pensamiento se elevaba entre las llamaradas de su futuro apostolado.

Al día siguiente, don Alvaro de La Puente despidió al mancebo con la misma frialdad con que lo hubo recibido. Doña Ximena no quiso verlo más. Discurría en las estancias interiores de la triste casa, estrujándose las manos, buscando en su propia sombra la razón de su existencia mutilada.

SEGUNDA PARTE

VILLA IMPERIAL

HUBO en Alonso piadosa emoción al recorrer de nuevo las calles de la Villa. Fue en peregrinaje por sus aceras sombrías, evocando su adolescencia. Así buscaba un asidero para su vida.

A veces se mezclaba en medio de la bullente algarabía de la plazuela del Gato para coger al vuelo pláticas que le revelasen algo.

Discurrían por ahí en apretujada muchedumbre gentes de toda catadura. Legos dominicos y betlemitas, mercedarios y franciscanos provistos de sendos hisopos, mascujaban ininteligibles oraciones mientras los indios de las comarcas vecinas les escuchaban absortos y depositaban después en la mano, pródiga en misericordias, alguna moneda de plata o un amarro grávido de requesón de cabra u otro producto de su industria campesina. Las mañanas en que el sol brillaba con limpidez enceguedora, arrancando llamaradas de color a los vestidos confundidos en la plazuela, se escuchaban por todas partes voces, rumores, gritos, interjecciones y lacerante parla de mujeres en riña.

Debajo de los portales, a la sombra acogedora de los gruesos muros enjalbegados, descansaba el comercio de mayor coturno. Allí estaban los catalanes de extraño idioma, haciendo brillar pedrerías y collarejos de vidrio que alucinaban a la gente criolla; vizcaínos especializados en flexibles tizonas, cortas dagas cuyo acero comprobaban ante el atónito gentío. Según ellos, cortaban un pelo que cayera sobre el filo.

Ciento sesenta mil almas vivían sus congojas dentro del predio de la ciudad y el Cerro.

La calle de la Ollería era como una rumorosa colmena. En las mañanas salían los artesanos a media calle a burilar sus filigranas cabe el sol benigno. Era de vérselos entonces con la joya entre las manos, manejando el punzón con la misma delicadeza que si hurgasen las estrías de un ala de mariposa. Silbaban a veces a dúo, o entonaban en voz baja canciones antañonas de aquellas que Tirso puso en boga en las Españas:

*"¡Serranos destas montañas,
Vezinos de aqueste pueblo,
Oíd misterios de amor
Que hoyos revelan mis zelos!"*

Por la calle preñada de gentío pasaban los caballeros de amplia capa y daga toledana, la soldadesca fanfarrona que exclamaba en alta voz hazañas de Flandes o penurias de la conquista de Indias; frailes que elevando sus ojos al cielo murmuraban jaculatorias mientras extendían automáticamente la mano para recibir el precio de la divina gracia.

Desde el crepúsculo aparecía la población aventurera discurriendo apresuradamente hacia las mancebías. Era la agitación larvaria de los embozados, expertos tahures que iban en pos de la ganancia fácil; duelistas en camino a la palestra de San Clemente, para quedar ahí con el pecho atravesado o volver a la ciudad limpiando la espada de una mancha cárdena.

Alonso salía hacia la medianoche. El viento le doblaba la capa sobre los ojos. Rumor de espuelas se perdía en los callejones y de lo lejos llegaba el eco de la voz, varonil entonando sus querellas de amor.

*"¡Salgan verdades a luz!
¡Rompa la lengua el silencio.
No más que un año guardaron
enigmas de amor en sellos!"*

Otras veces era el treno plañidero del celoso:

*"Cuando falta la lealtad
Y el alma despide al seso,
¿De qué sirve que entre engaños
Cautivo el secreto viva?"*

Se abrían discretamente las ventanas para dar paso a los amantes nocturnos. Tejíase la maraña pasional que solía terminar con una puñalada o brebaje, sabiamente administrado. Entretanto, el miedo esparcía sus alas untuosas sobre la ciudad entera. Los burgueses y mineros, la plebe y los villanos, narrábanse dentro de las alcobas cerradas a tranca y aldaba las siniestras consejas, las historias de almas y penitentes, de condenados y posesos.

Para ser admitido en la casa de Antonio de Xeldres, era preciso tener blasón de valiente amén de noble.

En un perdido recoveco próximo a la Plaza del Rayo se alzaba el caserón mudéjar de aquel singular personaje, cuyo sibaritismo corría parejas con su valor. Era una suerte de César Borgia, por su nobleza y crueldad.

Fue don Francisco de Castillo quien introdujo a don Alonso a la casa de Xeldres. Para llegar a ella, atravesaron un largo callejón amurallado, en cuyo confín se abría una puerta baja que abrió sigilosamente un mulato ataviado con librea de rojo canequí.

Las estancias, iluminadas con asiática prodigalidad, presentaban los muros cubiertos de brocado escarlata, y sucedíanse hasta el fondo. El piso de azulejos brillaba a la luz de los hachones perfumados, que diligentes siervos alimentaban con resina. Había en las paredes sendas panoplias y alguno que otro trofeo, divisas ensangrentadas, espadas rotas, cabezas de toro y gallardetes de seda.

Alonso se encontró desde la primera vez en medio de un conciliábulo rumoroso. Allí habla hasta una veintena de personas de noble catadura. En el centro de la primera estancia y rodeado de un grupo de contertulios, vio al de Xeldres, cuya prestancia le impresionó vivamente. Sobresalía por su elevada estatura y por allí asomaba su rostro anguloso. Bigotes y barba entrecanos, pobladas cejas, ojos árabes y una risa metálica y fuerte que resonaba a momentos en todas las estancias, superando el rumor de las tertulias. Y sin embargo, aquel rostro mefistofélico tenía algo de subyugante.

-Ochenta cabezas de ingenios -decía-, y cuasi todas las minas del Cerro hállanse en manos de nuestros buenos amigos los vascongados. Demás de esto, de doce mercaderes de plata, ocho son vascongados; todo el comercio de la Villa encuéntrase metido en la bolsa dellos. De doce Veinticuattos, siete son vascongados y catad que también habemos en la Villa andaluces, extremeños, castellanos, portugueses y criollos. ¡Vive Dios! -añadía en tono sarcástico-, que hasta en la crin de mis caballos encuentro vascongados. Son dellos la Casa Real de Moneda, las Cajas Reales, y por si fuera poco, los alcaldes veedores del Cerro son vascongados, con lo que sólo nos queda a los demás mezuquina tela para mortaja...

Así se iniciaba la tertulia, en cuyo fondo se posaba un sedimento de rebelión. Ya a la fecha estaban formados los bandos en tren de guerra, y los lances, torneos y festejos eran un pretexto para sangrientos encuentros en que los vascongados, navarros y aragoneses tenían que vérselas con los demás.

Era cuartel general del rumor levantisco la casa de Xeldres. Después de comentar las fechorías y celebrar ruidosamente los triunfos obtenidos en duelos o justas, los contertulios solían entregarse a largas sesiones de esgrima, y en ciertas horas de la noche se percibía el choque de los aceros y la jadeante respiración de los espadachines. A medida que el cansancio abría en ellos el apetito o la sed, se reunían en una cámara situada al final del girón, donde cenaban, para dispersarse después por las calles, en busca de aventuras de faldas o a definir con la punta de la espada alguna querrela trabada con anterioridad.

Alonso se refugió en la casa de Xeldres como el lugar más a tono con el nuevo ritmo de su existencia. Allí encontró a Gonzalo de Mena, el amigo de su mocedad.

Doña Ana de Mendoza, su madre, había fallecido mientras Alonso se encontraba en la Península y don Francisco no tardó en seguirle. Se fue con una sonrisa de tranquilidad, como esperando encontrar en la otra vida a su mujer a quien tal vez no tuvo en ésta al sabor de su ternura.

En trance de evocar sus pasados tiempos y con propósito de reajustar su hacienda hizo Don Alonso una vez, a poco de su regreso, un viaje a Chuquisaca.

En una plácida quinta de la calle de los Caños Rotos habitaba el Licenciado Matienzo, aquel Licenciado, casi centenario, deudo de doña Ana de Mendoza, a quien iba a ver cada año con su madre. Le encontró rodeado, de infolios, repasando incunables con afán maniático. En ese momento daba lectura a unas pragmáticas del Fuero Juzgo, para comenzar una carta a Su Majestad. Cubría su cabeza un birrete de seda. Su rostro dignificado por los años y el polvo implacable de las bibliotecas, tenía el color del marfil viejo. Ese día estaba sentado a la vera de unos naranjos, en un alegre patio embellecido por rojizo aljibe cuajado de macetones.

-¡Mal andan las cosas en la Villa -dijo sin más preámbulos al recibirle-, e yo que no las traigo todas conmigo con los sucesos de Potosí. Es lo mesmo, ¡voto a mí!, que aquella vez que los españoles juntaron infinita gente a manera de comunidad, pusieron un rollo y en señal de posesión la tomaron con la sangre de un indio inocente, ¡el primero que hallaron!, e diéronle de azotes sin culpa alguna, amén de que para los repartimientos de Indias no se consulta a esta audiencia. Di, Alonso, ¿es esto verdad?

Temblaba el vejete al lanzar su inesperada requisitoria. Sin esperar que Alonso le respondiese, se levantó del catrecillo de tijera que ocupaba y apoyado en su vara se dirigió a su alcoba, para volver a poco agitando en la mano temblorosa un papel.

-Acabo de dictar al pendolista esta carta a Su Majestad. Escúchala, por si algún día fueses Veinticuatro de tu acenderada Villa. ¡Ah -agregó-, siéntate aquí, a mi lado!

Brillaba el purísimo cielo azul. Alonso escuchaba el canoro idilio de los horneros de las huertas vecinas, que se lanzaban vibrantes endechas. Su espíritu estaba poseído de euforia, de esa alegría con que obsequia a los espíritus el aire perfumado de la Ciudad Blanca. El Licenciado se caló entretanto las gafas y dio comienzo a la lectura de la misiva.

-Hela aquí:

"Quéjense muchos que se proveen oficios y otros a criados de los que gobiernan que vinieron nuevamente de España, sin haber jamás servido ni estado en esta tierra -Potosí-, quejas suelen ser muy ordinarias contra Gobernadores de que la experiencia ha demostrado haberse seguido grandes inconvenientes; con estos oficios se podrían pagar los servicios que han hecho a Vuestra Majestad los que acá residen y entenderían mejor lo que conviene a los naturales, que sin ellos vale muy poco esta tierra e así se irán acabando si no se pone remedio a ello"...

-Dícenme que la Villa está repleta de advenedizos -intercaló levantando la cabeza y poniéndose las gafas sobre la frente-, que criollos e vascongados se han jurado guerra a muerte... ¡Sangre, sangre!... ¿Qué afán, qué invencible urgencia mueve a los hombres de la Villa a jugar cada noche con la muerte como si fuese carrera de sortija? Cada mañana aparecen docenas de muertos en las calles; noche a noche brillan las, espadas como si todos estuviesen poseídos del afán de matar o de morir. ¿Qué embrujo tiene esa Villa que sorbe de tal modo el seso a hombres afortunados, ricos e felices, para derivar su ardentía en un loco perseguir se, acuchillarse, rematarse?

-Sabed, señor -aventuró don Alonso-, que hay algo máspreciado que la vida...

-Lo sé tanto como tú. Heme aquí por saberlo más que nadie. ¿Por qué, empero, se llega a inaudita sotileza en el arte de matar? Descuartizan a los moribundos, córtanles las telas de los vientres; hacen dellas cajas e atambores de guerra; ábrenles el hueco de las entrañas para dar pienso en él a sus caballos; fabrican sogas con las tripas. Mi lengua se resiste a narrar lo que me han dicho; mis oídos a evocar lo que no debieron percibir. .. Libran batallas por una doncella; se hacen guerras por la misma; doncellas traban combates por un varón; varones contra doncellas enfréntanse en el campo de San Clemente... ¡Oh, Señor!... ¿Tienes acaso olvidada esa Villa? Pruebas das de tu infinita providencia, hablas en los templos cuando se te pide justicia e si menester es, la señalas con tu brazo!...

Y como era natural, frente a cuadro tan desastroso, sólo él, el Licenciado Matienzo, podría poner remedio a los crímenes cometidos con los indios, a los abusos de los advenedizos, aventureros que sobrevenían cuando menos se pensaba a las opulentas tierras potosinas, munidos de a poderes y mandatos, a hostilizar a los buenos españoles, a los hijos y nietos de quienes hicieron la Conquista. ¡Ah, esos vascongados! Y proponía al Rey:

"Yo serví a Vuestra Majestad en la Cancillería de Valladolid e mi padre veinte e cinco años, soy casado: truje cuatro hijos que acá tengo conmigo; dejé Valladolid otros dos, estoy de los largos caminos muy adeudado que debo cinco mil castellanos, tengo cuatro mil de salario e las cosas valen más caras que en Lima, cuatro veces. Suplico a Vuestra Majestad -leyó el Licenciado, sin inmutarse- que me haga merced de me mandar que resida en Potosí dos años, con el salario que tiene el Corregidor, a fin de que pueda ahorrar algo para que pueda casar alguna hija de las que tengo e salir de la deuda en que estoy, que mediante la voluntad Divina yo lo pienso servir e merecer mejor que el que ahora lo es"...

-Sí, don Alonso -afirmó enérgicamente el vejete-, mal andan las cosas con Corregidores e Justicias Mayores. Yo propongo a Su Majestad que los Oidores desta Real Audiencia ejerzamos jurisdicción en la Villa a dos años por barba. Entonces, ¡cómo anduviera todo, lo viéredes!

Alonso no dejaba de experimentar una honda simpatía por ese anciano que condolía por los mitayos y anhelaba, a su edad, establecerse en la Villa para velar por ellos y dar a los hijos de los Conquistadores el lugar que merecían bajo el cielo donde nacieran.

Caía el sol a plomo en ese mediodía chuquisaqueño. Alonso deseaba dar fin a su visita para ir luego en pos del Quirpinchaca y darse un chapuzón en el arroyo, como en los tiempos de su infancia.

Pero el Licenciado se empeñaba en averiguar noticias de la Villa y concluía meditativamente, después de escucharle:

-Ahí dejaré mis huesos.

Empeñado en mostrar a don Alonso sus archivos, le llevó hasta su biblioteca, y sentado en un escaño, dejó que el hidalgo repasase sus valiosos incunables, mientras dormitaba, adormecido por el zumbido de las moscas.

Ese día, las campanas de la Catedral anunciaban las dos de la tarde con su voz de plata. Todos dormían la siesta vencidos por la canícula. En ese momento, un lacayo anunció visita, y Alonso dio entonces por terminada la suya, no sin prolongar la despedida: volvería al día siguiente; podía estar seguro el señor Oidor.

Al trasponer el zaguán, dirigiendo la vista a un vestíbulo que en la penumbra ocultaba cosas y personas, pudo ver a contraluz, en una ventana sin celosías, junto a un caballero de gran barba negra, una silueta familiar de mujer, cuyos ojos verdes sonreían a favor de un reflejo. ¡Era ella!

Esperó que ambos salieran, y no sintiéndose capaz del plebeyo acto de seguirlos, volvió donde el Oidor, y como al desgano, inquirió por sus visitas.

-Mañana se van a Potosí -le dijo-. Son don Calixto de Vasconcellos e la su hija Leonor, español aquél, criolla ésta.

Al siguiente día, Alonso emprendió viaje a Potosí. El Oidor le dejó irse, un poco asombrado por tan brusca determinación y no sin decirle a tiempo que le despedía en las huertas del Tejar, brillándole los ojillos legañosos:

-¡Ah, hijo mío! Columbro que te vas vencido por los ojos de doña Leonor de Vasconcellos. Necio sería si no hubiera catado la intención de tus preguntas, pero no menos necio al no decirte que la dama está prometida al Corregidor de la Villa, don Raphael Ortiz de Sotomayor.

NOCHE EN EL YERMO

AL regresar a la Villa, encontró en una posta a un joven caballero que entabló plática con él.

-Como vos voy a Potosí -le dijo-. Seríame más leve el viaje si lo hiciéramos juntos.

Jorge Moreno impresionó bien a don Alonso por su apostura resuelta y el concepto heroico que tenía de la vida. Vástago de una familia de toledanos avecindada en la Villa de Talavera, donde nació, hizo de su vida joven una carrera de aventura. Al bordear apenas la veintena, ya ostentaba su cuerpo varios costurones impresos por el filo de la espada y su espíritu las cicatrices de la experiencia. Amplia la frente, aguileña la nariz, una nariz ganchuda de ave de presa, magro y prieto de músculo y nervios, tenía una sonrisa impertinente que desconcertaba a sus adversarios en los lances de espada y a más de una dulce enemiga en los de amor.

En plática amena llegaron a Bartolo, donde estaba-Gonzalo de Mena, a punto de dejar el último maravedí en un garito de la Ventilla. Besados por el viento de la puna, siguieron viaje todos, hasta que al imperio del frío tuvieron que acampar cabe las carcomidas paredes de una choza en ruinas, cerca de Negro Tambo.

La noche, constelada de estrellas de hielo, parecía vibrar de frío, mientras que los mezquinos yerbajos que acomodaban su timidez al abrigo de las piedras se cubrían de una escarcha que se extendía en el suelo como un sudario.

Aquella naturaleza pétreo, endurecida por el frío, reposaba en una mortal inmovilidad. Desensillaron sus cabalgaduras e hicieron corro alrededor de una bota de aguardiente de Turuchipa. Entretanto, Jorge reunía trozos de yareta para encender lumbre.

Ya se les cerraban sus párpados anunciando el sueño, cuando en dirección al camino de la Villa pudo percibirse el vago sonido de un trote de caballo, que a poco se acusó más. Apenas ardía un rescoldo de la hoguera que Jorge apagó presuroso. En la tranquilidad glacial de la noche, el trote de la bestia parecía el cuádruple y final latido de la tierra moribunda.

-Apareció el jinete por una vuelta del camino y pasó delante del grupo, hasta que diez varas más allá se detuvo como si vacilase. No le engañaba su instinto: por ahí estaba alguien. Dio vuelta a su cabalgadura, miró fijamente al grupo informe y se detuvo gritando:

-¡Eh, cristianos, si lo sois, aunque más parecéis gente que va a salto de mata. ¿Podéis decirme si por aquí desvía la senda que conduce a Bartolo?

-Cristianos somos de buena cepa seor viajero -respondió al punto Gonzalo, poniéndose de pie-. ¡No hagáis mescolanza de nuestra calidad de tales con nuestros quehaceres. Seguid vuestro camino, amigo, que hidalgos somos para haceros saber a costa de vuestro pellejo que quien anda a salto de mata no es el que reposa a la vera del camino real, sino el que va por él como de huída, horas avanzadas de la noche!

-No montéis tan presto en los estribos -respondió el viajero mientras bajaba pesadamente de su caballo- y pues que yo desciendo de los míos, es en son de paz y no de repicar cuando no hay entredichos. Traigo en las alforjas unos mendrugos que bien quisiera yantar con gente amiga, pues el frío me ha varado el cuerpo y el hambre a su vez no me da sosiego.

-Bienvenido sea el hidalgo -intervino Alonso--, que nuestros escuderos no han olvidado tampoco munirse para estos menesteres. Ponga vuesa merced trabas a su caballo, que Jorge alimentará la lumbre.

-Gracias, señor mío. Veo por vuestra apostura y la destos caballeros que sois gente bien nacida. Perdonad mi impertinencia. Dad por no dichas mis palabras, que si en ellas hubo mortificación para vosotros, díjelas sin catar con la lengua malicia alguna. Las cosas que acaban de ocurrirme en la Villa me traen amoscado y tanto, que cualquiera de vosotros mandaría a todos los diablos con su paciencia por más santa que fuere; o, ¡perdóneme el Santo Oficio!, daría en antecristo más presto que Judas en ahorcarse...

Desensilló mientras esto decía y sentándose encima de su montura alargó a Jorge las alforjas. La lumbre que se alzaba tímidamente, como oprimida por la frialdad de la atmósfera, iluminó un rostro pálido y casi oculto en el cuadro de lengua y entrecana barba.

-Soy de Hoyo de Manzanares en Castilla la Vieja, señores. Me llamo don Antonio Zapata. Mi padre, que de la paz de Dios goce, fue Comendador de la Obrería de la Orden de Santiago. Además del mayorazgo, un hijo más fue servida de echar al mundo mi madre: yo, principio y fin de todas las malandanzas, norte y brújula de las desventuras, naciente y poniente de toda malenconía... ¡Ah, el embrujo de la Villa!...

Estaba el raro huésped con la cabeza entre las manos y los codos en las rodillas. Miró el fuego, como si estuviese solo. ¡Así transcurrieron algunos minutos. Después, haciendo chasquear la lengua con aire que bien podía ser de resignación o de protesta, comenzó a hablar en voz baja.

-Perdonad, una vez más os lo pido, perdonad mi insolencia. Voy a buscar expiación a mis pecados. El cielo me depara la ocasión de comenzar haciendo cumplida narración dellos, de modo que podáis decir, si os interrogan, que me visteis en camino de expiación, alguien sepa dello si perezco y no se maldiga mi memoria.

Así terminó su presentación, con aire desolado.

-Sosiéguese su merced -intervino a esto don Gonzalo-, que la vara de Dios no se acorta para quien tiene fe en su infinita Providencia, ni nuestro consejo o ayuda serán mezquinos si acaso os pueden servir. Yo soy don Gonzalo de Mena, español, nacido en la Villa; voy con estos caballeros a jugar cañas o a terciar lanzas si el caso llega, en las fiestas de Santiago, en Potosí. Ved si podéis narrarnos algo de lo que os acontece, que pesadumbre compartida por gente que sabe della es más llevadera; o de otro modo nuestra discreción y silencio no pasarán un punto de lo que vuestro natural desahogo lo permita.

El cielo iba tiñéndose de una leve palidez de acero. Era el momento en que la Cruz del Sur pasaba por encima de los que discurrían bajo la cúpula congelada del infinito. Soplaban a momentos el Tomave, clamando su dolor al cortarse entre los pajonales erectos de frío. El suelo, desnudo, complicaba su hostilidad con la atmósfera, para dar una sensación de rechazo a los huéspedes que sobre él se posaban. No parecía sino que los viajeros estuvieran emparedados entre bloques de hielo. A lo lejos, en dirección a los cerros negros, pasaba la niebla en desfile, como una hilera de fantasmas incoherentes.

Las palabras del hidalgo caían sin eco en esa soledad. Rudo y enérgico fue el Comendador que le engendró. Disfrutaba de su mezquina hacienda en su feudo de Hoyo de Manzanares, entregado a saborear a Fray Luís de León y a recitar sus oraciones, mientras el mayorazgo disfrutaba de la vida cortesana junto a un deudo manirroto de la casa de Alba. Metiósele al Comendador entre ceja y ceja que el segundón diese brillo a la caballeresca y católica orden paternal tomando hábito en el convento de los dominicos.

-Mal andan en estos relajados tiempos las cosas de la iglesia, Antonio.

Y evocaba con santa pesadumbre aquellos tiempos en que el Emperador -para él no hubo otro que Carlos I, llamado el Quinto de Alemania- instruía a la Santa Inquisición, poco antes de asistir a sus propias exequias en el Monasterio de Yuste: "Que el Gran Inquisidor y su Consejo estén en su sitio e apliquen el hacha a la raíz del mal antes de que se extienda".

Los Zapata debían dar su contribución a la iglesia, pero no como simples soldados de su evangélico ejército, sino inspirados de verdadero misticismo, haciendo abandono del mundo y sus engañosos placeres:

-Por eso, tú serás dominico e servirás a Dios en Indias, tierra de la oscuridad.

Aferrábase el anciano a su tozudo empeño, preparando al niño desde su infancia en menesteres teologales, haciéndole frecuentar sacristías, amén de haberle hecho dar cumplida enseñanza en impecable repique de campanas y por ende en las faenas que cumple a un buen monaguillo. El niño, que resultó retozón y a veces díscolo, prefería irse de novillos, disfrutando más de la alegre compañía de galopines de las huertas, que no de los entecos sacristanes. Pero el hidalgo, firme en sus siete, le hizo jurar, a punto de entregar su alma a Dios, que profesaría cuasi de inmediato.

Así lo hizo don Antonio, y a poco un galeón le trajo al Callao, de donde en compañía de otros novicios, llegó a la Villa Imperial.

-Y así, para mi mal -prosiguió don Antonio-, hube de vestir la áspera jerga, mientras mi cuerpo pedía sedeñas camisas; hube de dormir en duro camastro que bien púdolo haber soportado en campañas militares que no en trance de mortificación: hube de castigar mis ardientes entrañas que clamábanme una dulce compañera para fructificar en las della...

Aquellos monjes macerados por los cilicios y el ayuno habían concluido por vivir reconcentrados en sí mismos, como si para ellos no existiese en el mundo nada más que la cruz y el flagelo. Eran como espíritus que deambulaban por los sombríos corredores, encariñados con la muerte, con mondas calaveras en la mano y sin más señal de vida que el murmurio de sus oraciones y el fuego de sus ojos.

Y no era él sólo el acenderado, no. En aquel recinto de más de cien sombras que vivían como hongos húmedos y amarillos, mientras detrás de los muros del convento cantaba la vida en el treno nocturno de las guitarras que decían junto a la reja su varonil clamoreo de amor y celo, no todos estaban conformes con su destino. El embrujo de la Villa alegre y trágica, fastuosa y sombría, la lucha y el amor cargaban sus venas con torrentes de jugos vitales, de fiebre y deseo. ¡Cómo hubiese querido don Antonio ser un paladín de las justas, un minero afortunado, siquiera un aventurero!

Pero la voz del Prior, tremendo y magro como un Savonarola, sonaba a hueco en las murallas abovedadas durante los sermones para la comunidad.

-¡Ay de quien con el pensamiento peque! ¡Lacerad vuestras carnes miserables, prendas del pecado, residuos del demonio, herencia del Rebelde! ¡Vosotros ya no sois deste mundo: quede solo el alma devota e sin mácula en el menguado cascabel de vuestros cuerpos!

Y uniendo la acción al pensamiento, iniciaba en su propio ser la penitencia, que no todos seguían con igual solicitud.

-En aquel hervidero de pasiones -siguió diciendo don Antonio- hervían también los pecados como en un crisol del Infierno. Para domeñar las ideas mundanas que nos asaltaban, para entretener nuestras propias ideas que se resistían a entregarse por completo a la contemplación atónita de la divinidad crucificada, urdíamos pensamientos dignos de criminal cabeza. Ya la delación oficiosa dando cuenta de la falta de celo de algún hermano, ya los partidos que hubieron de formarse en el seno de la Comunidad, munidos entre sí de odio irreductible. Entretanto, otros, los más ancianos, resignados y dementes, entretenían su tiempo en inofensivos quehaceres: unos que se extraían las costras de sus llagas para que no se les curasen nunca, otros que tendidos en cruz esperaban la hora de la beatitud sin moverse ni un punto, aqueste hermano que plañía sin cesar; esotro que se comía la tierra de la tumba que poco a poco iba abriendo para sí mismo...

Nada esperaban con mayor afán que el día en que la Comunidad salía en procesión, cuando lo permitían las pragmáticas y las mujeres de la Villa ostentaban sus mejores galas en armonioso juego con su extraña belleza.

Y don Antonio, como si todavía estuviese sufriendo el martirio de la tentación, sobábase la barba con aire desolado. Era digno de un aguafuerte el cuadro que presentaban esos hombres alrededor de la tímida lumbre, acampados en media estepa, debajo del manto acerado del cielo. .

De un lejano rancho trajo el viento las últimas vibraciones del canto de un gallo, que les sacó de la meditación en que estaban sumidos junto al extraño personaje.

-Deje su merced sus preocupaciones para otra hora -dijo a este punto Jorge Moreno-, y pues que véole con traje de pecador que no con sayal, tengo para mí que, o no estamos de noche, o su merced debe haber saciado ya sus apetitos a poco de trasponer las puertas del convento, que mujeres tiene el barrio de San Roque, más que gozques el buen santo.

En medio de la penumbra sideral pudo verse un brillo de tristeza en los ojos del monje. Pero Jorge continuó, implacable:

-Sosiéguese su merced, digo, que ya ha desahogado sus pesares a expensas de nuestro sueño; mañana será otro día y Dios mediante veremos en qué forma podamos socorrerle.

-No veo socorro para mi mal -continuó don Antonio, levantando con humildad su cabeza-, e pues que he colmado mi hambre de confesión y os hice objeto de una confidencia que pugnaba por salir de mi pecho, seguiré mi malandanza por estos caminos, esperando que algún día tengan fin, que un buen corazón quebranta malaventura.

-No se atribule su merced por tan poca cosa- intervino Alonso- e Vos, don Jorge, poned un sello a vuestra boca.

-Poco más será lo que agregue a lo dicho. Es el caso, señores míos, que habiendo tomado resolución de huir del convento, púsela en práctica, para lo que hube de munirme de sayos e otras ropas que oculté a propósito detrás de un lienzo de San Sebastián... Desta suerte concité contra mí el castigo divino.

Bajo el palor del amanecer indeciso, don Antonio relataba la escena de la excomunión. A poco de su pávida carrera hacia su refugio, escuchó que todas las campanas de la Villa tañían dobles. Y en su conciencia atormentada entrevió el cuadro que entonces se iba sucediendo: el ceremonial impresionante de la excomunión, el cartel puesto en las puertas de los templos amenazando con pena de excomunión mayor ipso facto incurrenda a quien le diese asilo o le prestase ayuda, a quien por él o con él hablara. El aire de la Villa sonaba en un solo clamor fúnebre cuyos ecos iban en el seno del viento hasta la mina segada en que se ocultó don Antonio. Esas campanas vaciadas para estremecer el alma se turnaban para tañir a contrapunto, con pausa tan grave y trascendental como la desgracia que anunciaban.

-Al día siguiente fue la ceremonia del desagravio a la iglesia. Me afeité la barba, vestíme de mendigo y la confundido con la muchedumbre vide pasar la procesión la desde una esquina de las Cajas Reales.

Pasaban las Congregaciones, las Ordenes religiosas y en seguida los curas y beatas. Todos estaban ceñudos, graves consternados. De asistir a la Pasión no hubiesen presentado un cuadro de tal desesperanza. Plañían las beatas como si hubiese ocurrido una desgracia irreparable o se estuviera avecinando el día del Juicio Final. Esta tarde quedó la Villa silenciosa y sólo el aire impregnado de incienso, mirra y romero y el golpe de las campanas daban señal de que allí se habitaba.

-Veinte días estuve oculto en la mina durmiendo sobre las guijas y el agua; procurándome alimentos como mejor podía. No pudiendo sufrir más esa sepultura, suplió mi ingenio la falta de dineros. Cogí con toda paciencia de los aledaños de la mina algunos restos de rosicler, fundí una piña, vendíla en un rescate próximo, mercando después un rucio salí de la Villa, con prosupuesto de llegar a Chuquisaca, pedir perdón de mis pecados e internarme después en la Frontera de Presto, para redimir mis culpas enseñando la doctrina a los indios de la Chirlguanía. Y heme aquí...

A momentos sosegaba el furor del viento. Pero entonces el frío penetraba en las carnes de los hombres allí acampados con el sutil corte de navaja traidora.

Bebiendo las primeras luces de la mañana, encontró el siguiente día a Xeldres y a don Alonso.

Mancebo y espadachín fueron a tomar leche de cabras en las vecindades del Río de la Alegría, pobladas de cabañas pastoriles. Prodigábanse en solicitud los labriegos. Chorreaba la leche en la cuenca de las medias calabazas, mientras las cabras dejaban escuchar su vagido de montaraz satisfacción.

Con los ojos entrecerrados, y a punto de sentirse poseídos por una dulce somnolencia, tendíanse con las manos debajo de la nuca, a escuchar el rumor agreste de la majada pastoril y el castañeteo de los saltamontes.

-Por encima de las colinas subía a momentos el humo lejano de los ingenios. Ahí estaba la Villa con todos sus crisoles. En humo se iban sus pasiones, sus amores. El cielo, inasible, lejano y próximo a la vez, se lo tragaba todo.

Cuando los labradores discurrían en las lomadas próximas, uncidos a los bueyes laboreros, Alonso se hundía en sus ensueños, tendido cara al sol, mecido por la tibieza del calor de la mañana. A través de la cortina rosada de sus párpados veía aparecer dos ojos verdes, cariciosos.

Entretanto el de Xeldres, perdido en la intimidad de las cabañas, provocaba gritos femeninos con la caricia ruda de su barba. Las indias se le resistían. Pero a poco se escuchaba el ronquido de su garganta.

El atardecer les llevó al barrio de San Roque. En la puerta de las hosterías brillaban los faroles, pero lucían más en el cielo las constelaciones.

-Suelen ser magnánimos y prudentes los potosinos, pues que Júpiter preside el destino de la Villa; Mercurio la hace pródiga en metales -solía decir el de Xeldres, entendido en astrología y otros menesteres de esa laya. También Escorpión y Sagitario, que son y serán causa de sus pendencias. Nunca la tierra o humano ingenio hicieron villa, burgo o ciudad más próximo al cielo como aquesta en que vivimos. Por eso la suerte de la Villa es de sin par predestinación.

De las tabernas salía el eco de las cantigas de allende los mares. Gentes de cien naciones poblaban la Villa, habitando en sus dieciséis mil casas. Escuchábanse los cantares levantinos y las coplas andaluzas, sinuosas y candentes como las dunas del África, con algo de la monótona imploración vespéral de los muecines. Se envolvían en los cuerpos con prolongado refinamiento, como si estuviesen desnudando el alma apasionada de sus siete velos de pudor.

Los guerreros entonaban sus rimas hilvanadas con estallido de consonantes, cual si evocasen el redoblar de los parches. Alguna vez penetraban a las tabernas, no sin dar a sus cuerpos oportuno contoneo de perdonavidas. Sonaban en las mesas los jarros de plata, entrechocados en la efusiva confesión báquica. Allí se sazaban las aventuras nocturnas, los

raptos de doncellas o el discreto golpe del puñal. Gentes de hirsuta barba se enjugaban el vino con el dorso de la mano, enseñando de paso cicatrices ostentosas. A medida que se aproximaba la medianoche y se espaciaban las rondas de los corchetes, crecía el rumor y se acentuaba el cuchicheo en los rincones favorecidos por la penumbra. Entonces solían penetrar las hetairas. Aquella taconeaba sobre una mesa hablando con su cuerpo; la otra sentábase a masticar a conciencia un cuarto de pollo, chupando los huesos y lamiéndose después las manos, como si de ellas quisiese extraer jugos alimenticios.

Aquella gente nocturna que manejaba el cubilete de cuerno de buey como si fuese una espada, era también el subterráneo estrato de la Villa, como las minas o el cementerio. Aparecía con la noche, pasaba el día en el lecho de las mancebas o sobre el poyo de los mesones. Pero Alonso solía descubrir entre tanta faz embrutecida y en medio del rumor de tanta fabla extraña el solitario dolor de gente hidalga. Bebían, acodados sobre la mesa, conversando con ellos mismos. Eran la resaca del feudalismo peninsular. Segundones arrojados a las Indias por la miseria hogareña, mineros en ruina, penitentes a veces de penas de amor. Allí se incubaba la grandeza, la miseria de la Villa y también su leyenda.

Esa noche se les unió de pronto un caballero de ojos sombríos y cara rasurada.

-Vengo aquí al acaso -les dijo-; no me confundáis con estos pecadores. Me llamo don Antonio Zapata; acaso mi nombre os diga algo; yo por mí, debo deciros, magüer os sepa mal, que pese a mí he escuchado vuestro discreteo; que no es el tal tan discreto como os parece; que habláis de emancipar la Villa o algo parecido y que si no dais cuenta con mi vida, agora que me sabéis enterado de vuestros planes, os me ofrezco con mi alma o con mi brazo para ser de los vuestros.

Alonso y el de Xeldres lo observaron, desconcertados. Este se levantó apaciblemente, enfundóse en su capa, seguido por Alonso, y tomó del brazo al intruso:

-En la calle nos entenderemos mejor, mi don Antonio.

La brisa helada del Tomave disipó de sus cabezas el humo de la saturnal. Caminaron primero en silencio, que rompió Alonso para decir:

-¿Vos sois ese Antonio Zapata, a quien conocí en Negro Tambo?

-El mismo, sin barba. He venido hasta vosotros para deciros que vuestro empeño será tan estéril como aquestas breñas para dar leñoso brote. Digo más: suponed -sin consentillo- que pudiérais emancipar la Villa de la potestad vascongada. Suponed -jinsensato delirio!- que el Perú se erigiese en república de y para los que en ella han nacido. ¿Lograríais acaso por ello mejorar la humanidad como quien da vuelta un guante? Pesa sobre la Villa y sus aldeaños el mismo estigma que convirtió la opulencia de Babilonia y la riqueza de Cartago en mísera ceniza. Pobres y ricos vivirán divorciados hasta la consumación de los siglos: aquéllos para gozar; éstos para sufrir. Pasarán los tiempos; morirán los reyes, gobernará la plebe. ¡Opulento e insultante, gobernará empero el mundo y seguirá entronizando en la Villa el becerro de oro! ¡La gleba de las minas arañará la entraña de la tierra para siempre jamás, Dios no me oiga!

Dicho esto, quedó en silencio. Ninguno pudo obtener de sus labios una palabra más. Alonso y el de Xeldres se miraron mutuamente pensando que estaban frente a un loco. Le dejaron ir a la vuelta de una esquina. Sin embargo, ellos también al separarse estaban pensativos.

El agua azul se rizaba a la caricia del viento.

¡Obra maestra, las Lagunas! Consorcio de la naturaleza con el afán del hombre, aquélla abrió valles entre sus colinas, éste les puso diques y las montañas destilaron agua como ubre que

amamanta. La urbe sedienta, enclavada en pleno desierto de piedra, abría cada mañana sus fauces para recibir la caricia líquida y cristalina. Poníanse en juego las de los molinos, giraban los ejes de crujiente madera de Mataka, golpeaban los batanes de los ingenios y el agua besaba la tierra, mojando las piedras extraídas de la recóndita mina. Volvía en seguida a la Rivera, sanguínea a veces, azulenta otras. Contenida por la muralla de cal y canto, el agua piadosa era ahí, en el cuadrángulo de la Laguna de San Sebastián, como una promesa de bienestar. Sin ella, la plata del rosicler no llegaría a ser piña, ni la Villa villa.

-Hay que juzgar con equidad -dijo Antonio Zapata a don Alonso-; os he traído para que sepáis que no todo es miseria. De la nada extrajo España todo lo que veis y no nos hizo sólo el regalo de su fe sino de su genio y sus industrias.

Alonso miraba a su interlocutor en los ojos pardos, escudriñando su espíritu. Pero no había nada en la actitud del hidalgo que inspirase desconfianza. Dos días después de su encuentro, se presentó en la casa de Xeldres como si fuese un antiguo contertulio, y pidió que al día siguiente le acompañasen a visitar las Lagunas y los ingenios.

El agua de la laguna bajaba encajonada en canal de piedra, para meterse después en arcaduces de madera, cayendo a plomo sobre las paletas de los molinos.

En los declives propicios donde azotaba el viento estaban los hornos de factura incásica, donde se fundía en plata el metal triturado. Era el sistema más antiguo de laboreo. En los ingenios de abajo se hacía lamer la piedra molida con el inquieto e infatigable azogue, que se retiraba embarazado de plata, con la inocencia del niño rapaz que aparentase no haber hurtado. Pero los calderos le hacían vomitar con el argumento convincente de su infernal hoguera, un jocundo chorro de plata que se fundía en el molde de arcilla para enfriarse en forma de piña.

En el recinto amurallado de adobe de los ingenios trabajaban los indios, turnándose en mitas de a doce horas. En grandes recipientes de madera reposaba el mineral, rosicler o negrillo, salándose para estar a punto. En invierno, el frío escarchaba la superficie de los estanques y en los desagües de los arcaduces o entre los dientes del maderamen se formaban estalactitas de hielo. El viento se paseaba ahí dentro, mezclándose con el humo de la yareta y la arenilla argentífera. Aquellos indios, momificados por el agua de copagira, tenían los ojos ribeteados de rojo, como si padeciesen maligna enfermedad.

El agua de la Rivera discurría visitando equitativamente todos los ingenios, tiñéndose de bermejo, hasta descender después de tanta fatiga a las soledades pedregosas del cauce del Huayna Mayu. Ciento treinta y dos cabezas de ingenio y no menos visitaba el agua para salir de allí, desprovista de su sabor primigenio, viciada por todas las materias minerales. No cabe duda que sus mismas moléculas estallaban al trabajo, después de haber macerado, triturado, sedimentado, alborotado, enfriado y acalorado tantas cosas diferentes. Líquido desecho después de haber sido clara linfa, su fortuna póstuma fincaba en el reposo de un somnoliento viaje hasta el Pilcomayo, para perderse después en los matorrales donde moran los bárbaros.

Aristocráticas llamas y apacibles borricos esperaban los sábados en la tarde el cargamento semanal de piñas. Asomaba por entonces un instante de holgorio en medio de la ritual tristeza de los ingenios. Mientras las piñas llegaban a las Cajas Reales y después a la Moneda para ser acuñadas a trozos que llevaban en rústico sello la imagen del Rey Philipo, para tomar en seguida el camino nocturnal de los garitos o el otro camino del mar lejano, los indios entraban a las chozas aledañas a masticar filosóficamente su coca.

El viento, entretanto, reinaba en la Villa y los ingenios.

El azogue solía deslizarse y aun formar pocillos entre las piedras de la Rivera. Era el desperdicio obligado del laboreo argentífero, en el cual nadie paraba mientes, porque ningún boato es avaro.

-Siglo del azogue debiera llamarse éste en que vivimos -dijo el de Xeldres.

-Razón os sobra -repuso Zapata-. Para mí que no es metal -agregó tomando en la mano un puñado inquieto que se le escurrió entre los dedos. ¿Lo veis? Cuerpo extraño que no es líquido ni sólido, volátil como los gases, amigo del hurto, escurridizo, deletéreo. Engaña su brillo como si fuese de plata. Tratad de amoldarle y se burlará de vos. Se alimenta de nobles metales; poned un pedazo de oro en recipiente de azogue: se le traga e le digiere. Tratad de unirle y se dispersará en mil moléculas; de dividirlo y formará homogénea masa. Tal vez algún espíritu proteico le anima; para mí que es una burla de la creación.

Solían ver en los patios de los ingenios la llegada de los arrieros conduciendo pesados botijos de azogue de Huancavélica y Almadén. Alguna que otra vez se quebraba una damajuana, y se formaba sobre el suelo un lago brillante, estelar, al cual acudían prestamente los desaparrados mozuelos del ingenio. Durante el beneficio de la plata, los mitayos arrojaban azogue sobre el barro mololiente que se mezclaba con el basto mineral.

-¡Engaño -agregaba Zapata-, engaño de los sentidos! Cuál parece más vil, decid; ¿ese barro que guarda argento en sus entrañas o el lechoso azogue que se le incorpora? ¡Azogue en todas partes! Así inquieta, alucinada, movediza es el alma de la Villa y la de sus habitantes. ¡Azogueros para succionar sus jugos vitales, azogue para aprehender la plata! ¡Anhelo insaciable de plata en los hombres y las cosas, tú acabarás por perdersnos!

"YO LE GUARDO"

EN las primeras justas del Campo de San Clemente cuadró a todo galope la palestra un heraldo que, en cada esquina, hizo escuchar el pregón que gritaba el formal desafío de Alonso a los vascongados. Celebrábanse las fiestas de Santiago, presididas por el gremio de azogueros. Quince millones de pesos fuertes debían gastarse para rendir homenaje al Santo Patrono.

-Sábeme a tiempos de Godínez, ¡voto a mí! -comentó el de Xeldres, al tener noticia del desafío de Alonso. ¡Estaré con vosotros, lo digo de fe!

Brillaba el sol, a pesar de las tormentas de tierra que azotaban las ventanas y se elevaban en delgadas trombas hasta el cielo.

-En efecto -continuó el de Xeldres, atusándose con suficiencia los canosos bigotes hasta erizarles la punta. -Estos tiempos fenicios han preterido los de la verdadera caballería. Más, no lo será, o no soy el de Xeldres. Si la gente vascongada hase apoderado del Cerro, nosotros la confinaremos a los dominios del otro mundo. Decirme, Alonso: ¿estáis dispuesto?

-Sí. Formaremos bando los criollos, y tal vez comunidad. Caballeros criollos y andaluces se aprestan para el torneo que a muerte ha de ser; no de otra manera. Dejaremos tendidos a los vascongados en la palestra, para después exterminarles en el campo.

-De eso hé menester. Bizarro varón, a fe. Empero, ¿algo más os induce, amén del afán de ostentar bizarría?

-Sí -dijo Alonso-. Seiscientos millones de pesos ensayados fuera de lo extraviado y quintado en Cajas, a más de pastas y chafalonía, que no son las del Rey, ha producido el Cerro. Con ellos armóse la Invencible, se dio vigor al brazo de Don Juan en Lepanto; se hizo del Imperio

de Carlos el dominio donde no se pone el sol. Aqueste Cerro, envidia es de los reyes, el reyes de los montes, del mundo es el tesoro... Pero... allende grandeza; aquende, miseria para la nativa gente, miseria, dolor y desesperanza. Sangre de España corre en las venas de los criollos, que son gente de pro, amén de haber nacido en Indias, que es nativa patria. Trátaseles, empero, como renegados, proscritos o menesterosos. Alcabalas, almojarifazgos, señoreaje, braceaje, encomiendas, mitas son para peninsulares; mejor si son vascongados. Decidme, ¿es esto cosa de tolerar?

-Catad que con estos decires podéis perder la vida, si los predicáis con tanta llaneza.

-Bien haya tal destino, si ha de ser fecundo -respondió Alonso-. Maduro está mi pensamiento; a sazón mis intenciones. No me liga a la vida otro empeño que el de luchar por las causa de los desheredados, que es demanda digna de caballeros. Yo plantaré pendón de libertad.

En ese momento las Campanas de la Compañía tañeron tres veces. Iniciábanse los preparativos para la solemne procesión del Real Alferazgo.

-¡Oro de las campanas! ¡Molicie digna de Boabdil! Fiestas son éstas que no tienen asomo de piadosa contrición, sino de brillo bastardo -dijo Antonio Zapata-. Esta ciudad cortesana espera su castigo. Tiemblo por ella, porque hoy escuché la imprecación más pavorosa. Discurría cerca de San Francisco, a espaldas del Noviciado viejo, a cuyos muros se agobiaba un mendigo, cuando pasó un caballero vascongado del Cortejo del Alférez Real.

-¿Qué haces aquí, buen hombre?" -dijo al mendigo.

-"Espero una prueba de tu piedad".

-"¡Ah, pues, toma!"

Y cogiendo un guijarro de la calle, lo puso entre las manos trémulas del mendigo.

-¡Por el agravio que me haces -le dijo éste, arrojándolo lejos y poniendo en los cielos sus ojos sin luz- así como rueda esta piedra, rodarán las desta ciudad, sin que quede piedra sobre piedra!".

Estaba trémulo el aire. El viento conducía en su seno la vibración penetrante de las campanas que llamaban a fiesta. El cielo era una caja sonora, diríase la concavidad de un laúd.

-Observad también -gritaba casi, Zapata- que fue por los mineros del Cerro que se instituyó la Mita. Asequible el sabio don Francisco de Toledo, repartió primero catorce mil indios; quince mil, dos años después. Don Martín Henríquez enviéonos trece mil; el marqués de Cañete, doce mil; don Luis de Velasco, quince mil primero, después cuatro e igual suma el marqués de Montesclaros, sin contar los veinte mil que por cada año otorgó de golpe el Rey Philipo, hasta terminarse la obra de las Lagunas.

-Voto a mí, que ignoraba el detalle, seor cronista. Mas decidme, ¿de dónde sale tanta gente?

-Tráenles desde Quito, el Tucumán, de toda la Audiencia, en fin. ¿Acaso os explicáis de otra manera que en los funerales del Rey haya gastado la Villa ciento treinta mil pesos en catafalcos de plata maciza, ardiendo cirios en blandones de plata filigranada de a quintal? Esto no fue nada, que en los funerales del Emperador don Carlos, gastáronse ciento cuarenta mil pesos.

-Plata al aire, a fe mía. Mas, si no os incomoda, ya que don Alonso ha resuelto poner el domingo de la octava su pellejo en trance de sufrir orificios, os invito a callejear, avisorando de por algún claro la gallardía del Alférez Real y de los suyos.

Toda la Villa trasudaba devoción. Las campanas de sus veintidós iglesias se echaban al vuelo. Por los portales hervían mirra y romero en los pebeteros de filigrana. De los balcones enfarolados colgaban los tapices flamencos acolchando codos de mujer. En la Plaza del Regocijo ostentaba el Cabildo el doble escudo de la Villa, las columnas de Hércules con su inscripción audaz: "Plvs Vltra".

Estaban en la desembocadura de la calle Larga. De ahí iba en brusco declive la Plaza, de modo que los hidalgos divisaban todo el cuadro. La muchedumbre, contenida por los alabarderos, se esforzaba por situarse en primera líneas. Tratábase, en verdad, de un espectáculo de sin par opulencia. Cuarenta mil pesos pagó don Juan de Zárate, en remate abierto, para tener la honra de empuñar el Estandarte Real.

Un sonido de trompetas anunció la proximidad de la procesión, que venía ese momento del templo de la Merced, dirigiéndose hacia el de Belén. Iba por delante una compañía de alabarderos precedida de heraldos que gritaban de consuno:

-¡Dad paso a Santiago Apóstol! ¡Dad paso a Santiago Apóstol!

Venían después dos pertigueros vestidos con talar y largos bastones chapeados de plata; les seguían reyes de armas, maceros, azogueros, visores y asesores, órdenes religiosas, ricos hombres, títulos y el Cabildo.

Caballero en blanco corcel, cual era de rigor y tradición, iba don Juan de Zárate, sosteniendo en la diestra el Real Estandarte. Era de damasco de seda carmesí, con cairé fino del mismo color. Tenía de largo dos tercias, y de ancho algo menos de media vara; estaba bordado al centro y realzado, con trencilla de oro, el Apóstol Santiago en actitud de matar infieles.

-Lo bordó la Reina Isabel la Católica en Santa Fe, durante el sitio de Granada -ilustró Zapata-. En manos de Fernando penetró a la ciudad redimida. Flameó en el Alcázar después de la derrota del moro. Dióselo Isabel a Colón al despedirlo en Palos, con encomienda de plantarlo en la primera tierra de Indias que descubriera para la Cristiandad. Hele aquí, paseando frente al arca máxima del Imperio.

-Pero en manos mercenarias, vive Dios!

-Callad, don Antonio de Xeldres, que tanto aprecio mi pellejo como vos menospreciáis el vuestro. Agora viene el Estandarte de don Juan de Austria. Tremoló en Lepanto, en el palo mayor de la nave Almirante.

-¿Merced a qué milagro veo tan gloriosas preseas en tan criolla ciudad?

-Merced en gran manera a las pastas de plata é piñas ensayadas que las naos conducen desde Puerto Potosí, que llaman también de Arica, hasta la metrópoli. Carlos V cortó de cuajo la disputa suscitada entre el Cuzco y Chuquisaca por el Estandarte de Colón, dándoselo a la Villa no sin recibir en cambio gruesos doblones. Su hijo Philipo II hizo merced a nuestro Cabildo del de Lepanto que agora le véis; pero que reposa el resto del año cubierto en funda de damasco en el Altar Mayor de la Compañía de Jesús.

Venía después, conducido en andas por mineros ricos y plebeyos el grupo en yeso del Santo Apóstol, Patrón de España y de Indas, Protector y Defensor de la Villa Imperial, hincando los cascos de su nivea cabalgadura sobre las cabezas de los moros que se agobiaban en actitud de pálido vencimiento.

Todo era olor de incienso en la Plaza del Regocijo, y sus paredes cubiertas de plata bruñida parecían espejos donde se dibujaba la procesión. En algunos sitios las láminas de plata cubrían las paredes, colocadas unas sobre otras, como las escamas de los peces.

Era el momento en que los mestizos llegaban en algarada proteiforme al primer recinto de la Plaza del Regocijo. Esos hombres tristes disfrazaban su mueca detrás de una careta. Su atavismo les vestía de Incas, su servilismo de capitanes de la Conquista: Pizarro, Almagro, Carvajal, Zenteno, Villarroel. Y venían en seguida grupos menudos de indios tocando sus zampoñas. Perteneían a los Mitayos que trabajaban en la Laguna de Muniza. La muchedumbre hizo cuadro para permitir la máxima ceremonia, cuando de la calle de las Mantas irrumpió un jinete en negro alazán, sin que nadie pudiera detenerle. Llegó hasta la fuente levantada en el centro de la Plaza, donde estaban reunidos el Corregidor, el Cabildo y el Alférez Real, Estandarte en mano. En medio de atónico silencio se alzó la voz:

-Sabed: Yo, don Jorge Moreno, caballero desta Villa, para dar lustre, honra y prez a Santiago Apóstol, Libertador de España, pido campo y lanza; reto en nombre de don Joseph Alonso de Ybáñez, caballero desta Villa, a singular torneo, que ha de ser en la octava destedía, en el campo de San Clemente, a todo vascongado que no sea felón ni mal nacido. Digo, ítem que yo, don Jorge Moreno y otros caballeros de quienes respondo con mi voz y con mi brazo, retamos a quienes salieren a torneo haciendo de padrinos del que responda a este desafío. ¡Lanzado está!

Después de la derrota de los vascongados en la Octava de Santiago, Alonso y los suyos buscaron bastiones en las proximidades de Munaypata, en uno de cuyos solares fueron asistidos por solícitas gentes que les restañaban las heridas y aplicaban cataplasmas a las tundaduras. A medida que se avecinaba la noche, llegaban nobles criollos, andaluces, castellanos, extremeños, buscando la oportunidad de asociarse al regocijo.

-¡Ah, de la tarde! ¡Nunca vide otra igual! -decían.

Y recordaban de consuno, en coro contradictorio en el detalle, pero acorde en el fondo, la épica fama de que fue teatro el Campo de San Clemente.

Diez ricoshombres vascongados del cerro respondieron al reto de Alonso y los suyos.

Se colmaron de muchedumbre los estrados de la palestra. Vibraba el cielo límpido y azul en una crepitación sonora. De lo lejos se veía ascender el aire tibio y ondulante, al elevarse por encima de los trigales. La multitud mestiza, a quien se prohibía asomarse hasta el campo, danzaba en los gramadales próximos, dispuesta a situarse al momento propicio cerca de los puestos de venta de alojas dulzonas teñidas de airampo.

Por todas partes resonaban atables y clarines. Al anuncio de los trompeteros situados a los cuatro lados del dosel presidencial, penetró don Rafael Ortiz de Sotomayor, seguido de vistoso cortejo de mineros vascongados. Hubo un silencio expectante en la muchedumbre. Sólo a lo lejos se escuchaba el alegre repicar de las campanas de San Lorenzo, cuando el Corregidor dio orden de comenzar la fiesta.

Encabezados por Alonso de Ibáñez salieron primero los caballeros criollos por el lado de donde venía el camino de Jesús Valle. Iba don Alonso sobre un brioso caballo chileno. La silla y los estribos, eran de plata. Vestía una ropilla bordada de lazos de oro y cubierta de aljófara. Parecía estar sobre tela de plata azul que se veía por las menudas aberturas de la acerada cota, cuyos cabos en cerco estaban guarnecidos de perlas. Cubría su cabeza un sombrero negro de negro plumaje. Llevaba en la diestra mano una gruesa lanza y en la izquierda una rodela. En ella estaba pintado el Cerro con las armas de Potosí; en círculo, el "Non Plvs Vltra" en letras de oro fino, y a un lado, un castillo con una leyenda que decía "Yo le Guardo", y una espada ensangrentada con este lema: "Por la libertad se derrama".

Le seguían don Gonzalo de Mena junto a don Antonio Zapata, y a continuación, don Francisco de Xeldres teniendo a su diestra a don Francisco de Castillo.

Después, montado en magnífico caballo de las dehesas de Cinti, don Jorge Moreno, presidiendo doce alabarderos criollos que llevaban sobre las armaduras justillos de tela nácar.

Todos iban con sombreros vicuñas. Al sonido de las trompetas se dispusieron en filas de a seis detrás de la comitiva.

-¡Henos aquí! ¡Pedimos campo e lanza a quienes quisiéreden lidiar con aquestos caballeros! ¡Todo sea en gloria de nuestro Santo Patrón!

Por el lado del Cerro avanzaron, al son de las trompetas, los ricos hombres vascongados que respondieron al reto. Eran diez, armados de lanza y adarga, munidos de grandes rodela inscriptas con leyendas retadoras.

En medio del silencio clamó la voz de los heraldos:

-¡Hacerse a un lado los villanos! ¡Hacerse a un lado los villanos! ¡Dejad ir a los caballeros!

Sonaron las trompetas para dar aire marcial a la gente de acompañamiento. En la soledad del campo de San Clemente gritaron los atabal es, mientras los dos grupos retrocedían a sus puntos de partida.

Seis eran los criollos, seis los vascongados. La muchedumbre ululaba de emoción propiciatoria. Cuando el Corregidor bajó su mano flácida en señal de que comenzaba el combate, hubo un breve y épico escorzo de trompetas. Diez segundos después, no había más que polvo en el bárbaro entrevero. Y el golpe de los fierros llegó hasta el estrado.

Cuando se hizo claridad pudo verse el encarnizamiento con que terminaba la lid. Unos a pie y otros a caballo, allí se enrevesaban bestias y cuerpos humanos. Lanzaba alaridos la muchedumbre. Eran clamorosos votos por los campeones de cada uno de los bandos.

Después de algunos minutos de angustia, se alzó un grito:

-¡Ah, de la victoria! ¡Por la libertad se derrama!

Era Jorge Moreno. En ese momento sonaba en el estrado una cadenciosa música flamenca a cuyo son en apretujado grupo, aparecieron don Alonso y los suyos después de haber dejado tendidos, boca al suelo o malferidos a sus adversarios. Todos estaban juntos. Eran seis, en filas de a dos, garridos, sangrando por las ropas, indómitos los caballos. Las rudas bestias volvíanse en fiera actitud, mordisqueando a los potros adversarios. El grupo de seis cuadró la plaza reclamando los trofeos del triunfo, cuando de las vecindades del estrado del Corregidor salió una manga de gente plebeya gritando:

-¡Traición!... ¡Dad cuenta con ellos!

Invadió la palestra toda la turbamulta expectante que se encontraba reunida en los aledaños. Ahí se formaron los bandos y trabóse la ruda lucha a golpe y mazo, a lanza y espada. Corrió la multitud femenina, despavorida y ruidosa, a protegerse cabe los estrados. Entretanto, la palestra de San Clemente era teatro de la primera batalla campal reñida por una idea.

Aproximábase la tarde. Las próximas serranías se teñían de sangre, embriagadas de crepúsculos. Alrededor de Alonso y sus Vicuñas aparecieron centenares de poblanos, que enamorados de su valentía, le protegieron, formando infranqueable muralla, contra los sicarios del Corregidor. Así se retiraron los criollos, dejando un tendal de muertos y clamando victoria, hacia las colinas estratégicas de Munaypata.

Alonso pasó toda la noche velando la fiebre que trataba de llevarse a Jorge Moreno, en uno de cuyos hombros abrió la espada enemiga una ancha boca por la que manaba la sangre como terco manantial de potente roca.

Don Francisco de Castillo, atravesaba con soltura las puertas del Beaterio de Copacabana. Una hermana de su madre, la abadesa, solía esperarle en el refectorio, donde le colmaba de agasajos. Queso de almendra, panecillos de masa con canela, y en invierno espuma helada al sereno en el techo del Beaterio, regalaban el paladar del criollo.

Esa vez, don Francisco penetró más preocupado que de costumbre.

-Dolido vengo, madre mía, aunque satisfecho, ¡perdóneme vuesa piedad!, por el decurso de unos sucesos que, habiendo podido ser de supremo ultraje para los míos, fueron más bien motivo de lucir su bizarria.

-La benevolencia de Dios es más grande que la mía, hijo mío. Decid sin reparos de qué se trata.

-¿No habéis sabido acaso del último, sangriento entrevero entre criollos e vascongados?

-Ya os veo venir. ¿Abogáis acaso por aquellos herejes? Nada sé sino que hubo un sangriento motín contra el Rey nuestro señor. Poned sello a vuestra boca, hijo mío, si acaso intentáis entablar defensa de ellos.

-Para que sepáis nada más que la verdad he venido. Dejad que os narre con la verdad en el alma cuanto acaeció.

-Paciencia tienen los confesores para sufrir peores confesiones. Si en algo puedo servir, os escucho.

Pero había acento de ira en la voz de la abadesa. Doña Clara de Loría, teóloga, gozaba fama de sabia. Enérgica y suave a la par, la unción mística hacía extraño adobo con las preocupaciones del siglo en el brillo exaltado de sus ojos hundidos y grises.

-Pues el caso, madre mía, que antenoche fui de visita a la casa de don Antonio de Xeldres, cuando como un reguero de pólvora se difundió una noticia:

"-¿Sabéis -dijo uno -que el Justicia Mayor don Martín García Oñes de Loyola ha puesto bando obligando a conscripción a doscientos criollos? Deberán marchar al Reyno de Chile, donde dizque hacen falta guarniciones para los presidios.

"-¡Malhaya!...

"Lo peor no es eso, sino que con parcialidad y malicia procede el Justicia Mayor. Es el caso que el Visorrey dispuso que se reclutase a doscientos españoles: empero, como Oñes de Loyola es vascongado, veda a los suyos de responder a la orden y hace pagar la conscripción sólo a los criollos".

"-Después -dijo el de Xeldres- prosiguió así Castillo:

"-Poco avisados sois en verdad. Algo más sé por mí. Los doscientos criollos -entre ellos algunos contertulios desta casa- guardan ya prisión en la casa de Oñes de Loyola. Decid lo que haréis.

"-¡Correr a darles libertad! -gritaron todos y pusieron manos a la obra.

"A medianoche, desde varias calles próximas a la casa contigua a las Cajas Reales aparecieron varios grupos. Los criollos acuartelados, a quienes se dio aviso horas antes, se alzaron a una, al dar la última campanada de las doce. Tomaron presa a la guardia.

"-¡Os quemaremos con la casa!

"A poco pasaban las antorchas como fantasmas fugitivos, cuando unos gritos se impusieron al bullicio:

"-¡A nos!... ¡Ved que esta casa tiene polvorín y moriremos juntos!

"Comenzó a salir el humo por las ventanas. Entretanto, los criollos libraban recia batalla con la gente de armas del Corregidor, que acudió alborotado. Pero el pánico dominó a todos:

"-¡Salvadles! - decían por doquier".

"Nadie se atrevía a intentarlo, cuando un mozo criollo -a quien meses antes introduje en la casa de Xeldres- avanzó delante del grupo mientras limpiaba su espada, gritando:

"-¡Seguidme los varones!

"Hasta una docena de criollos fue detrás de él. El joven caballero se perdió entre el humo y las llamas y, ganando las ventanas, penetró en la casa. A poco, desde adentro, golpeaba la puerta un ariete. Resonaban los golpes venciendo el griterío y el rumor del combate. La puerta no tardó en rendirse y salieron los doscientos criollos precedidos por el joven héroe. Dentro del presidio, no quedaba vivo un solo alguacil."

-¡Ave María Purísima! -se persignó doña Clara-. Pero, seguid, seguid.

-Decid, madre, ¿no es generoso, no es acaso valiente un acto de tal arrojo?

-Nada es disculpable si para cometerlo se usó la espada.

-Con los cabellos quemados, la ropa humeante, la espada en alto, pusímosle sobre nuestros hombros. El destino nos dio esa noche un jefe.

-¡Un jefe!... ¡Callad, pecador!-. Quedó un momento pensativa y después, agregó:

-Decidme, Francisco, ¿cómo se llama ese mendaz caballero? ¡Puede que mis preces le alivien del peso atroz de sus pecados!

-Para nadie es un secreto, madre mía. Es don Alonso de Ybáñez, agora jefe de los criollos.

Otra vez, estaba soledoso el Beaterio de Copacabana. Era la hora de la siesta. Nublado el cielo, goteaba afuera del refectorio. Había en el ambiente un olor tibio de tierra húmeda.

-Acudo a vos como el más directo recurso -dijo doña Clara de Loría a su sobrino-. Para eso os hice llamar. Hace pocos días que os despedí sin ahondar más en el delito nefando que me narrábais. Cruel fue conmigo el capellán al saberlo. Razón tuvo. Absolvióme empero, que no soy curiosa; abomino el pecado. Agora temo, ¡no lo permita la memoria de mi hermana!, verme en el caso de abominaros a menos que me juréis hacer de vuestra parte cuanto ha menester para que esto llegue a su fin.

-A vuestros pies estoy, madre mía. Ignoro empero qué os atribula.

-Lo sabéis tanto como yo, ¡Dios mío! Ese don Alonso ha segado, por su propia mano, la vida del Factor Armendi...

-Espectador, que no actor fui del caso.

-¡Y no acudísteis en auxilio del infelice!

-Dejad que os narre el suceso y juzgad después.

-No tiene atenuante el delito. Pero munida estoy de paciencia. Os escucho.

-No tengo mucho que decir. Acudieron los criollos a celebrar a Ortiz de Sotomayor; más hete aquí que después de hacerlo, dispersábanse con todo orden por las bocacalles de la Plaza del Regocijo, cuando el de Armendi les atacó de sorpresa e hizo repentina matanza en ellos. Furioso don Alonso, volvió a caballo junto con los suyos reunidos de priesa, trabó batalla, partió la cabeza del Factor de un certero hachazo, cantó victoria, paseóse por la Villa, cobró venganza, sembró pánico y fué en paz.

-Marcial es vuestra parla, hijo mío. No parece sino que os hubieseis contaminado del goce infernal de esas aventuras.

-Encuentro injustos el ultraje y la traición, madre mía.

-No os he llamado para eso. Sed digno de vuestra sangre. Digno de cuanto es más caro para la nuestra estirpe. Oponeos con todas vuestras fuerzas a tamaño desacato. Yo os conjuro: bien sé que gozáis de preeminencia en ese intento de comunidad que levanta don Alonso, ¡criollo al fin!

-¡Acabad, madre!

-Cumplid el deber a que os induce vuestra sangre. En vuestras manos está suprimir al insolente. Presta a vos está la absolución...

Don Francisco se embozó tranquilamente en su capa. Tomó uno de los manjares de la mesa, le olió, y después de dejarle caer en el suelo con displicencia, tomó la puerta próxima sin volver la cabeza.

Cuando atravesaba el campamento don Antonio Zapata, canijo y con aire meditativo, con los ojos puestos constantemente en un lejano límite, como si dejara detrás de sí humor de misterio, la parla de la gente alimentaba el chismorreo desentrañando esa vida sombría.

Había, sin embargo, por él unánime respeto. Todos le vieron batirse con frío heroísmo en la acción de Cebadillas, cuando los Vicuñas hicieron retroceder en vergonzosa fuga a las bien pertrechadas tropas de Ortiz de Sotomayor. Ese hombre parecía estar poseído del afán de matar. Narraban de él cómo, cuando asomaban las avanzadas del Corregidor, situóse en la encrucijada del camino que conduce a Yura por un lado y el desvío a Porco por otro y rodeado de corto acompañamiento, tendió de su mano, uno por uno, a cuantos asomaban de la vanguardia Real.

Decíase, que una vez, al salir del templo de San Bernardo, se había detenido en la derecha nave, frente a la urna cuasi descubierta donde estaba la momia de un santón potosino que murió en olor celestial después de haber pecado mucho. Por los orificios que abrió la devoción popular asomaba un brazo con la mano abierta. Las uñas gigantes brotaban de los dedos color madera como corimbos de una flor de aquellarre. Antonio Zapata tomó aquella mano helada y la retorció en sabia maniobra, hasta desprenderla de la muñeca. Escamas amarillentas se derramaron sobre el suelo, mientras el hidalgo llevaba la reliquia a las intimidades del jubón. No volvió siquiera la cabeza para curarse de quién mirase la profanación.

-Llevo conmigo la piedad, el milagro y la venganza -se limitó a decir.

Nadie habría escuchado de sus labios otras palabras que no se refirieran a los tiempos viejos de la Villa Imperial. A veces solía vérselo escudriñando el latín de los epitafios del cementerio de San Bernardo. Paseaba por entre el bosque de cruces de piedra, mirando a veces los rústicos angelotes que con una trompeta en la boca alzaban al cielo voz muda que en su momento debía anunciar el Juicio Final. Alguna vez murmuró, abstraído en sus pensamientos:

-Perecerá la Villa; los muertos habrán de tragársela. La Villa misma será un cementerio de su diabólica grandeza. Los hijos de nuestros hijos vivirán sólo para evocar aquestos muertos...

Era su espíritu un adobo de nostalgias y de frases de Apocalipsis y frecuente encontrarle en las ceremonias rogativas y expiatorias, cuando un cortejo beato atravesaba las calles nubladas de polvo, acongojado y dolorido, uncido al torvo fanatismo que ponía ceño en las frentes y agobiaba las cabezas, en actitud de humilde contrición. El Cerro, demiurgo potente, se alzaba como un desafío, ostentando la policromía de sus matices mundanos, como un reto a la piedad y el llanto. Era como un diabólico mancebo que desde su altura descomunal se burlase de quienes plañían por la desventura por él originada. Su triángulo perfecto tenía algo de tentador simbolismo. A veces, mientras la sombra y el viento encapotaban los ojos de la mística comitiva, una llamarada de sol nativo se posaba en la cimera del Cerro, como dándole un inmenso abrazo.

Un día, el agua bendita era asperjada por doquier, en el Rollo, en los puntos cruciales del horizonte. Las admoniciones subían hasta confundirse con el lamento de las campanas. Era que la Villa estaba estremecida de pavor por tremendos sucesos que le acaecían. Estaba posesa, y, como la Santa Inquisición no habría podido supliciarla para arrancarle nudo a nudo el secreto y expiación de sus pecados, recurría, indómita y asaz impotente a clamar perdón por ellos. El fúnebre cortejo evocaba, en hipócrita murmuración, los tremendos sucesos. Ya se trataba de un hidalgo que, abriendo la tumba de su rival y después de haberle comido el corazón, extrajo su calavera y la dejó podrirse junto a su pecho hasta verla monda, sin dejar de impetrarle todos los días satánica demanda, o esotro que llevaba junto a sí como una sombra familiar un ave rencorosa que le aleteaba a cada instante la imprecatoria maldición del que murió de sus manos, pero sobre todo se pedía el perdón divino para las crueles luchas que ensangrentaban la Villa.

Gente del Santo Oficio descubría cada mañana en la palestra sangrienta de San Clemente más de un cadáver y en los callejones que conducían al Cerro como venas que van a dar al mismo corazón enfermo, muertos y heridos cuya boca estaba cerrada por unánime discreción que parecía un pacto de silencio llevado hasta la tumba.

Y el Cerro, inmutable y bello, con las entrañas laceradas por mil galerías, se alzaba enhiesto e insultante, como un Borgia de piedra que sonriese a pesar de su venéreo mal interior.

Hacia él se dirigía don Antonio Zapata en las tardes enloquecidas de ruido, cuando la tierra nublaba el sol en alas de los bramidos del viento. Ascendía, deteniéndose a momentos para contemplar el panorama. Nada hacía sombra a nada. Las piedras, amarillas y solitarias, como penosas de estar ahí para espectar la agonía de la luz, como temiendo que nadie se condoliese de su aislamiento ante la vecindad de un sereno sin estrellas. El viento nadaba en las noches por encima del Cerro y la Villa Imperial.

Entonces Antonio Zapata extendía su puño hacia el Cerro. El achachila imperceptible estaba vestido de tierra, pero en todo se percibía su presencia. Como un pensamiento tenaz, como una pesadilla obsedante estaba el Cerro frente a él. No de otro modo sentían en la noche los árabes del desierto el aproximarse a las pirámides funerarias. Y allí debajo, la ciudad mansa y femenina, acurrucada a los pies del gigante, seguía su suerte, como una manceba que siente el éxtasis del masculino golpe.

-Amo la Villa en invierno -solía decir, cuando algunos oyentes le escuchaban-, ámola porque entonces enseñoreáse della el viento y pone ceniza en el rostro de todos los pecadores. Caen las tejas, vuelan los tejados, silba, clama, muge, llora el viento en las callejas. Cómesese tierra en los manjares... Polvo somos, a él volveremos...

No era fácil verle al regreso de sus excursiones, descubierto y postrado frente a las hornacinas que la devoción minera abriera en cada cruz de las calles, con una imagen presidiendo en ellas el hervor de la noche, a la lumbre de un velón de sebo. Concavidades abiertas en la macidez de las murallas, todo el santoral estaba representado en ellas. En los turbios amaneceres, cuando el día, obligado a revestirse de pálida mortaja ante las nubes de polvo que cubrían de un color plumizo el cielo, solía verse a don Antonio Zapata, con extraño fuego en los ojos y pintados del morado antimonio del crepúsculo, que iba con el cuerpo enhiesto, los pasos firmes, pero el rostro agobiado dentro de la gorguera, a tocar tres veces la cabeza de un endriago que oficiaba de aldabón en la puerta de su modesta y advenediza casa de hospedaje.

Era su fiel amigo el alférez Flores, el Alférez, un valiente mestizo que tenía el vértigo de la muerte, cuando en los combates parecía enloquecer. Hijo de un hidalgo castellano que nunca quiso narrarle la razón de su genealogía, sólo supo de su padre que vino a Cantamarca siguiendo desde Porco a un deudo de Ortiz de Zárate, separándose del capitán cuando éste regresó a Lima en busca de encomiendas y bastimentos para empresas más hazañosas. No conoció a su madre; aunque alguien, con acento de patente menosprecio, le hizo entender, en los días de su adolescencia, que debió su vida a una india del villorrio de Patipati. No tuvo tiempo para hacer la pregunta reveladora a su padre, porque este, después de haber concluido su hacienda en los garitos del Huayna Mayu, se fue desalado hasta las profundidades del cerro, de donde no salió jamás. Súpose después que lo emparedó un derrumbe.

Flores, al encontrarse solo y débil, anduvo en peregrinación doliente por Patipati y sus alrededores. Nunca olvidaría esa sinfonía de piedras blancas, azules, amarillas, lechosas, ese vértigo de piedras de todas las formas y colores que era Patipati. Cercos de piedra, casas de piedra, camino de piedra, piedra pulida, redonda, preciosa si cabe en su forma sin vértices ni aristas. Ningún asomo de vegetación por ahí. Ningún rastro de labrantío ni arroyo murmurador. Lecho de piedras para el río exiguo. Cuatro casas de piedra amontonada formaban la mísera aldea. Ahí interrogó en vano por la suerte de su madre. La voz de los indios era muda como la piedra. Hablaba apenas en el torvo acento de una mirada seca y recelosa.

La Villa entretanto, sentía el deleite del peligro. Recios y tozudos, los vascongados lucían su arrogancia en fiestas millonarias. Respuesta a una insultante fiesta del criollo Pastrana fue la asamblea vascongada en el ingenio Oyanume. Allí deliberaron el Corregidor, Veinticuatro, Cabildantes, alguaciles y títulos. Si cuarenta mil pesos de a ocho costó la fiesta criolla, la opulencia vascongada derramó sesenta mil. Desde ese momento se puso a la cabeza de los mineros el capitán Oyanume.

Pero la misma noche, la legión criolla llegó desde Ulti: iba Francisco de Castillo a la cabeza. Como una tromba atravesó la Villa, sacando chispas del empedrado. Enseñoreóse en una casa de juego y a poco desapareció como llevada por el viento, en el camino que conduce a Cobija.

Después de logradas las hazañas que dejaban en las calles a las gentes de armas de los vascongados con los ojos entreabiertos y el pecho atravesado, levantaban alegre campamento en las alturas dominantes de la Villa. Entonces fue posible ver las hogueras lejanas que parpadeaban al ritmo del viento, como si estuviesen guiñando en trance de una burla que arrojase todo su sarcasmo impune contra los atónitos mineros.

Alrededor de una hoguera en la que se asaba un costillar de llama, cantaban a coro, en voz de bajo, y sus acentos se perdían en el cielo nebuloso junto al humo ascendente:

*De Talavera a la Villa,
Pisando la Zapatera,
Humillasenos entera*

La Zapatera y Castilla.

Aquel abigarrado grupo, ataviado en variada forma vibraba de entusiasmo al aparecer don Alonso. Destocábanse todos sus descoloridos chambergos al paso del hidalgo. Caballero en su alazán chileno, era suficiente su presencia para detener el báquico rito. Desmontaba en silencio, rodeado por Castillo, Mena, Zapata y Moreno. Parco en palabras, no era menos en el yantar. Bebía una densa sopa de maíz tostado y daba después sus órdenes. Las estrellas señalaban la vecindad del amanecer, cuando los capitanes de Alonso abandonaban el improvisado refugio del adalid. Pocas horas después, corría sangre vascongada en la Villa.

Fue en el combate de Chulchucani cuando Jorge Moreno, que nunca se alejaba del lado de Alonso, lo recibió en sus brazos, herido. La suerte se tornó adversa ese día contra los Vicuñas. Jorge Moreno, tomando una rápida resolución, picó espuelas a su caballo y, aprovechando la luz vacilante de la tarde, tomó con el herido un sendero extraviado, por el cual solía enderezar, de Potosí a la Villa de Talavera, en los tiempos de su infancia.

¡YO TAMBIEN OS AMO!

ERA la hora del véspero cuando Alonso salió de su letargo. Tenía una sensación de zozobra que le mordía las entrañas. ¿Dónde estaba?

Paseó sus ojos por las paredes blanqueadas del recinto, por el techo de tocuyo pintado donde discurrían las moscas, acomodándose en manchas y líneas para pasar la noche.

Le zumbaban los oídos y parecía que dentro de su organismo se desataba una tormenta. La primera sensación de su retorno a la vida fue de una sed que le carcomía las entrañas y daba monstruosa magnitud a su lengua. Frente a él una gruesa puerta de cedro, entreabierta para dejar paso a la luz claudicante, dejaba pasar también el sonido lúgubre de un quena campesina que a lo lejos hacía eco entre los cerros.

Extendió su mano a un taburete donde alcanzó a divisar una jarra cincelada y un vaso de plata. Pero algo así como una cuchillada le afirmó el cráneo contra la almohada. No podía moverse. Entonces sus ojos atónitos se pasearon por la estancia, desnuda como la de un hospital. Sólo rompía la igualdad de las paredes una alacena de madera labrada, y frente a él, encima de la puerta, la rústica escultura de un santón que llevaba entre las manos un enorme ramo de palma.

Un explosivo trabajaba dentro de su organismo. Tenía fiebre. Llevóse como pudo la mano hasta la frente y la retiró mojada. Era tan espantosa su sed, que requirió otra vez el brazo en busca del jarro promisor, hizo un esfuerzo sobrehumano y sólo pudo derramar el líquido sobre su rostro. Perdió entonces nuevamente el sentido. Y la fiebre volvió a él en alas del delirio.

Estaba sentado sobre un bloque de piedra, en el vientre de una mina. Una luz tímida y fulgurante alumbraba el recinto, mientras que una caravana de mitayos pasaba delante de él. Pero su marcha no era el deslizarse lento, imperceptible y triste de los hombres que acostumbran penetrar ritualmente a la mina. Era un desfile grotesco. Los hombres levantaban sus rodillas y lanzaban un paso, como si danzaran. Allí se detenían, para clavar sus ojos estúpidos sobre el hombre sentado en la roca, y cuando sonaba un tamboril isocrónico, reanudaban su paso, para detenerse nuevamente y fijar otra vez en él sus ojos inexpresivos.

La luz parpadeaba en la gruta, formando tornasoles macabros cuyos colores cambiaban como si se tratase de un crepúsculo visto desde la cima del Cerro. Y después, todo comenzaba a girar lentamente, hasta convertirse en un vértigo y desaparecer en una parábola de luz blanca que se abría y cerraba como el guiño de un relámpago.

Luego todo giraba hasta detenerse poco a poco. Entonces sentía en sus labios una sensación de frescura, mientras que sus entrañas continuaban hirviendo. La luz se fijaba frente a él como un disco monstruoso que al empequeñecer iba perdiendo intensidad, hasta convertirse en una raya metálica, diríase de azogue. Aproximábase para tocarla. Era una veta. Brillaban la plata nativa, el cobre y el azogue a la vez. La riqueza, la inmensa riqueza descubierta en un instante. No había sino que extender las manos para tomar tanta maravilla. Ya más cerca, posábanse sus ojos en la veta, que se derretía poco a poco en una corriente platinosa que podía ser plata fundida o agua. Había que tomarla. Sus rodillas movíanse siguiendo el ritmo de los mitayos que desfilaban ante él como fantoches de una danza del infierno. Pero a medida que se aproximaba el rutilante manantial, iba tomando una forma definida hasta abrirse en dos torrentes de lágrimas que manaban de dos ojos inexpresivos. Aquel rostro le era conocido.

-¡Ah!... ¡El mitayo!... ¡El mitayo!...

Después tuvo una sensación de reposo. Su espíritu dejaba de sufrir el torbellino del delirio, pero su cuerpo iba cobrando un dolor físico, que era, empero, más soportable que sus ensueños. El golpe de la cabeza se hacía más neto. Y tenía la noción de que estaba herido. Pero era una noción vaga, como la de un niño que sufre y no se explica por qué. Y sintiéndose efectivamente desvalido y triste como un niño, añoraba los remotos tiempos de su infancia, cuando el frío potosino lo tendía en el lecho de un rudo trancozo y su madre aparecía junto a él alguna vez, para dejarle un recuerdo de frialdad, pero de alivio. En los raros instantes en que percibía algún frescor en sus labios, frescor que se alternaba con los últimos aleteos del ave negra de la fiebre, evocaba la escena de ternura filial, cuando se tomaba de las manos de su madre, blancas manos liriales que no quería abandonar y que estrechaba contra su pecho, como clamando un consuelo que para él sería el remedio más propicio y anhelado.

En ese momento sabíase también desvalido, solo, ignorado y singular como su pesadilla, en lugar remoto y extraño. Entonces sentía que el llanto le discurría por las mejillas, como enseñándole un sentido de grandeza en medio de su pesadumbre. Después de estos pensamientos, regresaba al sopor intermitente.

En el momento en que el trinar mañanero de las aves se adelantaba al alumbramiento del día, gozó de un dulce ensueño.

Veíase tendido en su lecho, en la misma estancia en que recobrarla la razón. Una vela de sebo se consumía en la repisa donde reposaba el santón de la palma. En la penumbra, a pocas varas de su lecho, estaba la niña de los ojos verdes, envuelta en un mantón que le cubría la cabeza y los hombros. Le miraba fijamente. Había en sus ojos y en sus labios un temblor de emoción y de amor.

Aquel mirar se prolongaba, haciendo correr por el cuerpo de Alonso un estremecimiento de dicha. Sus manos se extendían fuera del lecho para llamarla, haciendo un signo amistoso, al que respondía la muchacha bajando los ojos. Y como el llamado se prolongase y los labios de Alonso murmuraran frases de tierna imploración, ella se levantaba pudorosamente, empapaba un paño de lino en una jofaina y después de ajustarlo a las sienes del enfermo con presión suave que le obligaba a cerrar los ojos, vencido por la dicha, se esfumaba poco a poco hasta desaparecer entre los albores de una aurora que rompía con lentitud de caricia las tinieblas de la estancia, apagando el claror moribundo de la vela, mientras las aves entonaban de consuno el himno sin palabras de su felicidad ingenua.

Una raya de luz rompía la obscuridad de la alcoba cuando despertó Alonso. Abajo se escuchaba el rumor de voces que hablaban en quechua y de herrajes que golpeaban las piedras del patio.

Al sentirse dueño de su conciencia, requirió todas sus fuerzas:

-¡Ah, de la casa!

Quería saber dónde estaba:

-¡Ah de la casa!...

La respuesta no se dejó esperar. A los pocos instantes penetró en la alcoba un mulato cuya blanca dentadura, ostentosamente ofrecida por una boca sonriente, brilló ante el hidalgo:

-¡Diga vuesa merced!

-¿Dónde me encuentro?

-Vuesa merced es huésped de Ulti, a dos leguas cortas de Miculpaya.

-¿Qué me ha ocurrido?

-Que mi señor don Alonso estuvo a punto de entregar su alma al Señor.

-¿Viste tú?; ¿cómo fue?

-Yo no vide nada, sino vuestra herida, y vi a don Jorge Moreno, ese mozo que no quiere apartarse un punto de vos, y doña Leonor de Vasconcellos, mi señora.

Alonso se sintió sobrecogido de emoción: ¡Leonor, la niña de los ojos verdes! Entonces evocó su ensueño, cuando ella le aliviaba el dolor de la frente con un licor milagroso que le obligaba a felicísimo sopor.

Sentíase muy débil, y sus labios apenas atinaban a preguntar y su mente a coordinar las preguntas. Sin embargo, su sorpresa era superior a su debilidad y su anhelo de saber si en medio de sus dolores le había llevado el destino a la mansión de su bienamada era superior a su agotamiento. Por eso interrogó:

-¿Quién es doña Leonor? ¿Es señora destos dominios?

-Vedado estoy de hablar con vuesa merced. Me ha prohibido el cura de Bartolo que vino para administraros la Extrema Unción y que de paso alivia vuestros dolores, y doña Leonor que curó vuestras heridas.

La realidad fulguraba:

-¿Está aquí doña Leonor? ¡Llama a doña Leonor!

Quedó impasible el mulato, mientras Alonso repetía la pregunta, esta vez con un clamor insensato, como dando gracias a la vida por no haberle abandonado, pero pidiéndole a la vez que confirmase la merced que le hacía. Y como el mozo no respondiera a su querella, Alonso se llevó la mano a los vendajes que le cubrían la frente, presa de amor y coraje, para quitárselos. Pero más presto fue el esclavo que tomó de la mano a don Alonso mientras plañía:

-¡A mí!...

La puerta se abrió para dar paso a un torrente de luz y a una mujer vestida de blanco. Su rostro llevaba el sello de la vigilia. Clavó sus ojos en Alonso, mientras su palidez brillaba con una sonrisa apenas disfrazada entre el dolor de su mirada:

-No haga vuesa merced, señor don Alonso, que se culpe a ese mozo de cualquier cosa que pudiera suceder... Y dirigiéndose al mulato:

-Tú, déjanos.

Quedaron solos, y entonces pudo contemplarla Alonso a su sabor. Ella estaba trémula, de pie, sin atreverse a levantar los ojos. Fue suficiente su presencia para tranquilizar al hidalgo, que no atinaba a decir una palabra, tal era el torrente de amorosas razones que asomaban a sus labios.

No podía dar cauce a sus pensamientos para contemplarla, después de diez años de haber soñado con ella. Sus facciones habíanse afinado dando una pura firmeza a su rostro. La belleza púber y bulbuciente habíase convertido en plenitud y energía. Una frente amplia, coronada por mata de cabellos divididos a un lado, daba nacimiento a una nariz recta y precisa, nariz clásica. Sus labios, precisos, intensamente rojos. Vista de lado, parecía un perfil de camafeo, un rostro sereno de esos que Alonso vio en las vírgenes adoratrices de los templos de Salamanca. No los hubiera pintado más virginales el pincel de Velázquez. Toda su vida se reconcentraba en sus ojos verdosos, en el fondo de los cuales descubrió Alonso fulguraciones de amor, al par que de indescriptible tristeza.

Extendió su mano para tomar la de ella. Leonor no se resistió. Un escorzo de estremecimiento alucinó todo el ser de Alonso. La tibia mano se le abandonaba.

Entonces Alonso trató de incorporarse para rendirle un supremo homenaje. Apoyado en la suya, alzó su cuerpo e irguió su cabeza para besar la que aprisionaba. Pero el renovado esfuerzo abatió sus fuerzas y, sin poder oprimir la tierna presa, cayó pesadamente sobre su lecho, mientras sus labios confesaron:

-¡Os amo!

Era la primera vez que le hablaba y fue para decirle todo lo poco y lo infinitamente grande y expresivo que almacenaba su existencia. Ella bien sabía cual era la verdad y sentía a su vez palpar su verdad dentro del pecho, que se agitaba al ritmo de sus latidos. Desprendióse suavemente, mientras Alonso escuchó, en el sopor de su nuevo desvanecimiento:

-Os digo sin temor ni duda. ¡Yo también os amo, don Alonso!

Un segundo después, ella desapareció de la estancia.

*

En el luengo y fecundo valle de Mataka se encontraba el solar de Ulti, un señorío de extensos dominios de labranza.

Abriase la comarca entre dos cintas arrugadas de cerros rojizos, cuyas cuencas presentaban bosques de churquis, que eran como brochazos de variada intensidad, a medida de la hora: En los atardeceres los cerros se ponían sombríos, hasta que al instante en que desaparecía el sol, fulguraban como llamaradas, para opacarse entre las tinieblas de las noches preñadas de ruidos campestres.

Una calle empedrada conducía a la casona. A los lados, los setos de barro dividían el zaguán de la huerta y una doble fila de sauces prestaba sombra y silencio al largo callejón. Cuando llegaban los caballeros o hacían noche las recuas y postillones en viaje a Miculpaya o Caiza, sonaban las piedras de la calle con un ritmo alegre, anunciador del descanso. Los arrieros

penetraban con ritual saludo, descargaban sus acémilas y alrededor de un hogar propiciatorio hablaban en su dulce idioma.

En el fondo de la avenida de sauces alzabase la casa feudal. Un enorme cuadrángulo de paredes macizas, diríase un castillo, elevaba su fábrica que en esas entrañas del valle era como una fortaleza que cobijase las rústicas chozas que se acogían a su calor en las faldas de los cerros. La planta baja estaba destinada a guardar en sus enormes trojes todos los granos que producía la comarca. Durante el día llegaban los campesinos con sus borricos cargados de sacos de lana tejida, repletos de maíz, trigo y frutas. Un criollo recibía, con aspecto de autómatas, los productos lugareños, pesándolos en una balanza romana y mascullando algunas frases. Los indios se arrodillaban, destocándose con ademán litúrgico y le besaban después las rudas manos que muchas veces se erguían para golpearlos.

Un enorme corredor dominaba en la planta alta gran, parte del valle. Desde allí se divisaba la huerta rodeada de altísimos pinos y cipreses, tiernos todavía, que daban ejecutoria castiza a la casona. Las calles del jardín, formadas de durazneros y manzanos, higueras y nogales, se cubrían en otoño de frutos desgajados por las aves; esos frutos estaban condenados a deshacerse en la tierra, cuyos senderos hacían una amable perspectiva hasta perderse en glorietas de carrizo, donde los castellanos pasaban las siestas caniculares saboreando el pajarete añoso, para adormecerse después en una dulce somnolencia que terminaba cerca de la hora del yantar vespertino.

Conducido del brazo por Jorge Moreno, Alonso fue acentuando su convalecencia, estimulado por dulces menesteres de amor. Se entabló luego entre la doncella y él un pueril lenguaje embellecido por la distancia, porque distancia era la que Leonor puso entre ellos al no buscarle más en su alcoba.

Una tarde platicaban Alonso y Antonio Moreno sentados en los portales de la casona, cuando vieron venir por la avenida de sauces un grupo parlero en medio del cual estaba Leonor. Se aproximaba la noche y la atmósfera estaba saturada de perfume de naranjos en flor, de rústicas hierbas, de cantos de grillos.

Todos hicieron grupo, cabe los poyos. Leonor se arrebozó en su mantilla, presa de un escalofrío.

-Traidor es el frío de la tarde -díjole una dueña-, é más si como mi señora doña Leonor se lleva desnudos los brazos.

-No es frío lo que siento -respondió la doncella-, que sí regocijo desta tarde tan bella.

-Poneos los mitones que os les truje a prevención.

-¿Sentís frío en las manos? -dijo Alonso en voz baja-. Dejadme que les dé calor.

Tomó las delicadas manos entre las suyas fuertes. Una ola de rubor cubrió el rostro de la doncella, poniendo luminarias en sus ojos. No hizo ningún movimiento de resistencia, y en la semiobscuridad cómplice se dijeron otra vez sus manos lo que a todo momento proclamaban sus ojos.

Esa noche -poco después del toque de ánimas en la capilla de Ulti- estaban Jorge y Alonso embebidos en sus pensamientos. Malas noticias les llegaron de la Villa. Los Vicuñas, creyendo muerto a su jefe, comenzaban a dispersarse a pesar de los esfuerzos que hacía Francisco de Castillo para retenerlos.

La luna se paseaba en el cielo, bogando entre un mar de nubes rojizas, como si fuesen de cobre. Había tal claridad en la atmósfera, que aquello parecía un amanecer. Llegaba de todas partes la sinfonía nocturna, el eco del río sosegado, la luz intermitente de las luciérnagas, el aire saturado de perfumes campestres.

De pronto, y como si viniese de muy lejos, comenzó el temple de una guzla, que se fue acentuando hasta ensayar unos acordes. La música, de vacilante, se hizo segura. A poco una voz emocionada entonó la glosa de un romancillo, que comenzó así:

*"Amor que viene e que váse,
Amor que dá vida e que mata;
Escucha el romance de aquesta
Pastora de Milcupaya..."*

-¡Ah, es doña Leonor -dijo Jorge Moreno-. Rústico es el verso, manido el tema; pero veamos como despunta la querella.

Pero, entonado el son, calló la voz. Desde la alcoba llegaba un gran rumor femenino. El nutrido cortejo de dueñas parecía pedir a doña Leonor que continuara: se escuchaban sus voces suplicantes.

Por fin, después de nuevo ensayo de notas, se volvió a oír el plañido cristalino de la guzla, y después el romancillo:

*Por la derecha del vado,
Cuando en el valle el sol nace,
Acércase a todo galope:
De su alazán, un hidalgo.*

*Aroma es todo en el campo;
Aroma en el aire y el agua;
Naranjos floridos de azahares;
Jazmines que aroman el aire.*

*Por el sendero que baja
De la colina a la playa,
Viene de prisa cantando
Penas de amor, la zagala.*

*"Amor que viene e que váse
Amor que presiento ingrato;
No hieras el alma de aquesta
Pastora de Miculpaya."*

*Feliz con su tierna endecha
Llega la alegre zagala
A la vera del camino,
Donde está la cruz del valle.*

*E como todos los días,
Eleva hasta el cielo su alma,
E mormura su inocente
Oración de la mañana.*

*Por la derecha del vado,
Cuando en el lar el sol nace,
Acércase a todo galope
Hasta el camino el hidalgo.*

*-"Levántese la zagala,
Escuche la voz del que viaja,
En busca estoy de un remanso
Do trocar lanza en guitarra.*

*"Igual tu casa o mi casa,
Igual palacio o cabaña,
Nunca mejores que aquestos
Se abrieron amantes brazos".*

*-"Razones guarde el hidalgo
Para gentes de su laya;
Que a una pastora no cuadra
Amor que viene e que váse".*

*Razones, empero tuvo
Razones tanto el hidalgo,
que alma, cuerpo e pastora,
Rindiéronse ante su halago...*

*Por la derecha del río
E ya cerca de la tarde,
Aléjase a to.mar parte
En el torneo el hidalgo.*

*Llorando la moza queda,
Amor que viene e que váse;
Nadie consuela su llanto,
Apenas la cruz del valle.*

*Son en vano sus congojas,
En vano son sus plegarias,
Hasta que el viento le trae
Noticias de su desgracia.*

*En un bizarro torneo
Cuatro lanzas se cruzaron:
Uno se incrusta en su pecho,
Otra mató al su amado.*

*Por el camino que baja
De la colina a la playa,
Va la pastora e llorando
Deja por siempre sus lares.*

*Amor que vie e que váse,
Amor que da vida e que mata,
Esa es la historia de aquesta
Pastora de Miculpaya. ..*

La canción terminó con algunos acordes de guzla, y como si quisiera romper su pueril encanto, doña Leonor estalló en alegres carcajadas, mientras se oía el coro de elogios de las mujeres:

-Ah, mi niña! ¡Nadie entona igual!...

-¿A quién va dirigida esa endecha? -murmuró por lo bajo Jorge Moreno. -No hay acaso pecho que la recoja, u oculta está la concavidad en que haga eco. Feliz mortal el caballero ese del torneo. Ya lo imagino al pie del balcón de doña Leonor, repitiendo, con el divino Lope:

*Sabed que vengo perdido;
¿Perdido os he dicho? Miento,
Que ninguno se ha ganado
Tan bien como yo me pierdo.
Ganado vengo y perdido,
Que por tan alto sujeto
Gano, perdiendo la vida,
La gloria de mis deseos.
En fin, selvas amorosas,
Yo vengo muerto e contento:
Muerto de amor de unos ojos,
Contento de verme en ellos,
Las señas quiero deciros,
Pero temo los ajenos,
Que aun no me atrevo a mirarlos,
Aunque a adorarlos me atrevo.
Quererlos me cuesta el alma,
y con vivir, si los veo,
Para mirarlos mil veces
Me ha faltado atrevimiento.
En los campos de mi aldea,
Les digo tantos requiebros,
Que he visto parar las aguas,
Callar las aves y el viento.
Y en llegando a ver sus ojos,
Quedar más mudo y suspenso
Que a medianoche las fuentes
En las prisiones del hielo.
A tanto amor he llegado
Que muchas veces que tengo
Tiempo de gozar sus luces,
Pierdo temeroso el tiempo...*

-Parece que no estáis para rimas -se interrumpió-. Os veo mediativo. Decidme, Alonso, ¿qué os pasa?

-La noche os conturba -le respondió vivamente Alonso; -os vence su triste encanto. Todos hablan de amor... todo me habla de amor. ..Yo me pregunto alguna vez si tengo derecho al amor, pero una voz severa como el acento de mi madre, me llama a la reflexión. Siento dentro de mí a veces como una tempestad en la noche, pero el rayo refulge, váse, nada queda sino la tempestad apaciguada, para desatárseme en medio de mis silencios, cuando nadie me asiste, cuando a nadie puedo gritarle lo que tengo. Por eso es mi mutismo; de ahí el ceño que me parte en dos la frente; mi sombría resolución de morir matando.

Cruzó los brazos, oprimiéndolos contra su pecho y prosiguió:

-La canción de esa niña me ha enternecido como a vos. Llevo conmigo de luengo una herida que al enconárseme la curo con fuego; pero agora abrióseme como una flor del cardo y... tal vez sólo manos de mujer debieran tomar esa flor. Asáltame ese pensamiento: es cuando me duele la herida. ¿Tengo acaso derecho de amar o ser amado?

-La vida es buena: campo hay en ella para todo...

-Para mí, no. Tiempo es aqueste en que nadie puede ser indiferente para el dolor humano. Siempre fui meditativo de la ajena suerte: esa buena vida que decís transcurió para mi entre clamores de espanto. Una voluntad superior a la mía conducíame a lugares de tristeza, al mundo subterráneo donde los hombres sufren. Nunca pude acomodarme como todos con la injusticia; sin embargo, placiame empaparme en sus agrios humores, para delectarla mejor y erguir mi reacción en su mayor violencia. Un día crucifiqué mi vida, la hurté de los placeres, la dispuse por mi propia voluntad en actitud de sacrificio. Así me tenéis, presto a chamuscar otra vez mi herida con el cauterio del deber que me llama. Vos sois mi compañero... -Vos sois, vos seréis mi compañero -prosiguió, poniendo sus manos sobre los hombros de Jorge-, vuestro destino está marcado de esa, no de otra manera. Correremos juntos hacia el destino que nos llama, como la piedra que se despeña de lo alto y se parte en mil pedazos. Una gitana leyó mi mano en el puente del Tormes, una tarde en que bien podía leerse la predestinación en el fuego de mis ojos. Se estremeció al rechazarme la mano, alejóse mormurando algo ininteligible. De lo lejos se volvió para arrojarme esta frase, como quien lanza un insulto: "Tu carne y la de aquellos a quienes toques, está hecha de sacrificio". Yo marcaré con mi sangre una era; encaminaré mi fatalidad al sacrificio fecundo, de modo que los tiempos se acuerden de mí para bendecirme. Las voces que gritan dentro de mi carne no gritan en la de nadie. Nuestros propios amigos, los compañeros de la nuestra aventura, la toman como aventura de caballeros, digna de esplandianes o palmerines, que no de libertadores. Pujan en ellos sus jugos vitales, árdeles en el cuerpo el coraje, cruzarían sus armas con moros o troyanos si el caso llegare, así como la cruzan con vascongados. Nadie se hundió como yo en las entrañas de la tierra para desentrañar su misterio, para extraer sus voces y tomar de ellas un inexorable mandato: yo lo hice; mi alma está hecha de misericordia y de justicia al par. Por eso soy vuestro jefe; porque la justicia de Dios se encarna en mí como una predestinación.

A lo lejos, hacia el Oriente, se iluminaba a momentos el cielo. La atmósfera estaba cargada de electricidad.

Jorge Moreno estaba de pie frente a don Alonso. Con la cabeza vendada, su jefe parecía un derviche que estuviese profiriendo admoniciones. Brillaban sus ojos a pardos en su faz morena y sumida. Desde que comenzó la lucha con los vascongados, dijérase que el rostro de Alonso tuviera prestancia apostólica, ahora acentuada por el desangre y su incontenible emoción.

Jorge le miraba admirándolo. En ese cuerpo prieto de nervios, se hospedaba un valor insensato. Era de verle en las escaramuzas, trabándose en combate, caballero en su famoso alazán negro, multiplicando su espada para sembrar la muerte y mostrando en la terrible faena una tranquila serenidad. Sólo el brillo de sus ojos denunciaba su ardimiento.

Ninguno quiso hablar una palabra más. A poco, se recogieron a su común alcoba, pero pasaron la noche despiertos, sin que el rumor cercano del río consiguiera adormecerles. Con el alba, entró en sopor Alonso. Insinuante, delicada, vibró en lo más hondo de su ser la triste canción que la víspera entonara Leonor.

Todas las mañanas, Jorge Moreno solía comenzar ~ la charla con una pregunta, acentuando su sonrisa...

-Doña Leonor, ¿la vísteis hoy? Yo que sí -agregó una vez. Colmaba al amanecer un jarro de flores. Columbro que es el que veo sobre vuestra mesa.

Tres días pasaron desde que Alonso se levantara del lecho. Discuría con Jorge por el camino próximo, viendo pasar a los pastores y viajeros. Esa mañana Jorge estaba insólitamente grave. Parecía no atreverse a decir o preguntar algo. Por último, se detuvo y, aproximándose a una acequia, como si viera curiosamente las hojas que llevaba del agua, hizo con cierta vacilación su pregunta habitual:

-¿Has visto a doña Leonor?

-No -le dijo Alonso-. Tampoco barrunto la intención de vuestra pregunta.

-Intencionada sería de no haber descubierto vuestra amorosa congoja por ella, amén de ceguera la de mis ojos de no percibir, pese a ellos, que no sois indiferente a la dama. Si indiscreto fuera, mi lealtad por vos disculpara cualquier asomo de indiscreción que temo hayáis de encontrar en mí, cuando os diga, como que os digo, que Leonor ya no se encuentra en Ulti.

Alonso se llevó la mano al pecho. Pero Jorge agregó, sin mirarle:

-Bien merece vuestro amor la dama, tanto como vos el de ella. Entre ese concierto de brujas que la rodea, lucía doña Leonor como estrella en la noche. Vuestra soberbia os veda preguntarme dónde se ha ido: por más que intentáramos saberlo, seríanos difícil, pues que la gente de Ulti es sorda como una tapia cuando se la interroga. Huelo algo a misterio en el caserón. Mas, mi olfato guarda proporción con aquesta nariz que diéronme mis padres. Supe por un arriero que esta mañana, muy sigilosamente, salió de Ulti doña Leonor, al parecer con su madre, que vino de la Villa para llevársela. Decid, ¿qué haremos ahora?

-Lo que debemos hacer. Este no es nuestro lugar.

Partieron a Potosí ese mismo día. Pero momentos antes de abandonar Ulti, Alonso penetró a su alcoba, y blasonó su sombrero con la cinta que oprimía las flores, cinta nacarada que un día vio el hidalgo aprisionando el cabello de Leonor.

Al montar a caballo, Jorge se aproximó a Alonso, y le habló en tono cabalístico:

-¿Habéis oído?

-¿El qué?

-La charla de esas dos viejas que desde allí nos ven. Al pasar junto a ellas logré percibir esta palabra: "Copacabana", dicha la cual calló la vieja al verme; ergo, oculta algo de que no quiere hacernos saber. Dejadme pensar. Esa palabra es la llave que abre el sitio donde se encuentra doña Leonor.

Ya cerca de Potosí, Jorge dijo:

-Algo más he catado en mis correrías por cocinas y tertulias, en Ulti. Quiero estar en error; pero debo decíroslo: parece que los padres de vuestra amada la tienen prometida a don Raphael Ortiz de Sotomayor.

-La noticia no me toma de sorpresa. La supe antes de llegar a Ulti. Dejad que lleguemos a la Villa. Verédes de lo que soy capaz.

En la anchurosa calle del Beaterio de Copacabana tenían establecido su barrio los plateros, artífices y orífices, bordadores y aljofareros.

Desde antes que asomara el alba paseaban por ahí Alonso, Jorge y Gonzalo avizorando lo que pudiera haber respecto de Leonor. Esperaban que de un momento a otro llegasen Ortiz o sus allegados, para llevársela a más seguro recaudo. Tramaron seguirles, ir después uno en busca de los Vicuñas y dar el golpe maestro: muerte al Corregidor y rapto de la doncella.

A tiempo que salía el sol, reposando con su brillo todavía balbuciente en los balcones, los plateros sacaban las piñas a relucir o secarse. Afirmaban que el calor natural daba brillo y resistencia a la plata.

A poco se abrían las tiendas y como arreciase el frío no tardó en cubrirse la calle de taburetes en que sentaban sus reales los operarios. Bordaban sayas y jubones con irisado aljófár. Formaban arabescos y grecas, espirales y círculos. La labor primorosa, estampada en terciopelo, pasaba entre sus manos expertas al ritmo de cada puntada.

En las intimidades de las orfebrerías soplaban los fuelles en las operación de fundir; arrancaban los yunques cristalino ruido y a poco la calle se iba poblando de muchedumbre.

Protegida la prolija mercancía por cortinas de bayeta, comenzaban en el umbral de los zocos las transacciones comerciales. Chorreaba la plata líquida en los crisoles y se enfriaba luego en la intimidad de los moldes. Entre manipuleo de artesanos iban brillantándose paulatinamente objetos de toda laya. Ajorcas de filigrana, espuelas y vasos, riendas y enchape de monturas. En sitio aparte de la penumbrosa hosquedad de las orfebrerías trabajaban concienzudamente los maestros, manejando el buril o el soplete, la mínima tenaza. Convertían la plata refinada, desprovista de hidrargirio y munida de prudente aleación cuprosa, en delgados alambres que se contorsionaban al calor del mechero, para formar después los dibujos, inextricables, de la filigrana. Secos, apergaminados, acecinados a humo y tóxico mineral, eran, sin embargo, como los demiurgos de la platería, dictadores del buen lucir y mejor llevar el complicado alhajamiento. Ellos introdujeron el uso de los braseros de plata, en consorcio con los portugueses importadores de esencias y mirras, de aceites odoríferos que al quemarse esparcían en la alcoba olores capitosos. Enseñaron a los rudos mineros a llevar oro y plata en jubones, ropillas y calzas y, de no haberlo impedido a tiempo la Santa Inquisición, hubiesen impuesto en la Villa y la costosa pero pecadora moda de remojar el pellejo en bañera de plata. Los sabios predicadores no tardaron en fulminar desde el púlpito su abominación, diciendo que el baño era costumbre bárbara, condenada por la Iglesia, germen de disolución. La Reina Isabel, de gloriosa memoria, juró una vez no cambiarse de trajes íntimos ni dejarse tocar por el agua hasta no haber visto arrojado al último moro de Granada. Varios años transcurrieron en ese espacio, y es fama que durante ellos la santísima señora trascendía en delicados aromas. Queden las abluciones para la morería, amiga de la carne, para herejes o cismáticos, luteranos o hugonotes que no para gente que recibiera la bienandanza bautismal, única agua, fuera de las medicinas, que debiera tocar católica piel.

Pero, a su vez, los plateros fabricaban con devoto esmero los atavíos del culto. Salían de sus manos los cálices de oro apenas amalgamado, bruñidas patenas, incensarios que imitaban templos góticos o famosas catedrales de Castilla. Los bordadores se esmeraban en preparar el traje sacerdotal, digno por su belleza y presentación al brillo del Santo Sacrificio. Dalmáticas en negro, púrpura y amarillo, según la jerarquía y rango del oficiante, casullas, sobrepellices y mantos. La Santa Madre Iglesia competía en esplendor con los ídólatras del pecado. No en vano exprimía celosamente diezmos y primicias. Doctos confesores acudían al lecho de los mineros moribundos para evocarles su azarosa vida, imprecargarles con la amenaza del castigo eterno y pedirles a continuación que se redimiesen, legando sus bienes a la Iglesia. Ella, benévola siempre y asequible, les sabría proporcionar seguro salvoconducto para tramontar sin peligro las obscuras lejanías del más allá.

En ese sacratísimo empeño, la Iglesia no se arredraba ni aun al peso de sarcástica experiencia.

-Un viejo avaro castellano -narró el de Mena a don Alonso, mientras paseaban por ahí, hilvanando comentarios-, asediado por la solicitud de gente de casulla, arrepintiéndose en toda forma de sus pecados y ofreció redimirse de ellos pródigamente, dejando sus bienes -tal hubo de jurar- a quienes los necesitasen. Abierto el testamento, sus codicillos resultaron destinando la plata para que con ella se fundiese un gran retrete para la gente villana que de él hubiese menester; que el saldo se enterrase en el corral de su casa para que sus cuatro perros no dejaran de tener algo que cuidar y que vistiesen de gala a todos los jumentos de la Villa, para que le acompañaran en esa traza a la última morada.

La Iglesia, munida del sentido de eternidad de su cometido, no se dejaba vencer. Renovaba los milagros, ya sea haciendo crecer la divina barba del Santo Cristo de la Vera Cruz, aquél que apareciera misteriosamente, como caído del cielo, en las gradas del Convento de San Francisco, o ya sea procurando la aparición de un ángel que, vestido de hermoso doncel mendicante, fulminaba al rico que no le favoreció con una dádiva.

Reñían con armas poderosas el pecado y la Iglesia, valiéndose ambos de argumentos condignos; pero precisando a la vez, eso sí, de la gala accesible al humano entendimiento. Aquel barrio de plateros era teatro de una lucha sorda, de puja a todo trance. Los artistas no se daban abasto para fabricar tantas donosuras, y así salía de sus manos una camisa de cortesana bordada con gusanillo de oro como un nuevo manto para la Virgen del Rosario. Pero a la postre, las mismas pecadoras concluían por comprar los bonos de su redención cuando las arrugas les ajaban el rostro y los maravedises reemplazaban a los doblones. Ofrendaban entonces sus galas mundanas a los templos. Los orfebres se encargaban de convertir un anillo en un estuche para guardar polvo de Jerusalén, traído por los infatigables caballeros de Malta, que a veces llegaban a la Villa trayendo reliquias auténticas de la Tierra Santa. No era raro ver en los templos y a veces en los mercados, astillas del Madero, pedazos del Santo Sepulcro, guardados en saquitos de seda y sellados de rigurosa autenticidad.

La platería potosina sentaba sus reales en esas calles, dando a luz los objetos más eclécticos. A veces se reunía el gremio para considerar un problema entregado por entero a sus luces. Se trataba de fundir, ya sea un cáliz para el Santo Patrón Santiago de la Iglesia de Compostela, ya sea un cetro para el nuevo rey. Esos cabildeos solían ser más importantes que los del gremio de azogueros. Distribuido el metal, repartidas las comisiones entre los más conspicuos, todos se empleaban a fondo y a poco emprendía viaje a ultramar el precioso objeto.

Aquellos hombres vivían poseídos por la mística de su arte y prestaban su devoción por igual a cualquier joya sacra o profana. Pasaban la vida metidos dentro de sus antros, profesando los secretos de su alquimia, manipulando los metales al sabor de su experiencia o tradición. Y allí se secaban, hasta acabar sus días sobre el torno o con el buril en la mano, tosiendo o espectorando, sin dejar un solo día el manipuleo de los nobles metales. Transmitían esotéricamente sus conocimientos a sus hijos o a los mejores aprendices y practicaban el más cordial menosprecio por los forjadores, seres de la gleba que fabricaban con el hierro venido como lastre de las Españas, esas rejas groseras que asomaban en las ventanas de las casonas, magüer la aparente gracia o habilidad de la forja.

Midiendo a largos pasos las aceras empedradas, hablando poco y observando por cierto el abigarrado cuadro de la calle, deteniéndose a meditar en las esquinas, Alonso y Mena esperaban cierta señal del Beaterio. Todo ostentaba tranquilidad. La Villa hacía en el barrio su vida tumultuosa, sin pena ni regocijo en medio de la mañana anodina.

Torciendo por la calle que conduce al ingenio de Huayra, estaban dispuestos los zocos de empeño. Era ese lugar una suerte de Rastro, donde los portugueses tenían abiertas las fauces de sus tenduchos. Allí se cataba indiscutible atmósfera judía. Seres de nariz ganchuda y brillante calva, que ostentaban en el fondo de sus estancias un Crucifijo, como dando a entender que dejaban presidir sus actos por los manes de la católica religión. Era de ver el múltiple abigarramiento de objetos que hasta allí llegaban para reposar en medio del polvo mientras creciese el rédito o hubiera buena transacción. Los *kacchas*, mestizos manumitidos, pasantes o capataces criollos de las minas, expertos en laboreo, les hacían visitas nocturnas conduciendo amarros de excelente mineral. A la luz de los velones se pesaba todo en balanzas romanas cambiando en seguida el fruto del hurto por hojas de coca. En esos puestos podía encontrarse de todo. Eran como la costra parásita del preclaro barrio de los plateros. Cotas de malla de todos los aceros, cascos y rodela, jícaras, vasos y estatuas traídos de Roma, arcillas etruscas representando el acto natural del amor, cuadros flamencos menospreciados por representar

escenas jocundas de rústica alegría, lienzos potosinos donde la devoción católica se volcaba por entero al presentar las patéticas escenas en que es pródigo el Santoral.

Las campanas de la Villa se echaron pausadamente al vuelo al mediodía. Las de San Francisco llegaban hasta allí con su pesado repique. Nada alteró esa mañana la paz del barrio.

Cuando acamparon, al anochecer, en la altura, dominando desde ahí la Villa, las luces parpadeaban, Alonso reunió a don Francisco de Castillo, al de Xeldres, a Moreno. Bebieron sendas infusiones de coca, mientras en el campamento, a pocos pasos, los Vicuñas entonaban sus canciones o libaban alegremente, brindando por su propia salud.

En el ruedo, cada uno estaba entregado a sus propios pensamientos. El viento jugaba con las llamas de la hoguera, batiéndolas a su sabor, como trapos que flameasen. Había algo de melancólico en esa hora en que las estrellas orquestaban una extraña sinfonía de luces en la caja luminosa del cielo.

-Por ahí se dice -comenzó el de Xeldres, torciéndose los mostachos, en su actitud habitual- que los vascongados cabildean. Algo preparan los bellacos, que no les faltan piñas para acuñar conciencias, pues la plata no sólo compra mercenarios. Dícese, además -agregó alzando la cabeza y mirando fijamente a don Alonso-, que promedian asuntos de faldas, por yo no sé qué dama enamoricada de un gallardo Vicuña; pero el caso no debe ser agua de borrajas, pues añaden que don Raphael Ortiz de Sotomayor está en posesión de carta blanca virreinal para sentar bonitamente en el patíbulo al que lleve en el sombrero cinta nacarada. Si cumple el muy bergante con la orden malhadada, descabezará a todos los criollos de la Villa, aunque columbro que para su pleito de amor le habrá de bastar con una sola...

El aparente tono gracejo del buen hidalgo no alcanzaba a disfrazar su preocupación. Nadie se hizo de momento eco de sus palabras. El de Xeldres prosiguió en el mismo tono:

-¡Ah, la mujer! Principio é fin de toda malandanza, huerto del desacierto, punto del error irreparable, encrucijada del destino, trampa insinuante de la vida. Todos debiérais ser como yo: pasajero de los hostales del amor, abeja que hurta la miel desdeñando el acíbar. Yo me curé del pueril afán de perseguirla, cuando al encaminarme para caer en sus brazos, estuve a punto de abrazar la muerte.

Calló el hidalgo, dejando de sonreír, como si un recuerdo cruel le hubiera hostilizado el alma.

Todos sabían, aunque no de su boca, la noticia de la burla cruel de que le hizo objeto el destino cuando el de Xeldres era uno de los mozos más bizarros de la augusta Villa. Gentes de su edad narraban que entonces depositó su amor primero en una hermosa limeña, tan bella como discreta, de tanta honestidad como limpieza en sus blasones. Llegó a la Villa de paso a Chuquisaca, con su padre, elevado al sillón presidencial de la Real Audiencia, y que hubo de llevarle la delantera a causa de menesteres del oficio.

Intenso amor maduró en el pecho del hidalgo, que no reparó en medios para vencer la dulce fortaleza, sin sacar un punto de provecho, porque la dama era inaccesible. Famosas serenatas endulzaron los oídos del barrio, y sus cartas de amor se hicieron célebres por su ternura y rendimiento. Pero como el amor se vale de la constancia, el suyo perseverante concluyó por ganar pueriles trofeos: una mirada, una sonrisa, aceptar agua bendita de sus dedos en el templo, volver recatadamente la cabeza al penetrar en su casa. Aquel amor, por lo devoto y grande, por la belleza de la limeña y la gallardía de su galán, cuyo linaje estaba al par que el de su amada, era objeto de comidillas, daba sazón a las tertulias, condimentadas de simpatía por tan gentil como distante pareja, porque nada rompía el cerco que la dama puso entre ella y su rendido amante. Hasta que un día, ese día que llega para todos los amores, el de Xeldres obtuvo respuesta a sus

innumerables cartas. Aceptaba ella su devoción y escucharíale gustosa, siempre que el caballero la visitara al siguiente día, como cumple a gente bien nacida, en el hogar donde se hospedaba. Pero cuando el hidalgo acudió a la cita, la encontró tendida en el suelo, vigilada por cuatro cirios. La peste no se cuidó ni se cuidará nunca de citas de amor para llevarse a quien le venga en gana.

-Buena la hizo el destino conmigo -prosiguió el de Xeldres, después de un largo silencio, y como si hilvanara sus pensamientos al de sus amigos -rió se de mí a carcajadas; mas yo me le río de él a mi manera. Me hartó de todos los placeres; disfruto de las mejores bienandanzas; sé dar a cada cosa una sonrisa y tengo para cada caso una razón que acalla mi conciencia y que tanto abona de mi buen sentido como de mi amor a la vida. Otro se habría hecho anacoreta; yo me convertí en discípulo de Epicuro, tengo algo del cinismo de Diógenes sin emporcarme en un tonel. Me placen las mujeres, los aromas, los caballos, el buen beber y el mejor pelear, todo lo que es práctica varonil o empeño de fuertes, porque quiero que sepa vuesa merced mi señor don Alonso -dijo al terminar, con terrible brillo en los ojos-, que el Creador no ha dado aún un soplo de vida a otra Helena, por la cual haya de arder Troya en estos modestos trigos.

Don Alonso, que le miraba de frente, habló con lentitud:

-La vida es una constante renuncia: vivir es renunciar; acaso renunciar sea vivir. Vuestra misma vida, don Antonio, es una renuncia al sacrificio. Pero no de otro modo hicieron su camino apóstoles y profetas, sabios y filósofos. Hay que exprimir la vida de toda su bastedad, arrojando al viento el sensualismo; porque en casa donde mora un alma hacendosa no debe haber basura. Hay que hacer de la vida tan quintaesenciado jugo, que no haya mejor en la alquitara de un alquimista; pero hay que convertir ese jugo en fuego sagrado, en soplo que eleve el espíritu o encamine el cuerpo hacia un solo afán. El mío está enderezado a dar razón a vuestra existencia. Mi vida no es sólo una renuncia: es una entrega; no me guardo, no me abandono: me doy. En mí no encontraréis asomo de molicie ni empalago de placer. Quiero veros libres; sí que no os veré como deseo; pero en ese afán se ahincan todos mis pensamientos. Libre a mi vez de todo cuanto no sea vuestro destino, os he brindado libremente el mío, no porque me lo hayáis exigido así sino porque tal es mi estado de conciencia, tal mi voluntad. Nadie podrá juzgar de esotra manera lo que soy o lo que fui; vos menos que nadie, don Antonio.

-Nunca dije ni diré -opuso el aludido- que amor vuestro o ajeno traiga malaventura. Lo que sí os digo es que porque sois amado se os persigue, aunque no afirmo que porque amáis se nos cortará la cabeza. Temo por vos, por ende.

Alonso se puso de pie. Su voz era metálica.

-Sospecha que no afirma, la insinúa, que es peor, y yo no la admito.

Anduvo algunos pasos, con los brazos cruzados sobre el pecho, como le era peculiar, y después se sentó nuevamente sobre su montura, tomó una rama, removió el rescoldo de la hoguera y dijo con voz extrañamente suave:

-Sabedlo bien: me siento pasajero en esta vida. Soy como aquellos vagabundos que no sienten los guijarros del camino, pensando en el descanso de la meta. Vivo la vida como si en ella estuviese de paso, no como si fuera la razón definitiva de mí ser. Por eso no me detienen los placeres; no me arrestan humanas galanuras; pero sí me inflama el propósito de luchar por la justicia. Hago de mis entrañas esta verdad y la dispongo conforme al dictamen que para mí, de acuerdo a mí o contra mí han trazado mi destino y yo. ¿Qué menudos afanes queréis encontrar en una verdad tan pura y tan sencilla?

El Tomave dio muerte a la brasa del rescoldo a tiempo que don Alonso profirió su última palabra. A esa hora dormía el campamento, y los caballos escogían yerbajos entre los pajonales.

DETRAS DE LA REJA

A medida de su desvelo, Leonor sentía que las ojeras ganaban campo en su rostro. Hosco, ajena era para ella esa celda del Beaterio.

Evocaba ese anochecer un poco melancólico, un poco místico, aromado de perfumes campestres, en que Jorge Moreno saco chispas con su caballería en las piedras del zaguán de Ulti, conduciendo en sus brazos a un hombre herido:

-¡Ah, de la casa!"

Aquel acaecer rompió la tristeza habitual del solar. Todas las mujeres, prestas a la misericordia, acudieron a socorrer al herido. Pusiéronle en una limpia estancia, llavaron la herida, colocaron en la brecha cocimientos de yerbas, renovaron el vendaje.

En el primer momento, la faz desmayada inspiraba pavora. Manchábanle sangre y tierra; pálidos los labios, quebrada la color.

La doncella, haciendo a su vez de Samaritana, dispuso las cobijas del lecho, acomodó las alcomadas. Con aire regocijado, y como quien agregase una picardía mas a su gracia habitual, propuso pasar la noche a la cabecera del infelice. Todos celebraron el gracejo y la dejaron hacer, no sin dar otro aposento a Jorge Moreno, el sujeto que condujo al mal herido.

Hasta entonces, la pubertad de Leonor había transcurrido entre risas y bailoteos. No hacía mucho que don Raphael Ortiz de Sotomayor, de paso en visita por la jurisdicción de su corregimiento, la conoció, canora, levantisca, subyugante. Prendó al viejo la juventud poderosa de ese cuerpo de quince años, los ojos verdes e irónicos jugando en la faz morena, y pidió su mano. Leonor dejó decir y dejó hacer, riendo a cada requerimiento del Corregidor, sin decir que sí; pero tampoco que no. Y así se dio por consentido el casorio.

Por la ventana abierta para dar aire al herido llegaba desde la huerta el perfume nocturno de los azahares y jazmines. Tendido en el lecho y respirando fatigosamente estaba extraño huésped. Hacía sonar sus labios resecos. La inexperta enfermera no adivinaba su deseo, hasta que la boca alcanzó a murmurar:

-"¡Agua!"

Entonces se aproximó de puntillas a él. Temblaba el corazón dentro de su pecho. En mala aventura se había entremetido. A la luz de una vela avanzó para ver, primero, con miedo, esa cara pálida, en la cual el bigote y la oblonga perilla hacían un juego triangular.

Debajo de la venda asomaban las cejas espesas. Un brazo nervudo caía debajo de las sábanas hasta tocar el suelo.

Leonor tomó un escudilla, y cogiendo por la base la cabeza del herido, le hizo beber. Después se alejó, presta.

En seguida, a distancia, sentada en un escaño, le miró nuevamente. Había para ella algo familiar en el herido. Este no era tan terrorífico como la pareciera cuando lo vio llegar a Ulti.

Celó el momento en que aquél pidiese agua nuevamente. Y cuando éste hubo llegado, apoyó sonriente la cabeza forastera en su regazo, y cuidó de que no cayera ni una sola gota. Y así se quedó hasta el amanecer. La sorprendió el sueño acunando al pobre hidalgo.

De entonces a esta noche distaba mucho. Distaba en tiempo, en azares, en sucesos. Nunca subiese supuesto al entregarse al rapto de su pueril solicitud por el herido, que en los dos días que éste pasó inconsciente, se enamorara de él.

¡Qué lejos estaba Ulti de la Villa! Allende, perfume de azahares y jazmines, aquende, olor de metal y azogue en la atmósfera. Allende, flores, romance, labrantríos, ensueño de tardes y amaneceres. Aquende, nada más que insatisfecho amor.

Elevaba su pensamiento al cielo, sintiéndose prenda de paz y de sosiego. De darse al Corregidor, cesarían las guerras, se amainarían la ira de los vascongados, y entonces los criollos dejarían de luchar. Volvía todo su contrito ser a las doctas enseñanzas, a las vidas de las santas, al ejemplo de las mártires. Muchas se entregaron al pagano para convertirlo. Ella debía hacerlo, a su vez.

Aliviada por esta resolución, trataba de ganar el sueño. Pero a poco se iluminaba la estancia, y entonces veía aquella enjalbegada de Ulti, donde una mañana, al ir ella, fresca, a ver cómo iba la salud del herido, éste abrió los ojos, la vio sin sorpresa, como si siempre la hubiese visto a su lado, y le dijo:

-¡Nunca dejé de amaros!"

Con alguien la confundía el hidalgo, seguramente aventurero, amán de mujeriego. Pero después, cuando discurrían ambos en el camino próximo a la casona, y cuando Alonso le evocó aquel encuentro de adolescentes en el camino de San Benito, confirmó la voz de su amor con el mandato de la predestinación:

-¡Yo también os amo!"...

Breve, como es toda felicidad terrena, anduvo el romance. ¿Fue acaso ella culpable de que su madre, celosa de la promesa matrimonial empeñaba con el Corregidor, la despertarse una medianoche, cuando todavía Alonso era huésped de Ulti y la condujo a Potosí, para depositarla en el Beaterio hasta que se celebrasen los esponsales con don Raphael?

¡Tantas cosas acaecieron! Por primera vez se borró su sonrisa desde que el caballero llegó, malferido, a su casa de Ulti. Desde entonces no recobró la alegría, la risa detonante de sus labios y sus ojos. Ahí estaba ella, con esas lágrimas que bañaban las almohadas. Pero lo amaba. ¿Habría de hacer algo por él? ¡Todo lo haría!

Y una vez tomada esta otra resolución, las luces del amanecer la encontraron dormida y sonriente, con las manos sobre el pecho, en actitud de ofrecimiento.

"Si acudís mañana al locutorio de Copacabana, poco después del alba, alguien os dirá lo que el olvido os veda de escuchar, siempre que os finjáis pariente de quién no por impedida de veros ha dejado de recordaros".

Alonso estrujó contra su pecho el papelito, que una dueña le llevó a la casa de Xeldres. Las campanas estaban a punto de danzar al ritmo de la alegría del amanecer. Se fue derechamente hasta el Beaterio.

-Deudo soy de la casa de Vasconcellos -dijo en la portería-. Hame hecho llamar doña Leonor, que aquí se recoge.

-¡Ave María! Repose vuesa merced cerca del locutorio, que voy en pos della.

Era una gran sala con piso de ladrillo. A la diestra, el enrejado de madera por el cual asomaba la voz de las penitentes; y al extremo opuesto, un sombrío San Cristóbal, con sublime transporte en el rostro de hombre barbudo y transfigurado por el dulce agobio de su divina carga.

-Fuerte soy como él -meditaba Alonso-, la carga deste amor, empero, doblégame así. Más feliz que yo, el Santo, llevóla a la opuesta orilla. ¿Quién daráme fuerzas para llevar la mía, quién?

-Soy yo, don Alonso -murmuró una voz femenina a través de la reja.

Acudió el hidalgo a postrarse de rodillas.

-Levantáos, que no sólo se juega mi embuste, sino también mi honor -ordenó la dulcísima voz, agregando, con suave asomo de ironía-: vehemente estáis en casa bendita que no es por cierto sitio a propósito para mundanos pensamientos.

-Aquí me tenéis. Siempre con vos me tuvisteis.

-No tengo mucho que deciros. A mi llegada a este convento, he tenido la noticia de vuestro desafío y la sangre que por él derramáis. Diarias rogativas hacemos en el seno de los claustros para clamar a Dios que aplaque ese cruento empeño que a vos domina y a los que con vos han hecho comunidad. Temo; no quiero confesarme dello antes de haberos oído, que el amor que me profesáis agrave, en vista de mi ausencia, esa determinación en fuer de la cual corre riesgo vuestra vida: hidalgo os sé; como hidalgo quiero que me digáis si mi temor es evidente.

-Sois todavía mujer del siglo; como tal os digo que os amé siempre. Pero también agregó que para nada penetra en mi pensamiento el haber sabido que os destinaron en boda a mi enemigo, para salir contra él a la palestra. Dueño soy del solar y del suelo donde he nacido. Dispútanmelo. Defiéndome; tal es mi demanda.

-¡Ved que corre riesgo vuestra vida de acabar en ella!...

-Perecí al haberos perdido. Ninguna razón carnal me une a la vida. A vos la boda espera; a mí muerte; no la temo, por ende.

-Y, si yo os dijera que habiéndoos dicho que os amo no me arrepiento; que sería capaz de abandonar el claustro para unirme a vos, ¿seríais capaz, a vuestra vez, de entregaros sólo a mí que no a vuestra arriesgada lucha?

-Sería inútil, Leonor. De haberos conseguido cuando vivió por primera vez en mí ese anhelo, igual hubiera sido el curso de mi existencia. Compañera en efecto; mas no sólo en el decurso transitorio de la vida, que sí en vivir con mis ideales. Decís que me amáis. Menguado amor si finca en algo que no sea compartir conmigo de la fe que me ilumina...

A través de la reja se escucha el rumor de los sollozos.

-¡Sin embargo..., os amo!

-Alonso no tuvo piedad.

-Amadme como soy. Sed mía a la manera como soy de los demás.

A tiempo que se escuchaba el desmayo de un delicado cuerpo, la voz desfalleciente pudo escuchar a través de la reja:

-¡Idos!...

No al estruendo del órgano, sino al treno modestísimo de un armonium transcurrían los oficios religiosos en el templo del Beaterio.

Muchas veces el altar mayor era teatro de las exequias de algún azoguero caído en las pendencias. Grandes lampadarios daban sacra iluminación al acto funeral, después de la cual, entre actitud grave de hombres señudos y plañido de mujeres, se extraía el cadáver del templo, para darle sepultura en el recinto del mismo Beaterio.

En esas largas horas, cuando resonaba entre las naves el tétrico coro al entonar la vigilia, Leonor rogaba por el alma de la víctima. Pero muchas veces le asediaba un pensamiento pecador. Acaso el hombre allí yacente fue muerto por mano de Alonso, en cuya imagen se depositaban con placer todas sus evocaciones. Daban vueltas en su cabeza las mas complejas ideas, las más inverosímiles suposiciones; pero la figura del mancebo la asediaba sobre todo, sin dar punto de reposo a su mente atribulada.

Ya en el refectorio, y una vez musitadas las preces de rito escuchaba el discreto pávido de profesas y beatas, murmurando su abominación contra tanto horror.

Los Vicuña eran para ellas como prematuro alumbramiento del Antecristo.

Pero Leonor sentía ahogársele todo principio de adhesión, para dar paso a un raro sentimiento de justicia. Recordaba que una vez, en los discreteos de Ulti, Alonso le narró las impresiones de su infancia, su visita a las minas, el espectáculo de los mitayos, las caravanas conducidas a la Villa desde luengas latitudes. Absorta de admiración y de congoja ante tal cuadro desconocido para ella, y que Alonso le describía con pincelada menuda, admiraba también el amor del mancebo por los desheredados y su varonil deseo de luchar por ellos. Quien por eso, entre otros motivos, le amaba tanto.

Parecía nublarse la tersura de su frente. Rendía la cabeza sobre su pecho. Pero una vez, al levantar la vista, se encontró con los acerados ojos de la abadesa. Esta la tomó de la mano y la condujo fuera del refectorio. Las mejillas de Leonor se encendieron al verse sorprendida en sus íntimos pensamientos.

-Percátese la hija del Señor que se descubre a todos lo que por su mente pasa. Acuda a mi celda y allá me espere; de algo que le atañe he de hablarle. Repase entretanto sus oraciones, que de ellas ha menester.

Transcurrió algo más de media hora. El mediodía se nubló para ponerse más triste. En el gran patio del Beaterio, los jilgueros hacían de las suyas, gozando de la sociedad del recinto. Daban de saltos en busca de alguna miga, y a veces se elevaba una pareja para perderse en el hueco de las tejas.

Con ruido de llaves y fuerte paso en el ladrillo se anunció doña Clara de Loría. Tenía, como siempre, la majestad innata de su estirpe, dulcificada entonces por una sonrisa. Su rostro afilado y sereno, su tez mate, que debía haber sido de inmaculada blancura, era tan bello como sus manos. Largas manos de marfil que asomaban como brote floral de un tallo oculto en basto traje, que se posaron en los hombros de Leonor mientras la boca murmuraba:

-Sé de tus conflictos, hija mía. Devaneos los llamaría yo, a no serme notoria tu recta inclinación por aquello a que tu deber te obliga. Vamos a ver: ¿amas?

-Perdone vuestra maternidad mi atrevimiento si le digo que ignoro a qué se refiere.

-Ciega sería, amén de cómplice que no por inocente menos culpable, al no advertir tu devoción por ese capitán de los Vicuñas. Tus transportes, tus congojas a él se inclinan; la tez pálida, el rostro mustio por él se quebrantan. Ningún voto has hecho; nada te aleja del siglo como no sea tu propósito de ser virtuosa al trasponer las puertas del Beaterio. Abre tu pecho y con él sus labios, que, ¡válgame Dios!, nunca fui indigna de pedir que a mí, que no soy del mundo, se me diga sin malicia ni temor lo que en él acaece.

-¿Qué os puedo decir, pobre de mí?

-Nada te pediré que no sea brote veraz de ti misma. Pero entretanto es menester que te haga sabedora que el Corregidor don Raphael visitóme a la madrugada. Me dijo sin requilorios que, tal como manda la Iglesia, unirá su destino al tuyo. Prenda de paz y bienandanza será la vuestra unión; cesarán a su conjuro las guerras.

-¿A tanto avanza la poquedad de mi ser?

-Dios ha querido favorecerte con ese destino. Algo más yo presiento que tú no sabes. Lo que aqúeste momento es sangrienta escaramuza, será mañana guerra sin cuartel. Lo que hoy es fazaña impune, será mañana delito pasible de horca. Poderes tiene don Raphael para acabar con los alborotos de la Villa. El Visorrey se los ha conferido.

-¿Sabe acaso don Raphael que don Alonso me ama?

-Tu congoja por él descubre más tus sentimientos que una verdad que yo te pido y no me la quieres dar. El Corregidor ignora todo. Mal hubiese estado en mí narrar tu entrevista y desmayo del otro día, tus arrobos y congojas. Es Providencia más sabia que la malicia humana; nada empero puede ocultarse cuando, como en ti, proclama la debilidad lo que los labios callan. Quiera Dios que él no lo sepa, Dios no quiera, te digo, porque entonces todos habríamos de temblar:

Leonor dobló la cabeza.

-Eso es todo, hija mía -terminó su interlocutora, con extraña energía en sus palabras-. Mañana vendrán por ti unas matronas para llevarte a las fiestas de la Purísima Concepción, a las que don Raphael te invita. Después dellas, viajarán a Ultri. ¡Dios mío, ilumine tu Poder a esta niña!

La abadesa estaba erguida. Movíanse sus manos, como si arañasen. Permaneció aun un instante en silencio, y salió de su celda.

*

"A vos me doy". Nada más decía la carta.

¿Era una promesa de entrega o abandono solidario a su conducta?

Alonso, pálido de emoción, leyó varias veces el menudo papel. Ante él estaba, sonriendo, la vieja dueña de marras.

-¿Qué debo hacer?

-Poner dos sellos a vuestra boca, seor caballero, escucharme primero y seguirme después, si la vuesa soberbia no se desboca antes. Decid primero: ¿estáis dispuesto a todo? Y si lo estáis, ergo callad.

Dicho esto, y haciendo a Alonso señal de seguirle, se fue de prisa por el callejón de las Siete Vueltas.

Era al anochecer del fragoso día de la Purísima Concepción, harto en sucesos. Sesenta toros hizo traer de Tucumán el Corregidor, para esparcimiento de caballeros vascongados y espectáculo de villanos, digno brindis a la donosura de doña Leonor de Vasconcellos, su prometida.

Mediaba la tarde con diversa suerte en la plaza del Regocijo, en la plaza bufaba hazañoso toro berrendo, después de haber dado muerte a dos lidiadores y herido a nueve, cuando un heraldo vicuña penetró al recinto agitando bandera blanca, plantó su caballo frente al tablado del Cabildo, entre pávido ruido de armas de alabarderos:

-¡En son de paz vengo! ¡Día es de paz! Yo, heraldo de paz, os digo: caballeros de blasón rinden por mi boca pleitesía al Venerable Cabildo y le piden darles paso para lidiar, fecho lo cual iránse en orden y paz.

Hubo cuchicheo en el tablado del Corregidor. Por fin se adelantó un alguacil para decir:

-Hasta que el sol desaparezca en lo alto del Cerro, se os da de franca y no más!

Montado en silla de filigrana de plata y vestido por entero de negro, con ropilla bordada de lazos de oro y cubierta de aljófar ocultando acerada malla, empenechado de negro el caballo castaño, penetró Alonso empuñando rodela y lanza, y seguido de doce alabarderos vestidos con tela nácar y con sombreros de vicuña. Hizo caracolear su caballo delante del tablado del Cabildo, pidiendo con gracioso ademán licencia para lidiar y fué después al galope hacia la bestia, que levantaba nubes de polvo con el arañar impaciente de sus pezuñas.

Con traidora rapidez se le fue el toro encima, no dando tiempo al caballero sino para dar un golpe de freno para desviar el caballo por cuya cincha pasó el pitón, llevándose la como una cimera.

Un grito conmovido rompió el aire:

-¡Alonso! ¡Ay de él!...

Lleno de coraje picó espuelas. El toro avanzaba cauteloso, con la cabeza baja hasta que se quedó plantado. Hacia él se fue el caballero. Levantó la lanza, asestando un golpe de muerte al toro, a tiempo que caía del caballo sin soltar la brida: tal la fuerza del encuentro.

Caballero en otro corcel y seguido de cerca por sus alabarderos, dio en son de triunfo dos vueltas la plaza, mientras la muchedumbre lo aclamaba.

Eran las cuatro de la tarde. A lo lejos los sicuris indígenas dejaban escuchar el golpe monótono de los parches. Era como el eco torvo de regocijada rebelión.

En una posada de la calle de las Siete Vueltas estaba Leonor.

Cuando desapareció la dueña, Alonso vio a su amada sobre una silla de tijera, repasando las cuentas de un rosario:

-¡Vos aquí!

-Yo no sé -le dijo ella- si hay una predestinación, Dios mío, que me induce a buscaros, pese a vos!

Alonso la contempló con mirada de indefinible ternura. Puso su mano sobre la cabeza de la doncella, a tiempo que decía:

-¡Pesadumbre la mía de haberos sabido cerca de mí sin veros, de veros sin esperar, de esperar sin teneros! ¿Qué torvo contento de mi vida acendrada os hace aproximaros y después os lleva? ¡Os vi de niño y nos separó el tiempo, os amé de hombre y os llevaron, os hablo ahora y de estar tan cerca de mí aún me parecéis lejana! ¿Estáis aquí, en verdad?

-Desalada os vi en la plaza, pendiente de vuestra insensatez. Desmayo sucedió a mi grito de espanto al correr peligro vuestra vida y no supe más, sino que os hice llamar otra vez. Aquí estoy; sed mi señor.

Hasta aquel recóndito lugar de la Villa no llegaba ruido alguno. Apenas, a lo lejos, en una casa vecina, vibraba el desmayo de un laúd.

-Heme aquí con, vos. Llevadme a Ulti, ¡no, a Ulti no! Llevadme a recóndito lugar, adonde vos queráis. A vos me doy, sin pedir os otra merced, si me amáis, que la de tenerme tan distante de vos como lo fui siempre, mientras un sacerdote nos dé el uno para el otro.

Alonso se ensañó con la vencida:

-¿Queréis apartarme así de mis luchas?

-Si vuestro destino está trazado, quiero que no corráis solo vuestra suerte. Os sé condenado a morir. Libre sois de llevarme o no; pero quiero deciros sólo que si yo soy el germen de la lucha que se entabla, clavad ahora mismo vuestra espada en mi pecho adolorido, en mi cuerpo inútil, en mis ojos malhadados...

-¿Huís a la vez del Corregidor?

-Bien sabéis que sí. El cata que os amo, pues mi desmayo e indiscreta gente le hicieron sabedor de aquello que pasó en Ulti. ¿Qué más os puedo decir?

Pasaban por la imaginación de Alonso, como potros en galope enloquecido, los momentos señeros de su vida. Veía a Leonor, con sus ojos cándidos, en la carretera de San Benito, sonriendo jugosamente del inexperto mancebo. Veía a los mitayos en el camino de la puna, dictándole su inexorable y mudo mandato. Allí estaba ahora, frente a él, la doncella que hizo la historia de su vida. La belleza de sus quince años estallaba en el fulgar de sus ojos verdes, en la púrpura de sus labios encendidos por el amor, la fiebre y el llanto. Nunca obtuvo de ella más que el roce fugitivo de su piel. Ahí estaba Leonor, con quien nunca dejó de soñar. Pálida en verdad, profundas las ojeras, acentuado el color moreno, asaz demacrado el rostro. Era una mujer, no una niña. Sus manos se enlazaban sobre su pecho, como si en lugar de suplicar a una divinidad, sólo quisieran brindar todo su ser.

Entretanto, la noche se había posesionado de la estancia. El patio, alumbrado por un farol, iluminaba tenuemente a los dos seres pensativos. A poco, se levantó Alonso y tomando a Leonor por la cintura, selló con el pacto de sus labios aquel infinito amor. Pocos momentos después emprendieron viaje a Chuquisaca, donde Alonso tomó a Leonor como esposa.

VIENTO DE MAYO

CON los primeros días de mayo se agobiaron las plantas. Sopló la helada, pintando a su paso de amarillo las hojas. El jardín se puso pálido, como un anacoreta arrepentido que purgara en el ascetismo el pecado de haber tenido verano en su vida.

Una mañana penetró un jinete al caserón en busca de Alonso. Venía de Potosí, a todo correr. Era Antonio Zapata.

Hablaron en voz baja, como si conspirasen. Momentos después sacaron de las cuadras dos caballos. Alonso subió un momento a sus estancias.

-Duerme mi esposa. No quiero despertarla. Es mejor.

Pero las sombras de su frente descubrían la tristeza de sus pensamientos. Llamó a una dueña:

-Decidla que voy de caza a Presto. No os separéis un instante de su lado.

A todo galope, y sin pronunciar palabra, emprendieron viaje. Después de algunas horas comenzó a encapotarse el cielo y oscureció en pleno día, como si un repentino eclipse hubiera embebido el sol.

Estaban por llegar al río de Mataka, cuando se cruzaron con un viajero que iba en dirección opuesta.

-Os aconsejo que no paséis la quebrada -les dijo-. Llueve en las cabeceras y puede llegar la creciente.

Algunos truenos resonaban, a lo lejos, haciendo temblar la tierra, que parecía encogerse de miedo ante la amenaza.

La atmósfera estaba candente. Brillaban los relámpagos: pero la obscuridad, sinuosa y paulatina, en tintaba el paisaje, como preparando un marco propicio para el desatarse de las fuerzas de la naturaleza.

Cuando comenzó la tempestad, Alonso y don Antonio tuvieron que refugiarse en una choza de carrizo. Difícilmente contuvo don Antonio a su jefe cuando este quiso proseguir viaje:

-Amén de inútil sería riesgoso, no sólo para nosotros, sino para nuestra causa y quienes nos esperan. Domeñad vuestra tempestad, esperando que el cielo amaine la suya.

No parecía sino que se hubiera trabado una horrible lucha. Las montañas respondían al fragor de los truenos, como el chocar de dos mundo enemigos. El viento llevaba contra la choza el agua pluvial en cataratas intermitentes. En un instante dado comenzó a llegar el río. Era un torrente de barro, que, abarcando una orilla a otra de playa, avanzaba con pesada lentitud. A poco pasó frente a ellos con ruido parecido al alejarse de un trueno, imponente y pavoroso al propio tiempo, junto al olor del barro que arrastraba agua, carroña, plantas putrefactas y tierra virgen.

Podíanse divisar las piedras que llevaba el torrente, como muñecos que al chocar contra las rocas de las orillas se deshacían en mil pedazos. Los troncos desgajados saltaban al ritmo del oleaje, como astillas de un barco en mar enfurecido.

De pronto gritó una voz:

-¡Ved, el río trae un hombre!

La gente india señalaba el lugar. En medio de la anchurosa playa pasó un hombre aferrado a un tronco que se deslizaba en la corriente del agua espesa.

Alonso quiso precipitarse al río; pero don Antonio lo cogió del brazo:

-Dejad. Todo es inútil.

Entre el sordo rumor del río embravecido y el golpeteo de los pedrones, se escuchó distintamente la afligida voz del hombre, para silenciarse después, perdiéndose en un recodo de la playa:

-¡A mí!... ¡Socorro!

Era un peninsular. Algún minero o explorador.

Impresionados por el cuadro, regresaron a la choza. El río continuaba azotando sus oídos con su rumor pausado y salvaje. Parecía una bestia embravecida que se calmara difícilmente. Los indios que espectaron el drama, seguían masticando tranquilamente su coca, sin dar señales de emoción.

Don Antonio requirió su bota para tomar un trago de aguardiente. Después, volviéndose a don Alonso, dijo, como si hablara para sí:

-Es una venganza desta tierra contra el intruso que la viola...

La tormenta se amainó lentamente. Desde las alturas comenzaron a bajar los torrentes de agua, mientras el río se sosegaba como si se aprestase a dormir. En la lejanía se rompió el cielo, abriéndose como el gran telón del teatro de la naturaleza, y apareció de pronto, el firmamento intensamente azul. En la quebrada, a cuyas orillas se refugiaban los viajeros, nublada todavía, comenzó a insinuarse la luz, primero pálida y después de una blancura que cegaba los ojos. Esa luz, parecida al milésimo instante de un relámpago que se acaba, ponía una cabellera blanca en las hojas húmedas.

Alonso y don Antonio se pusieron nuevamente en marcha. Tenían que vadear el río varias veces, porque el camino discurría por la playa. El torrente había disminuído. No había ni rastro de sendero. Mas, toda la quebrada era un gran sendero.

A lo lejos se oían los gritos de los niños pastores que reunían sus rebaños. En la soledad de la playa, esos clamores distantes tenían un vago acento de ternura, que alcanzó hasta el pecho de los viajeros. Los caballos se lanzaron a cruzar los vados, sacudiendo las orejas. De su crin mojada se desprendía un vaho de calor animal que se mezclaba con el del agua fangosa.

Al anochecer llegaron a la Villa, cuando estaba librándose el combate de Huayna.

Pero llegaron tarde.

TERCERA PARTE

NEVO todo la noche en la Villa. El cielo estaba pintado de un color de humo. Lloraban los techos en esa tarde plomiza.

Hacían guardia en el palacio del Corregimiento dos robustos alabarderos que, formando una cruz con sus armas, se pusieron frente a Leonor, que llegó desalada.

-¡Alto ahí, dama! -dijo el capitán de guardia-. Decid, señora, ¿qué intentáis?

-Ver al Corregidor -dijo ella entre sollozos.

-Nada más difícil. Salió de visita a la Rivera.

-El me recibirá cuando sepa quién soy. Dejarme, entretanto, que repose en ese poyo del zaguán...!

Frente a ella, en la obscuridad de una larga galería amurallada que semejaba el vestíbulo de una mina, vociferaba la guardia. Al advertir la presencia de una mujer se agudizó la locuacidad. Como saetas empapadas en fango comenzaron a llegar hasta ella las frases equívocas. Leonor se arrebujó en su manto y volvióse hacia el patio. Los cascos de los caballos habían hecho allí mixtura de barro y nieve. Unos niños se empeñaban en dar forma, tiritantes y obcecados, a un gran monigote de ojos de carbón. Así pasaron las horas. La noche vino con una acentuación de silencio. La guardia, ebria, fue llamada a yantar. Con los pies helados, Leonor ritmaba en su memoria el golpe de las goteras que caían contra un hierro, con la canción campesina que hizo acorde a la fiesta de su boda. En medio del sopor que comenzó a rendirla, repasaba sus recuerdos con esa turbia delectación a que a veces obliga la memoria cuando se sufre la mayor de las desventuras; de cómo mediando la noche anterior y estremecida de primeriza soledad en su alcoba, llegara su padre, que con el rostro pálido, en fundado su huesoso cuerpo en su traje de camino, le dijo, extendiendo la mano: "No me digas nada. Rato ha que te di mi perdón. Vengo a decirte que seas fuerte".

Sonó un alarido.

"-¡Ay!... ¿Ha caído él, acaso?"

"-No. Acaso, algo peor. Sé fuerte, repito. Sé digna de Alonso. Tomosele preso".

Cayó de rodillas la cuitada:

--¡Vive, por ende, vive!...

Y volviéndose hacia una imagen de la Virgen de las Mercedes, que presidía su alcoba:

"-¡Gracias, Madre y Señora!... ¡Temí que le matasen!... ¡Por vuestra Divina Merced le salvaremos!"

Era escéptico el ceño del hidalgo:

"-Diera mi vida por no desengañarte."

Ella se irguió, como si la invitasen a luchar por su amado:

"-No será menester, que no me llamo a engaño. ¿Ha, él, acaso, cometido desacato contra el Rey? Iremos a la Villa; proclamaré a todos los vientos su inocencia. Sé de más de uno que habrá

de escucharme. Y si no le encuentro vivo; por esta Virgen de las Mercedes juro, aquí, que le vengaré!"

La magra cabeza del anciano se inclinó sobre su pecho. Hubiérase dicho que en un parpadeo de velón mortuario desapareció de él todo rastro de su antigua arrogancia:

"Dañada intención sería la mía de interponerme a la tuya. Ve, hija mía, que de mí nada puede acompañarte sino mis preces. Te doy, empero, mis más fieles servidores. Delego amén mi paternal potestad en don Francisco de Castillo, que vino conmigo para que te conduzca, como si fuese yo mismo, hasta la Villa..."

Pocos instantes después, mientras el anciano hidalgo volvía, tambaleante, de la vera del camino hasta el patio del caserón alborotado, se alejaba el trote de dos caballos.

A la evocación del viaje se quedó dormida, mustia.

La sacudieron levemente de un brazo.

-Hora es de cerrar la puerta, señora.

-¡Ay de mí... ¿Dónde estoy?

-Este es el Corregimiento. Idos, señora, hora próxima es del silencio.

-¿Vino el Corregidor?

-Rato ha que terminó de cenar y dispónese a retirarse.

Vana fue la persecución de los alabarderos. A la luz del relámpago que se hizo en la memoria de Leonor, ésta corrió por el patio para ganar la escalera, por la cual subió, desalada, para abrir de golpe enérgico una puerta y encontrarse en una estancia llameante de luz. Velas perfumadas goteaban en candelabros de plata.

Frente a un espejo veneciano, Ortiz de Sotomayor aplicaba escrupuloso cosmético a su calva. El General, Comendador de la Orden de San Juan y Recibidor de la misma, no dio señales de escuchar el ruido. Llevándose un vaso de licor meloso a los labios, lo saboreó con fruición y habló, sin volverse:

-Sé a lo que venís, señora. Os vide rendida en el zaguán. Contempléos a sabor de mi amor. Os esperaba. Sé, a mi vez, lo que debo deciros: es inútil cuanto hagáis por vuestro... esposo.

Se agobió ella de rodillas:

-¡Del hilo de vuestra palabra pende su vida!

El vejete se volvió asombrado:

-Levantáos, Leonor. Diera todo lo que soy por restaros un minuto de humillación. No la sentenció a perder mi palabra, que sí la del Visorrey, el de Esquilache. Acudid a él.

-¡Ved que será tarde!

-No sería tanto, si vos lo quisiéredes...

Al tono de su voz cascada, el Corregidor requirió de la mesa de mármol sus espejuelos y calándose los se dirigió hacia ella:

-¡Leonor!

Se arguyó la cuitada ante el peligro. Un brillo lúbrico asomaba a los ojos del anciano.

-¿Qué queréis?

-¡Amaros!

El cuerpo rijoso avanzó con pasos graves:

-¡Agora soy yo el que se arrodilla!... Pondré a vuestro esposo a cien leguas de distancia... Esta misma noche saldrá de la Villa; mas, ¡quedad aquí!

Cuando Leonor, en su pálida fuga trasponía los umbrales del palacio, no advirtió que un embozado le salía al paso. El hombre subió las escaleras para ganar la estancia del Corregidor.

Ortiz aspiraba un pomo de sales. A poco de verle, ordenó, con aire fatigado:

-Don Nuño, llama al de Ybarra, el Justicia Mayor.

Entretanto, Leonor se hundió en el seno de la noche.

Estaba como nunca de bello y apacible aquel crepúsculo. El sol se esmeró en abrillantar los colores del Cerro y su luz diáfana se prodigaba, esparciéndose como un manto sobre los tejados de la Villa.

Lucían a esa hora los ingenios y desde las almenas del presidio se podía ver el movimiento menudo que favorece el laboreo. Descargaban de las recuas grávidas bolsas de mineral, que los capataces pesaban después a conciencia en las balanzas romanas. Estaba tan cerca el cuadro, que Alonso podía verlo como si actuase en él.

Los caminos del Cerro eran un ir y venir de gentes y bestias de carga. En los patios de los ingenios discurrían por todos lados, en trajín, al parecer desordenado, los que tenían algo que hacer con la faena. Y a medida que se elevaba de las chimeneas el humo contrastado por la luz violenta de la tarde próxima al crepúsculo, el ruido lejano de los batanes parecía un múltiple y diverso tictac de relojes desiguales.

Alonso asomó su cabeza a la reja enmohecida y aplicó su frente al metal, anhelante de frescor. Desde allí podía contemplar la Villa amada, que en esos momentos daba la impresión de una gran placidez.

Saltaba su pensamiento de Leonor a la Villa y de ésta al episodio de su captura, cuando llegó al combate. Herido su caballo en el vientre por certero arcabuzazo, dobló, bramando, las traseras patas sin poder moverse, a pesar de su nobleza y del acicate. Fueron algunos minutos nada más; pero sus enemigos los aprovecharon para rodearle. Era el momento decisivo: traicionados y sorprendidos los Vicuñas en las alturas de Huayna, se hacía más recia la lucha, más enigmático el triunfo. Abrumados por el número, los criollos se defendían con celo de jaguares, y no obstante haber percibido que su destino iba a marcar en ese mismo punto la piedra negra de su propia consumación, todo les prestó bravura para defenderse. Pero las calles cercanas vomitaban vascongados. La flama de las antorchas iluminaba la feroz escena, ese herirse, mutilarse, estrangularse sin piedad ni cuartel. Todo era sonido de hierros, mezclados con las detonaciones de los arcabuces.

Una veintena de hombres se disputó el privilegio de capturar a don Alonso. Pasaban todavía por la memoria de éste los rostros feroces, contrastados por las hachas, que se aproximaban hasta tocarle los ojos con sus barbas sucias, alentándole alcohol. Un aguafuerte no hubiera podido estampar la escena de esa noche.

La tarde iba llegando con lentitud. La luz, antes brillante, se sumió en tenue penumbra; pero alcanzaba todavía a enseñar el perfil de las casas, la línea ondulante de las calles. Muy pocas veces vio Alonso así a la Villa, tan plácida, tan beata y tan ufana.

Se puso a evocar entonces sus peregrinaciones por las calles de la Villa, cuando solía llegar hasta las faldas ocres del Cerro, allá en su mocedad, para sumirse después en las entrañas de la mina y de cómo, al salir de las tinieblas, veía la ciudad, sentada a los pies del coloso en actitud de femenino rendimiento. Era digna de ser amada. Mujer morena de la tierra, se pintaba las mejillas de ocre y los labios de airampo.

Era la hora del Angelus, y las campanas de San Lorenzo iniciaron su profunda sinfonía habitual. Los ingenios se pusieron soledosos y por uno y otro ojo de las casas comenzaron a insinuarse unas lucecillas parpadeantes. Las campanas de la Villa elevaban su pensamiento y lo hacían depositarse en Alonso. Hizo una consulta a su conciencia, dio gracias al Sumo Hacedor por haber hecho limpia su vida y volvió a la estancia donde guardaban prisión sus capitanes. Estaba dispuesto a morir.

Mientras Antonio Zapata, con un rodilla en tierra entonaba en voz baja sus oraciones, Jorge Moreno clamaba contra la obscuridad, que no daba tiempo para dejar sin un doblón a Gonzalo de Mena, en la partida de dados que tenían entablada.

Poco después el presidio se sumió en creciente obscuridad. Afuera el viento tomaba desquite de la placidez del día, entonando su canción nocturna.

Aquel recinto era el recóndito del presidio. Por una ventana enrejada, diríase un grieta abierta en la muralla de piedra, penetraba el viento y se paseaba en la estancia a su sabor.

Alonso contempló el cuadro que ofrecían sus compañeros. Don Antonio Zapata, con los brazos en cruz, como en éxtasis, Gonzalo de Mena, perdido en la obscuridad, dibujando en el suelo signos cabalísticos con una vara de madera, y Jorge Moreno, envuelto por completo en su capa, como si tratara de dormir.

A pocas horas de la muerte, se encontraba sereno; pero tenía una rara sensación de vacío en el pecho; era como si ya no tuviese corazón. Sentía ese malestar que acude al sentenciado a muerte, algo que no es estupor ni miedo, sino frío en las entrañas, frío en lo más hondo de los huesos. Se pasó la lengua por los labios y los sintió helados. Sin embargo, estaba tranquilo; no sentía temor; pero no le cabía duda de que de batirse ahí mismo con cualquiera o con muchos, aun de saber que hubiese de morir luchando o padeciendo a causa de sus heridas, prefiriera encontrar la muerte de ese modo.

Cruzó los brazos contra el pecho y se puso a caminar en la obscuridad. Las voces de sus amigos se habían silenciado por completo. Sólo a momentos se dejaba escuchar el murmullo del rezo con que se asistía don Antonio Zapata, que multiplicaba sus oraciones, como si temiese que el tiempo le faltase.

Dentro de pocas horas estaría muerto. La reflexión no le arredraba: ¿vivió acaso alguna vez? Pasajero de la vida, no se posó en ella con la tranquila posesión de todos los seres. Marchó como un iluminado, como si soñara, como si no estuviese vivo. Quizás si fue sólo un espectro para hacer su verdad y perderse después en la noche.

Pocas horas le faltaban. Su corazón no emitía un latido más del habitual. Allí se paseaba, deteniéndose a momentos frente a la ventana para ver el cielo encapotado, y no pudo menos de sonreír ante la crueldad de la noche que le quitaba la visión de las estrellas. Seguramente su último deseo era ver el cielo potosino, tan a límpido como lo viera siempre.

Consejas de su infancia le habían hecho saber que el alma vecina a despedirse del cuerpo, vuela en peregrinaje a través de todos los lugares. ¿Estaría su alma ahora ausente? Quiso acordarse de cuanto fue tierno para él y no pudo. Seguramente en ese momento ya no tenía alma.

¿Era necesario decir una frase definitiva? Algún clamor de reto en el patíbulo, para que le oyese la muchedumbre? ¿Hacer un testamento? ¿Pedir un confesor? Todo eso le parecía demasiado humano, pero en cierto momento se encontró incómodo al preguntarse qué es lo que se debe hacer cuando se va a morir. En víspera de la muerte, aquella era la primera vez que le asaltaba un cálculo sobre cosas de la vida.

Se acentuaba el vacío en su pecho. Era como si ya no tuviese corazón. ¿Cómo sería la muerte? ¿Ir, irse, huir, volver?

De pronto, la luz de una linterna rompió la obscuridad del presidio, al filtrarse por los resquicios de la puerta. Con una ráfaga de viento penetraron dos personajes. Era uno el carcelero, el otro un franciscano.

Parida por la noche, la muerte se aproximaba a la Villa.

Las calles se cubrieron de hachones y linternas que fosforescían a lo lejos como los ojos parpadeantes de felinos en marcha. Salían los vecinos de sus lechos y embozados de sus capas, enderezaban sus pasos hacia el Convento de San Juan de Dios.

La casa del Justicia Mayor hervía haciendo sus preparativos. No se habría oído mayor bullicio ni al tratarse de una boda. Escuderos y quintañonas, que no se dieron punto de reposo desde la víspera, preparaban horchatas estimulantes de aguardiente y almendra, cuyo olor espeso llegaba hasta la calle.

Entretanto, don Pedro de Ybarra, Justicia Mayor de la Villa, estaba en su alcoba, tieso como un caballero a quien le colocasen férrea armadura, dejándose vestir. Dos braseros entibiaban la atmósfera. Pusiéronle un vestido de tisú bordado con flores encarnadas y vivos de seda color suspiro, calzas de fino cordobán del mismo color; y cuando remataba su tocado, comenzaron a llegar al aposento los miembros de su séquito. Eran los Veinticuatro, algunos Regidores, don Jorge de Argüelles, Escribano de Su Majestad con los caballeros de su convite; don Joseph Cortés; don Nicolás Rivera; don Antonio Gómez, que penetraban restregándose las manos, con aire trascendental.

Al calor de los jarros pródigamente escanciados escuchaban el relato de Fray Juan Melgar, que con el rostro contraído por la emoción llegó en ese instante del presidio de los Vícuñas.

-Todos, menos don Antonio Moreno, negáronse a recibir la Comunión -decía-. ¡Dios perdonará con su infinita providencia, ese mortal pecado! *Major est mi sericordia Dei quam omium hominum miseria!*

Las campanas de San Pablo, al primer minuto de aquel día, comenzaron a tañer. A los pocos instantes, la sinfonía se extendió en todo el cielo de la Villa. Las veinte iglesias clamaban desde las bocas abiertas de sus campanarios.

Debajo de la bóveda negra del cielo era más penetrante el doblar de los metales. Al aplastarse unas contra otras, las vibraciones formaban unánime sinfonía que volaba de un lado al otro de la atmósfera en alas de un viento huracanado. El cielo estaba poseído de una orgía de campanas.

En la Plaza de San Juan de Dios redoblaban los timbales de la Villa, a medida que iban llegando los piquetes de Sevilla, los alabarderos y personajes de la Santa Hermandad. En medio de la algarabía se escuchaba distintamente el populacho, que agitándose a momentos en grandes oleajes echaba rumorosa resaca contra los muros del Convento. En las esquinas, bajo la protección de un toldo de bayeta, había puestos de venta de frituras. De los caños de los hornillos salía un chorro de vapor que se congelaba al instante, en la cara de los villanos, que con las narices enrojecidas por el frío, bebían el brebaje alcohólico escanciado en jarros de estaño. La lucha de las antorchas, vacilante al embate del viento, proyectaba contra las paredes las imágenes agigantadas y proteicas de los alabarderos.

Eran las cinco de la mañana cuando don Pedro de Ybarra, Justicia Mayor de la Villa, hizo su aparición con contra las paredes las imágenes agigantadas y proteicas de los alabarderos.

Eran las cinco de la mañana cuando don Pedro de Ybarra, Justicia Mayor de la Villa, hizo su aparición con ruido de cabalgaduras. Dos lacayos de a pie le escoltaban y seguían a continuación los caballeros de su convite, el grupo grave y procesional de los Veinticuatro, el Teniente de Alguacil Mayor y el de Escribanía y a continuación los piquetes de ballesteros y alabarderos con ruido marcial de clarines y trompas. Cuando la comitiva llegó a la puerta del convento se hizo la primera proclamación de la sentencia. Aquí estaba el grupo abigarrado y torvo de los sentenciados. No parecía sino que el traje infamante que les pusieran les diese más trágica prestancia, más sugestivo arrobó. Acompañábales Fray Nicolás Rodríguez con Fray Juan Melgar, Fray Tomás Álvarez y Fray Joseph Castillo. En ese momento las campanas comenzaron a tañer a muerto.

Al llegar la comitiva a la puerta del Convento de San Francisco donde estaba reunida la Comunidad avanzó Fray Diego de Aguirre, Prior de ella, con un Estandarte que llevaba el Escudo de la Religión bordado en oro y colocado en un mástil de plata, que entregó al Justicia Mayor de la Villa, quien confió las borlas a los caballeros de su confianza. Los frailes franciscanos, mercedarios, betlemitas, dominicos y juandedianos, musitaban oraciones o trataban de reconfortar a los caballeros. Iban a continuación los dos piquetes de caballería.

Una luz violada había comenzado a insinuarse en el cielo, encapotado de polvo.

El cortejo siguió por la calle de las Tabernas, pasando la puerta de la Encarnación. Siguió por la calle de las Escuelas, bajando por la vía de la Oreja, hacia el Convento de Santo Domingo, donde el pregonero y los heraldos, situados en el centro de Plaza, dieron lectura nuevamente a la sentencia. Siguió el cortejo por la calle de las Barretas en derechura a la calle de las Mantas donde se echó otro pregón y descendió, por último, a la Plaza del Gato, donde la muchedumbre, rumorosa y en ciertos momentos ululante, se apretujaba para tomar un sitio cerca del patíbulo. Eran cerca de las seis de la mañana.

En un rústico estrado cubierto de anascote, en el lugar que debían ocupar el Justicia Mayor y los personajes de su comitiva, tomo asiento el Escribano de Su Majestad don Jorge de Argüelles, que comenzó a dictar con voz cascada la sentencia al pregonero:

“Yo, el Licenciado don Pedro de Ybarra, Caballero de la Orden de Santiago, Justicia Mayor desta Imperial Villa de Potosí por Su Majestad don Philipo III, Rey de la España y destas Indias; Por cuanto: don Alonso de Ibáñez, don Antonio Zapata, don Jorge Moreno y don Gonzalo de Mena, naturales desta Villa, concibieron, prepararon e finalmente llevaron a efecto el nefando crimen de rebelión armada contra nuestro Rey Señor natural desconocieron la autoridad del supradicho

Soberano; desobedecieron a su representante en esta Villa el General don Raphael Ortiz de Sotomayor; ítem, por cuanto: para cohonestar su horrible atentado buscaron cómplices en esta Villa y sus corregimientos de Porco y los Chichas, alucinando a los incautos, ofreciéndoles la emancipación destas colonias del paternal dominio de Su Majestad Católica; ítem, por cuanto: buscando armas y pertrechos de guerra se dirigieron a esta Villa en son de combate e osaron presentar batalla contra el ilustre Corregidor della, infundiendo terror en los contornos y perturbando la tranquilidad de sus pacíficos moradores; habiendo Dios Nuestro Señor, en su infinita misericordia y en castigo de su alzamiento hecho que, vencidos y derrotados los facciosos, fuesen aprehendidos con las manos en la masa, in fraganti delito de rebelión consumada; y por cuanto: el referido delito merece, según el tenor de las vigentes Leyes de Indias y de las Cédulas Reales de Sus Majestades don Carlos I e don Philipo II de dichosa recordación, la pena de muerte; por tanto: en nombre de Su Majestad Católica nuestro Rey y Señor don Philipo III, y en virtud de la alta jurisdicción de Justicia Mayor desta Imperial Villa que yo, el dicho don Pedro de Ybarra ejerzo; e hallando convictos e confesos a los dichos reos don Joseph Alonso de Ybáñez, don Antonio Zapata, don Jorge Moreno, don Gonzalo de Mena, de su nefando crimen, he venido en condenarles, como les condeno, a la última pena que sufrirán cortándoseles las cabezas en patíbulo vil, por el verdugo ejecutor de altas obras desta Villa Imperial; debiendo salir del calabozo en que se encuentran cubiertos del sambenito de la infamia que su crimen merece; y debiendo notificárseles esta mi sentencia por el Escribano Real de la Villa un cuarto de hora antes de ser ejecutada. Es dada, firmada de mi mano y signada con mi sello en esta Villa Imperial de Potosí, a los quince días del mes de mayo del año del Señor de mil seiscientos diecisiete. Licenciado; don Pedro de Ybarra:- Ante mi Jorge de Argüelles, Escribano de Su Majestad."

-¡Ante mí, Jorge de Argüelles, Escribano de Su Majestad!

-¡Ante mí, Jorge de Argüelles, Escribano de Su Majestad!

Con las últimas palabras del Escribano, trabajosamente repetidas por le pregonero, comenzó el redoble de tambores y timbales, a cuyo eco subieron al patíbulo los condenados. Allí se les aproximó el verdugo, que postrado de hinojos les imploró perdón. De la muchedumbre salían, como ahogados estertores, los gemidos varoniles.

Alonso vestía un jubón de gamuza de que le despojó el verdugo. En ese momento, un pálido rayo de sol se filtró entre la neblina polvorosa.

Se avecinaba el momento. Los tres hidalgos estaban de pie sobre el estrado, con el torso desnudo. Alonso tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Paseaba sus miradas por la muchedumbre, como buscando algo. A la luz de ese amanecer lívido brillaba la urdimbre de sus músculos y de sus nervios, brillaban en fuego y carbón sus ojos, como si en ellos se concentrara por última vez el ardor que les consumiera toda su vida.

El lento tañir de las campanas daba idea de opresora pesadumbre. La atmósfera estaba poseída de solemnidad, desde el cielo vestido de ceniza hasta el ulular de la muchedumbre.

Alonso no se percató de que un ayudante del verdugo le estaba cortando los cabellos, porque en ese momento su mirada se embriagaba en la contemplación del lejano y esfumado cerro y su pensamiento en todo cuanto le era más querido.

A momentos le parecía ver en los rostros del gentío el gesto severo y terrible del mitayo con quien dialogaran sus ojos una vieja noche, allá en el yermo. Transfigurado por la proximidad de su martirio, veía o creía ver también en ese momento las imágenes yuxtapuestas de Leonor y de su madre, hermanadas en esa cita póstuma de la muerte y el amor.

Sus ideas vagaban por lejanos mundos, y tan pronto se sentía en Ulti como en Salamanca, en el fondo de la mina, como en medio de las playas anchurosas. Acaso su espíritu ya se estaba paseando en medio de ellas, gritando a lo lejos en el eco, para asustar a los viajeros.

Su boca estaba seca. No sentía la necesidad de decir nada: su obra estaba hecha, inútiles las palabras. Sintió de pronto un vaho de sangre. Algo como un vértigo giró a su alrededor; pero detuvo sus ojos en el suelo y vio a poco el cadáver decapitado del Alférez Flores, el fiel compañero de Zapata, sacudiéndose en el suelo, como la cauda mutilada de un reptil.

Entonces volvió a la realidad. Lo primero que hirió sus oídos fue el cántico monocorde de Fray Melgar, que ayudaba a bien morir a los condenados.

-Deus misericors, Deus clemens, Deus qui secundum multitudinem miserationum tuarum peccata penitentium deles, et propteritorum criminum culpas venia remissionis evacuas: respice propitius super hunc famulum tuum Alonso de Ybáñez, Antonio Zapata, Gonzalo de Mena, Jorge Moreno...

-¡Eh! -dijo éste-. ¿Habláis de mí?

... et remissionem omnium peccatorum suorum - ¡prosiguió Fray Melgar, dirigiendo una mirada compasiva al hidalgo-, toda cordis confessione poscentem deprecatus exaudi. Rénova in ei, piissimi Pater, quidquid terrena fragilitate corruptum...

Una voz rompió el silencio:

-¡Piedad!... ¡Piedad para él!

Hubo rumor de voces y un movimiento de oleaje en el gentío. Los alabarderos se pusieron en cordón y Fray Melgar apresuró el cumplimiento de su ministerio:

- ... per Christum Dóminum nostrum. Amen.

Como los sayones trataran de poner sus manos sobre Jorge Moreno, éste, de un gran salto, se colocó en el centro del cadalso, extrajo de la intimidad de su cintura un puñal, y con las dos manos juntas lo hundió en el pecho. Por un terrible milagro de su ser vital, no cayó al suelo ni salió gota de sangre por el orificio tapiado por el acero. Entonces el verdugo, viéndole así, inmóvil y de pie, pálido y siniestro como una momia, lo empujó sobre el tajo y cortó en seco su cabeza.

No luchó el verdugo para conducir a Zapata, que, puesto de rodillas, se daba golpes en el pecho.

-¡Miserere mei! ¡Miserere mei!

Puso después la mano en el hombro de Mena.

-Arrodíllate -le dijo.

¡Sólo ante Dios me arrodillo, villano! -respondió Gonzalo, volviéndole la espalda. Dobló su cuerpo sobre el sangrante instrumento, y poco después el hacha, mal blandida, le destrozaba el cráneo, obligando al verdugo a repetir la operación.

Alonso, con los brazos cruzados, espectaba el cuadro. A la muerte de cada uno de sus amigos se le iba un pedazo de vida.

Avanzó hacia el tajo. Nuevamente una voz de mujer taladró el aire:

-¡Ay... ¡Alonso!

El hidalgo levantó la cabeza, y su rostro se contrajo en un gesto de dolor.

-¡Adiós, Leonor!

Pero se repuso al momento, y extendiendo la mano hacia la voz, como si la pusiera sobre la cabeza de su amada:

-No es inútil tu sacrificio...

Como en los tiempos de su infancia, hizo el signo de la cruz y se persignó, mientras caminaba hacia el tajo. Fray Melgar le tomó del brazo.

-¡Alonso! -le gritó con todas sus fuerzas, como si quisiera despertarle-. ¡Muere en gracia de Dios! ¡Dí tres veces Jesús! ¡Jesús! -repitió-, ¡Jesús! ¡Jesús!

Pero Alonso ya no le escuchaba. Paseó sus ojos con indescriptible ternura en la muchedumbre sollozante y se aproximó el verdugo.

-Haz tu oficio -le dijo-, te perdono.

Se acomodó con soberbia dignidad y abrió la boca por última vez para decir:

-Por ellos muero. Aquí estoy, madre.

El franciscano terminó sus oraciones:

-Súscipe, Dómine, servum tuum in locum sperandae sibi salvotionis a misericordia tua. Amen... Libera, Domine, animam hoc serví tui ex omnibus tribulationibus! Amen.

Y el coro de las Ordenes cumplió con su santo cometido:

*Requiem, aeternam dona ei Dómine,
Requiem, aeternam dona ei Dómine.
Et lux perpetua luceat ei.
Requiescat in pace. Amen.*

-Anima ejus, et animae omnium fidelium dejunctorum per misericordiam Dei requiescat in pace. Amen.

No era más de medianoche cuando el anciano terminó su narración. Abajo la ciudad parecía definitivamente abatida. Alguna vez llegaban desde los barrios apartados un grito de mujer o un disparo de arcabuz. Era que los maleantes nocturnos violaban doncellas y candados.

Don Cero se peinaba la barba con los dedos callosos. A momentos miraba fijamente al narrador. Cuando la mina abandonada se tragó el último vocablo de don Francisco para devolver una masa de silencio envuelta en tinieblas, don Cero se levantó e hizo nuevamente luz. Olor a grasa se esparció por las paredes rocosas.

-Me habéis hecho vivir por algunos momentos una historia con la cual, en verdad, no hubiese querido tener ningún contacto. Mas no veo, a la postre, de como se aduna el siniestro de ayer con las malandanzas de don Alonso.

-La edad os autoriza a ser escéptico y tal vez cruel. Dejadme que dé reposo a mi pecho, que en pocas palabras, habré de terminar.

Con el dorso de la mano se limpió los ojos. Se puso la mano al pecho y continuó:

-Es el caso, señor mío, que puestas en el Rollo la cabezas de Alonso y sus amigos, desaparecieron misteriosamente esa misma noche, mientras cincuenta vascongados pagaban con su vida, en lances callejeros, la de quién murió por los demás. Sed de venganza unió a los Vicuñas, que lanzáronse como una tormenta al palacio del Corregidor. Pero éste, vestido de fraile agustino, no paró en su fuga hasta llegar a Lima. Y allí, en una perdida calleja, ¡aun recuerdo el episodio como si lo viese en este instante!, trezárónse una noche dos espadas y a la luz de un relámpago siguió el espantable grito de Ortiz de Sotomayor, que decía, al sentirse herido:

-¡Os conozco, sois Leonor!

-¡Ya no soy! -repuso ella al rematarle-. ¡Es el brazo de Dios que te castiga!...

A lo lejos, en medio del silencio clemente de la noche, sonaba el Río de la Alegría. Acunados por ese rumor amigo, los dos ancianos se sumieron a poco en beatífico sueño.

Potosí, La Paz, 1938. Berlín, 1939.

INVITACION DEL COMITE NACIONAL
DEL SESQUICENTENARIO DEL A
REPUBLICA AL SR. MANUEL
FRONTAU- RA ARGANDOÑA, PARA
LA PUBUCACIÓN DE LA OBRA.

La Paz, Abril 17 de 1975.
S. G. N° 0526/75.

Señor Doctor
Don Manuel Frontaura Argandoña,
Ciudad. -

De toda mi consideración:

El Comité Nacional del Sesquicentenario de la República con el propósito de celebrar dignamente los 150 años de vida independiente de nuestro país, ha resuelto reeditar algunos libros a importantes de escritores nacionales.

Es en esa virtud que en mi calidad de Director de este Comité le consulto la posibilidad de hacer una nueva edición de su valioso libro histórico "El Precursor", que lo hemos revisado y creemos que por su importancia literaria e histórica merece ser más difundido en Bolivia.

Le agradeceré me haga usted conocer su opinión y las condiciones en que se podría dar a luz una nueva edición.

Con este motivo renuevo a usted las seguridades de mi especial consideración personal.

(Fdo.) -Gral. Div. **René González Torres Q**

Director Ejecutivo del Comité Nacional del
Sesquicentenario de la República.

En respuesta a la invitación formulada por el Director Ejecutivo del Comité Nacional del Sesquicentenario de la República, General de División René González Torres, el autor de la presente obra, don Manuel Frontaura Argandoña, se dignó acudir a las oficinas del Comité, en cuya oportunidad tuvo la gentileza de ceder sus derechos de autor para esta segunda edición de la novela "El Precursor", que, como parte integrante de la Biblioteca del Sesquicentenario, el Comité Nacional tiene el privilegio de ofrecer a los lectores.

La Paz, Junio de 1975.

© Rolando Diez de Medina, 2012
La Paz - Bolivia